

SARA PENNYPACKER

PAX

UNA HISTORIA DE PAZ Y AMISTAD

ILUSTRADO POR JON KLASSEN

NUBE DE TINTA

Sara Pennypacker

Pax

Una historia de paz y amistad

Traducción de **Ricard Gil Giner**

NUBE DE TINTA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mi agente, Steven Malk, que dijo «Pax»

Nota de la autora: Los zorros se comunican entre sí mediante un sistema complejo de vocalización, gestos, olores y expresión. Las palabras en *esta fuente* intentan traducir este lenguaje tan elocuente.

Que no esté sucediendo aquí no significa que no suceda.





El zorro notó que el coche aminoraba la marcha antes que el niño, porque lo notaba todo primero. En las almohadillas de las patas, recorriéndole la espina dorsal, en los pelos sensibles de las muñecas. Por las vibraciones, también supo que la superficie de la carretera se había vuelto más irregular. Se incorporó del regazo del chico y husmeó los olores que se filtraban por la ventana y que le informaban de que se estaban adentrando en el bosque. Los aromas penetrantes del pino (madera, corteza, piñas y agujas) cortaban el aire como si fueran cuchillos, pero por debajo de todo ello, el zorro reconoció el olor suave de los tréboles, el ajo silvestre y los helechos, además de un centenar de especies que no conocía pero que olían a verde intenso.

Ahora el chico también notó algo. Atrajo a su amigo hacia sí y se aferró con más fuerza al guante de béisbol. La ansiedad del chico sorprendió al zorro. Las pocas veces en que habían ido antes en el coche, el chico había estado tranquilo, incluso emocionado. El zorro dio un empujoncito con el morro a la membrana del guante, a pesar de que odiaba el olor del cuero. El chico siempre se reía cuando hacía esto. Cerraba el guante alrededor de la cabeza del animal y jugueteaba con él, distrayéndolo.

Aquel día, en cambio, el chico alzó al animal y enterró la cabeza en su pelaje blanco, presionando con fuerza.

Fue entonces cuando el zorro se dio cuenta de que el chico estaba llorando. Se revolvió para observar su rostro y asegurarse. Sí, estaba llorando, pero en silencio, algo que el zorro nunca le había visto hacer. Aunque hacía mucho tiempo que el niño no lloraba, el zorro recordaba que siempre, antes de empezar, gimoteaba como si quisiera llamar la atención ante el hecho curioso de que el agua salada bajara como un torrente desde sus ojos.

El zorro le lamió las lágrimas y se desconcertó todavía más. No percibía ningún rastro de sangre. Se escabulló de los brazos del chico para inspeccionar con más atención a su amigo humano, nervioso ante la posibilidad de haber pasado por alto alguna herida, a pesar de que su olfato era infalible. No, no había sangre; ni siquiera el charco subcutáneo de un hematoma o la filtración de un hueso roto, cosa que había ocurrido una vez.

El coche giró a la derecha, y la maleta que tenían al lado se movió. Por el olor, el zorro sabía que contenía la ropa del chico y las cosas de su habitación que usaba con mayor frecuencia: la foto que guardaba en lo alto del armario y los objetos que escondía en el cajón de abajo. Pateó una esquina de la maleta, con la esperanza de abrirla lo suficiente como para que el débil olfato del chico oliera sus cosas favoritas y se sintiera reconfortado. Pero justo en ese momento el coche volvió a aminorar la marcha, esta vez para continuar ruidosamente a poca velocidad. El chico se desplomó hacia delante, con las manos en la cabeza.

Al zorro se le aceleraron los latidos del corazón y se le erizaron los pelos frondosos de la cola. El olor a metal carbonizado de la ropa nueva del padre le quemaba la garganta. Saltó hacia la ventana y la arañó. A veces, en casa, el chico solía subir una pared de cristal similar a esta cuando hacía este gesto. Siempre se sentía mejor cuando la pared de cristal estaba subida.

Pero ahora el chico volvió a atraerlo hacia su regazo y se dirigió a su padre en un tono de súplica. El zorro había aprendido el significado de algunas

palabras de los humanos, y en aquel momento oyó cómo utilizaba una de ellas: «NO». A menudo, la palabra «no» iba seguida de uno de los dos nombres que conocía: el suyo y el del chico. Escuchó con atención, pero esta vez el chico se limitaba a repetir «NO» a su padre, una y otra vez.

El coche se detuvo bruscamente y se inclinó hacia la derecha, levantando una nube de polvo que se alzó al otro lado de la ventana. El padre volvió a girarse en el asiento, y después de decir algo con una voz suave que no encajaba con el olor a mentira, agarró al zorro por el pescuezo.

El chico no protestó, y por lo tanto el zorro tampoco lo hizo. Quedó colgando indefenso y vulnerable de la mano del hombre, pero estaba demasiado asustado para darle un mordisco. No parecía un buen momento para contrariar a los humanos. El padre abrió la puerta del coche y caminó sobre la grava y un tramo de hierba hasta llegar al límite del bosque. El chico bajó del coche y los siguió.

El padre posó al zorro sobre el suelo, y el animal se alejó rápidamente de su alcance. Clavó la mirada en los dos humanos, y se sorprendió al ver que ya medían prácticamente lo mismo. En los últimos tiempos, el chico había crecido mucho.

El padre señaló el bosque. El chico miró largamente a su padre, y los ojos se le volvieron a humedecer. A continuación se secó la cara con el cuello de la camiseta y asintió. Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un viejo soldado de plástico, el juguete favorito del zorro.

El zorro se puso en alerta, listo para jugar. El chico lanzaría el juguete, y él lo encontraría, una hazaña que al chico siempre le parecía extraordinaria. Sujetaría el juguete entre los dientes hasta que el chico llegara y se lo arrebatara para volverlo a lanzar.

En efecto, el chico alzó el soldadito de juguete y lo lanzó hacia el interior del bosque. Aliviado (¡solo estaban jugando!), el zorro se despreocupó.

Corrió hacia los árboles sin echar la vista atrás para ver a los humanos. Si lo hubiera hecho, habría visto cómo el chico se apartaba de su padre y se cubría el rostro con las manos, y hubiera regresado. Le habría ofrecido al chico lo que necesitara, fuera protección, distracción o afecto.

En vez de esto, se lanzó en pos del juguete. Encontrarlo fue ligeramente más difícil que de costumbre, porque el bosque estaba lleno de olores frescos y nuevos. Pero no tardó en hallarlo. Al fin y al cabo, el olor del chico también estaba en el juguete. Un olor que sería capaz de reconocer en cualquier lugar.

El soldadito de juguete yacía boca abajo sobre las raíces enrevesadas de un nogal, como si se hubiera ocultado allí desesperadamente. El rifle, incansablemente arrimado a su cara, había quedado enterrado hasta la empuñadura entre la hojarasca. El zorro liberó el juguete, lo recogió entre los dientes y se incorporó sobre los cuartos traseros para que el chico pudiera encontrarlo.

En la quietud del bosque, lo único que se movía eran los rayos de luz del sol que centelleaban como un cristal verde a través del espeso follaje. Se irguió un poco más. No había rastro del chico. Un temblor de preocupación recorrió el espinazo del zorro. Soltó el juguete y ladró. No hubo respuesta. Volvió a ladrar, y nuevamente no obtuvo más que silencio. Si se trataba de un juego nuevo, no le estaba gustando.

Recogió el soldadito de juguete y empezó a volver sobre sus pasos. Mientras atravesaba el bosque a grandes zancadas, un arrendajo pasó a toda velocidad por encima de él, graznando. El zorro se quedó petrificado, indeciso.

Su chico lo esperaba para jugar. Pero ¡los pájaros! Durante horas y horas había observado a los pájaros desde su corral, temblando al ver cómo surcaban el cielo con tanta temeridad como los relámpagos que a menudo veía en las noches de verano. La libertad de aquel vuelo siempre lo había

hipnotizado.

El arrendajo volvió a llamar desde la profundidad del bosque, y obtuvo como respuesta un coro de graznidos. El zorro dudó todavía un instante, espiando la arboleda por si volvía a avistar la exhalación de color azul eléctrico.

Y entonces, detrás de él, oyó la puerta de un coche que se cerraba violentamente, y luego otra. Se lanzó a toda velocidad, ignorando las zarzas que le arañaban las mejillas. Rugió el motor del coche, y el zorro se detuvo en seco al borde de la carretera.

El chico bajó el cristal de la ventanilla y sacó los brazos. Mientras el coche se alejaba rápidamente haciendo saltar la gravilla, el padre gritó el nombre del chico: «¡Peter!». Y el chico gritó el otro nombre que el zorro conocía.

«¡Pax!»



—Entonces, tenía muchos.

Peter se daba cuenta de lo estúpido que sonaba, pero no podía dejar de repetirlo. «Muchos.» Metió los dedos en el montón de soldaditos de plástico que llenaban la lata de galletas baqueteada. Eran idénticos excepto en sus posturas: de pie, arrodillados y boca abajo, todos ellos con los rifles arrimados a las mejillas de color verde oliva.

—Creía que solo tenía uno.

—No. Yo siempre los estaba pisando. Debía de tener cientos. Un ejército entero.

El abuelo se echó a reír ante su propia ocurrencia, pero Peter no se rio. Volvió la cabeza y miró fijamente por la ventana, como si acabara de vislumbrar algo en el jardín. Estaba oscureciendo. Levantó la mano y se frotó la mandíbula con los nudillos, tal como hacía su padre cuando se mesaba la barba, y se limpió disimuladamente las lágrimas que habían aparecido. ¿Qué clase de niño pequeño lloraba por algo semejante?

Y, en cualquier caso, ¿por qué estaba llorando? Tenía doce años y hacía mucho que no lloraba, ni siquiera cuando se había roto el pulgar atrapando con la mano desnuda el lanzamiento elevado de Josh Hourihan. Aquello le había

hecho mucho daño, pero se había limitado a maldecir para soportar el dolor mientras esperaba junto al entrenador a que le hicieran la radiografía. Se había portado como un hombre. Ese día, en cambio, había llorado dos veces.

Peter sacó un soldado de la lata y recordó el día en que había encontrado uno idéntico sobre el escritorio de su padre.

—¿Qué es esto? —había preguntado.

El padre de Peter había alargado la mano y lo había cogido, con una expresión bondadosa.

—Vaya. ¡Cuánto tiempo! Era mi juguete favorito, cuando era pequeño.

—¿Puedo quedármelo?

Su padre le había devuelto el soldadito.

—Claro.

Peter lo había colocado en el alféizar de la ventana, junto a la cama, apuntando hacia fuera con el pequeño rifle de plástico, en posición de defensa. Pero Pax no había tardado ni una hora en robárselo, cosa que hizo reír a Peter. Pax también quería tenerlo.

Peter dejó caer el soldadito dentro de la lata y estaba a punto de tapanla cuando se fijó en el borde de una foto amarillenta que sobresalía del montón de soldados.

La sacó. Era su padre, con diez u once años, abrazado a un perro. Parecía una mezcla entre collie y cien razas más. Tenía aspecto de ser un buen perro, el tipo de perro del que hablarías a tu hijo.

—No sabía que papá hubiera tenido un perro —dijo, pasándole la foto a su abuelo.

—Duke. La criatura más boba que haya nacido nunca, siempre bajo los pies. —El anciano estudió la foto con atención, y luego miró a Peter como si acabara de darse cuenta de algo por primera vez—. Tienes el mismo pelo negro que tu padre. —Se mesó la franja de pelo gris que atravesaba su cabeza



calva—. Yo también lo tenía así, en los viejos tiempos. Fíjate, entonces tu padre era flacucho, como tú y como yo, con las orejas de soplillo. De tal palo, tal astilla, ¿verdad?

—Sí, señor. —Peter forzó una pequeña sonrisa, pero no le duró demasiado. «Bajo los pies.» Era la misma expresión que el padre de Peter había utilizado. «No puede tener a ese zorro bajo los pies. Ya no es tan ágil como antes. Y tú también tendrás que mantenerte al margen. No está acostumbrado a tener a un niño

por la casa.»

—Verás, cuando empezó la guerra, me alisté. Como había hecho mi padre. Como tu padre ahora. Cuando el deber llama, los hombres de esta familia respondemos. Sí, señor, de tal palo, tal astilla. —Devolvió la foto al chico—. Tu padre y ese perro. Eran inseparables. Ya no me acordaba.

Peter volvió a meter la foto en la lata y cerró bien la tapa, y luego la deslizó bajo la cama, donde la había encontrado. Miró una vez más por la ventana. No tenía ningunas ganas de hablar sobre animales. No quería saber nada del deber. Y lo último que quería era oír nada más sobre palos y astillas de los cuales no podía escapar.

—¿A qué hora empieza la escuela, aquí? —preguntó, sin girarse.

—A las ocho. Han pedido que vayas pronto, porque primero debes presentarte a la encargada de inscripciones. La señora Mírez, o Ramírez... Algo así. Te he traído provisiones.

Con un gesto, el viejo le señaló una libreta de espiral, un termo usado, y unos lápices cortos y gruesos atados con una goma.

Peter se dirigió al escritorio y lo metió todo en la mochila.

—Gracias. ¿En autobús o a pie?

—A pie. Tu padre fue a la misma escuela, e iba caminando. Sigue la calle Ash hasta el final, gira a la derecha por la calle School, y allí lo verás, un gran edificio de ladrillos. La calle School, ¿entendido? Si sales de aquí a las siete y media, tendrás tiempo de sobra.

Peter asintió. Tenía ganas de estar solo.

—Entendido. Ya estoy listo. Creo que me voy a la cama.

—Muy bien —respondió el abuelo, sin molestarse en disimular el alivio. Salió y cerró la puerta con firmeza, como diciendo «Te cedo esta habitación, pero el resto de la casa es mío».

Peter permaneció junto a la puerta y escuchó los pasos que se alejaban. Al cabo de un minuto, oyó el sonido de los platos que entrechocaban en el fregadero. Se imaginó a su abuelo en la cocina minúscula donde un rato antes habían dado cuenta en silencio del estofado de la cena, una cocina que apestaba tanto a cebollas fritas que Peter pensó que aquel olor iba a sobrevivir a su abuelo. Aunque la fregaran una docena de familias distintas durante cien años, probablemente aquella casa conservaría siempre el olor amargo.

Peter oyó cómo su abuelo recorría pesadamente el pasillo hacia el dormitorio, y luego el chasquido de un televisor al encenderse, con el volumen bajo, y la voz de un agitado locutor de telediario apenas audible. Solo entonces se quitó las zapatillas deportivas y se tumbó sobre la cama estrecha.

Seis meses (tal vez más) viviendo allí con su abuelo, que siempre parecía a punto de estallar. «¿Por qué está siempre tan enfadado?», le había preguntado una vez Peter a su padre, años atrás. «Por todo. Por la vida», había respondido

este. «Ha ido a peor desde que murió tu abuela.»

Tras la muerte de su propia madre, Peter había observado con inquietud a su padre. Al principio se había apoderado de él un silencio fantasmal. Sin embargo, de manera gradual, se le había ido endureciendo el rostro hasta quedar petrificado en un ceño fruncido y amenazador. Muchas veces cerraba los puños con los brazos caídos, como si estuviera esperando que algo le diera un motivo para explotar.

Peter aprendió a evitar ser ese algo. Aprendió a mantenerse al margen.

El olor a grasa y a cebollas rancias era abrumador. Se filtraba por las paredes, surgía de la misma cama. Abrió la ventana.

La brisa de abril que penetró era fría. Pax nunca había pasado una noche solo a la intemperie, siempre había dormido en el corral. Peter hizo un esfuerzo por borrar la última imagen que tenía de él. Lo más probable era que no hubiera seguido al coche durante mucho tiempo. Pero la imagen del animal desplomándose sobre la gravilla de la cuneta, desconcertado, era todavía más dolorosa.

A Peter lo carcomía la ansiedad. A lo largo de todo el día, durante todo el viaje, la había estado notando. Solía comparar esta ansiedad con una serpiente que acechaba en la oscuridad, lista para lanzarse sobre su columna vertebral, susurrando una burla que ya le resultaba familiar. «No estás donde deberías estar. Va a suceder algo malo porque no estás donde deberías estar.» Bajó de la cama y sacó la lata de galletas de la parte inferior. Pescó la foto de su padre, que rodeaba tranquilamente con el brazo el cuello blanco y negro de su perro. Como si no hubiera pensado nunca en la posibilidad de perderlo.

«Inseparables.» No le había pasado por alto el punto de orgullo que había permeado la voz de su abuelo cuando lo decía. Claro que estaba orgulloso. Había criado a un niño leal y responsable. Un niño que sabía que él y su animal eran inseparables. De pronto, la palabra misma parecía una acusación.

Porque entonces, Pax y él, ¿qué eran?... ¿Separables?

Y, sin embargo, no lo eran. En realidad, algunas veces, Peter había tenido la extraña sensación de que Pax y él se fundían el uno con el otro. Lo empezó a notar la primera vez que sacó a Pax al exterior. El zorro había visto un pájaro y había tirado de la correa, temblando como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, y Peter había visto el pájaro a través de los ojos de Pax, el milagroso vuelo de relámpago, la libertad y la velocidad imposibles. Había notado los temblores por todo el cuerpo, en su propia piel, y los hombros quemando como si ansiaran tener alas.

Aquella tarde había vuelto a pasar. Había visto alejarse el coche como si fuera él quien se quedara. El corazón se le había acelerado de pánico.

Las lágrimas volvieron a aparecer, y Peter las aplastó con unos golpes llenos de frustración. Su padre había dicho que eso era lo que debía hacer. «La guerra está al caer. Todo el mundo tendrá que hacer sacrificios. Tengo que alistarme, es mi deber. Y tú tendrás que irte de aquí.» Por descontado, él ya lo esperaba. Las familias de dos de sus amigos habían recogido sus cosas y se habían ido en cuanto llegaron los rumores de la evacuación. Lo que no esperaba era el resto. «Y en cuanto al zorro... Bueno, de todos modos ya ha llegado el momento de devolverlo al bosque.»

Un coyote aulló en ese instante, tan cerca que Peter estuvo a punto de pegar un bote. Otro le contestó, y luego un tercero. Peter se incorporó y cerró la ventana de golpe, pero ya era demasiado tarde. Los ladridos y los aullidos, con todo lo que conllevaban, se le habían incrustado en la cabeza.

Peter tenía dos malos recuerdos asociados a su madre. También tenía muchos buenos, y a menudo recurría a ellos para reconfortarse, aunque tenía miedo de que se desvanecieran si los exponía tanto. Los malos, en cambio, los tenía bien guardados. Hacía todo lo posible para mantenerlos bajo tierra. Ahora los coyotes le rondaban la cabeza, desenterrando uno de ellos.

Cuando tenía unos cinco años, había encontrado a su madre plantada ante un bancal de tulipanes rojos. La mitad de ellos estaban tiesos, llamando la atención, y la otra mitad estaban aplastados, con los pétalos arrugados.

—Los ha destrozado un conejo. Supongo que los tallos le debían de resultar deliciosos. Menudo diablillo.

Aquella noche, Peter había ayudado a su padre a colocar una trampa.

—No le haremos daño, ¿verdad?

—Claro que no. Solo lo cazaremos y lo dejaremos en el pueblo vecino. Que se coma los tulipanes de los demás.

El propio Peter había colocado el cebo, una zanahoria, y luego había suplicado a su padre que lo dejara dormir en el jardín para hacer guardia. Su padre había dicho que no, pero le había ayudado a ponerse el despertador para que fuera el primero en levantarse. En cuanto sonó, Peter corrió a la habitación de su madre, la tomó de la mano y la llevó afuera para enseñarle la sorpresa.



La trampa yacía de costado, al fondo de un agujero recién cavado, a unos dos metros de la puerta. En el interior había una cría de conejo, muerta. El pequeño cuerpo no mostraba ni una sola marca, pero la jaula estaba toda arañada y mordisqueada, con la tierra de alrededor revuelta.

—Coyotes —dijo su padre, que acababa de llegar—. Deben de haberle dado un susto de muerte al intentar entrar. Y nosotros no nos hemos enterado.

La madre de Peter abrió la trampa y sacó de ella el cuerpecito inerte. Lo arrimó a su mejilla.

—Solo eran tulipanes. Unos cuantos tulipanes.

Peter encontró la zanahoria, que tenía un extremo mordisqueado, y la lanzó tan lejos como pudo. Después, su madre le puso el cuerpo del conejo entre las manos y fue a buscar una pala. Con un solo dedo, Peter le acarició las orejas, que se despegaban del rostro como si fueran helechos, las patas, milagrosamente pequeñas, y el suave pelaje del cuello, humedecido por las lágrimas de su madre.

Cuando volvió, su madre le acarició la cara, que ardía de vergüenza.

—No pasa nada. No podías saberlo.

Pero sí que pasaba. En adelante, durante mucho tiempo, cada vez que Peter cerraba los ojos, veía coyotes. Removiendo la tierra con sus garras, chasqueando la mandíbula. Se veía a sí mismo donde debería haber estado aquella noche: haciendo guardia en el jardín. Una y otra vez, se veía haciendo lo que debería haber hecho: levantarse de la cama, coger una piedra y lanzarla. Veía a los coyotes huyendo y desapareciendo en la oscuridad, y se veía a sí mismo abriendo la trampa para liberar al conejo.

Y cuando recordaba esto, la serpiente de la ansiedad golpeaba con tanta fuerza que Peter se quedaba sin aliento. No había estado en el lugar correcto la noche en que los coyotes mataron al conejo, y ahora tampoco estaba donde debía estar. Respiró hondo hasta llenar los pulmones y se incorporó como un rayo. Rompió la foto en dos pedazos y luego en dos más, y tiró los trozos bajo la cama.

Abandonar a Pax no había sido lo correcto.

Se puso de pie de un brinco: ya había perdido mucho tiempo. Sacó algunas cosas de la maleta, una camiseta de manga larga de camuflaje, una sudadera de lana, calzoncillos y calcetines. Lo metió todo en la mochila, menos la sudadera, que se ató a la cintura. La navaja en el bolsillo de los vaqueros. La cartera. Dudó un instante entre las botas de montaña y las zapatillas deportivas

y se decidió por las botas, aunque no se las puso.

Miró alrededor, con la esperanza de encontrar una linterna o algún tipo de equipamiento para acampar. Aquella había sido la habitación de su padre cuando era pequeño, pero aparte de algunos libros en una estantería, estaba claro que su abuelo se había deshecho de todo. Al ver la lata de galletas se había llevado una buena sorpresa, la debía de haber pasado por alto. Peter recorrió con los dedos los lomos de los libros.

Un atlas. Lo sacó, sin poder creer la suerte que tenía, y lo hojeó hasta encontrar un mapa que mostraba la ruta que había recorrido con su padre. «Estarás a menos de quinientos kilómetros», había querido tranquilizarlo su padre un par de veces durante el viaje silencioso. «Me pediré un día de fiesta. Vendré a verte.» Peter sabía que eso no sucedería. En la guerra no había días de fiesta.

Además, no era a su padre a quien echaba de menos.

Y entonces vio algo en lo que no se había fijado: la carretera serpenteaba a lo largo de la ladera de una cordillera. Si continuaba recto en vez de seguir la carretera, ahorraría mucho tiempo, además de reducir el riesgo de que lo encontraran. Se dispuso a arrancar la página, pero luego pensó que no podía dejar una pista tan evidente a su abuelo. De modo que estudió el mapa durante un buen rato, y luego volvió a dejar el atlas en el estante.

Casi quinientos kilómetros. Posiblemente recortaría ciento cincuenta tomando el atajo, por lo que quedarían algo más de trescientos. Si consiguiera caminar por lo menos cincuenta kilómetros al día, podría llegar en una semana o menos.

Habían dejado a Pax en la embocadura de una carretera de acceso que conducía a un molino abandonado. Peter había insistido en dejarlo en aquella carretera porque casi nadie la utilizaba (Pax no tenía ninguna experiencia con el tráfico) y porque había bosques y campos alrededor. Iría a buscar a Pax y lo

encontraría, esperándolo, al cabo de siete días. Evitaría pensar en las cosas que podían suceder a un zorro domesticado durante aquellos siete días. No, Pax lo esperaría al borde de la carretera, en el punto exacto donde lo había dejado. Seguro que tendría hambre, y probablemente estaría asustado, pero se encontraría bien. Peter lo llevaría a casa. No los moverían de allí. Que intentaran llevárselo, esta vez. Eso era lo que debía hacer. Pax y él. Inseparables.

Volvió a repasar la habitación con la mirada, resistiéndose a la urgencia de echar a correr. No podía permitirse ningún error. La cama. Sacó la manta, arrugó las sábanas y golpeó el cojín hasta que pareció que había dormido en ella. Sacó de la maleta la foto de su madre que solía guardar en el armario (la que le habían tomado el día de su último cumpleaños, sosteniendo una cometa fabricada por Peter, y sonriendo como si nunca hubiera tenido un presente mejor) y la metió en la mochila.

Después, sacó las cosas de ella que había escondido durante años en un cajón de su habitación. Los guantes de jardinería, todavía manchados con la última tierra que había tocado; una caja de su té favorito, que ya había perdido el aroma a menta; las medias gruesas y de rayas de colores que se ponía en invierno. Tocó todos los objetos, deseando poder llevárselos a casa, al lugar al que pertenecían, y enseguida eligió el más pequeño (una pulsera de oro con un amuleto esmaltado en forma de fénix que solía llevar cada día) y lo metió en la mochila, junto a la foto.

Peter dio un último repaso a la habitación. Vio la pelota y el guante de béisbol, fue hacia el armario y los metió en la mochila. No pesaban demasiado, y querría tenerlos cuando llegara a su casa. Además, se sentía mejor si los llevaba consigo. Entonces abrió suavemente la puerta y caminó de puntillas hacia la cocina.

Dejó la mochila sobre la mesa de roble, y a la luz tenue de encima de los

fogones empezó a empaquetar provisiones. Una bolsa de pasas, un paquete de galletas saladas, un frasco medio vacío de mantequilla de cacahuete. Pax sería capaz de salir de cualquier escondrijo por un poco de mantequilla de cacahuete. Sacó de la nevera un paquete de finas lonchas de queso y dos naranjas. Llenó el termo de agua y luego registró los cajones hasta que encontró cerillas, que envolvió en papel de aluminio. Bajo el fregadero hizo dos buenos hallazgos: un rollo de cinta aislante y un paquete de bolsas de basura grandes. Una lona le hubiera convenido más, pero cogió dos bolsas agradecido y cerró el paquete.

Finalmente, arrancó una hoja de papel de la libreta que había junto al teléfono y empezó a escribir una nota: QUERIDO ABUELO. Peter observó las palabras por un instante, como si estuvieran en un idioma extranjero, y luego arrugó el papel y empezó una nueva nota. HE SALIDO TEMPRANO. QUERÍA EMPEZAR LA ESCUELA CON BUEN PIE. NOS VEMOS ESTA NOCHE. Esta página también se la quedó mirando, preguntándose si le haría parecer tan culpable como se sentía. GRACIAS POR TODO, PETER, añadió por fin. Puso la nota bajo el salero y salió de la casa.

En el camino de entrada enladrillado, se puso la sudadera y se agachó para abrocharse las botas. Se levantó y se encajó la mochila a la espalda. Luego dedicó un momento a mirar a su alrededor. La casa que estaba abandonando parecía más pequeña que cuando había llegado, como si ya estuviera retrocediendo hacia el pasado. Al otro lado de la calle, las nubes se desplazaban resiguiendo el horizonte, y una media luna emergió de pronto, iluminando la carretera que le esperaba.



Pax tenía hambre y frío, pero si se había despertado era por la sensación de que necesitaba cobijo. Parpadeó y se echó lentamente hacia atrás. Lo que parecían los barrotes confortables de su corral se quebraron con un crujido. Giró en redondo y descubrió el cobertizo de cañas de algodoncillo contra el cual se había acurrucado unas horas antes.

Pax no estaba acostumbrado a estar solo. Había nacido en una revoltosa camada de cuatro, pero su padre había desaparecido antes incluso de que los cachorros hubieran asimilado su olor. Poco después, una mañana, su madre no había vuelto a casa. Uno tras otro, sus hermanos y hermana habían muerto, dejando el latido de un único corazón en la fría guarida hasta que el chico, Peter, lo había sacado de allí.

Desde aquel día, cuando el chico no estaba, Pax deambulaba por el corral hasta que Peter regresaba. Y por la noche siempre gimoteaba para que lo dejaran entrar en la casa, donde podría oír la respiración humana de su amigo.

Pax quería al chico, pero más allá de eso, se sentía responsable de Peter, necesitaba protegerlo. Cuando no podía cumplir este papel, sufría.

Pax se sacudió del lomo la lluvia de la noche y se dirigió a la carretera sin siquiera estirar los músculos rígidos, en busca del olor del chico.

No pudo encontrarlo, porque los vientos de la noche habían limpiado la tierra de cualquier rastro. Pero entre los cientos de olores que alzaba la brisa de primera hora de la mañana, halló algo que le recordó al chico: bellotas. A menudo Peter las había recogido a puñados y las había dejado caer sobre el lomo de Pax, riendo al ver cómo el animal se las quitaba de encima de una sacudida y luego las rompía con los dientes para comer el fruto. Ahora, sintió aquel olor familiar como una promesa, y trotó hacia él. Las bellotas estaban esparcidas por la base de un roble partido por un rayo a una cierta distancia, al norte del lugar donde había visto al chico por última vez. Mordisqueó algunas, pero en el interior solo encontró unas protuberancias reseca y mohosas. Entonces se situó sobre el tronco caído, con los oídos alerta para captar cualquier sonido que viniera de la carretera.

Mientras esperaba, Pax se lamió el pelaje, y encontró consuelo en el olor de Peter que encontró. Luego dirigió su atención a las patas delanteras, y limpió cuidadosamente las muchas heridas que tenía en las almohadillas.

Cuando estaba inquieto, Pax solía remover con las patas la tierra del corral. Solía dañarse las zarpas con el cemento duro que había por debajo, pero era incapaz de controlar la urgencia. La semana anterior, había excavado casi todos los días.

Cuando se hubo limpiado las patas, las dobló bajo el pecho y esperó. El aire de la mañana latía con los rumores de la primavera. Durante la larga noche, estos ruidos habían alarmado a Pax. La oscuridad total temblaba con el susurro de los merodeadores nocturnos, y hasta los ruidos de los propios árboles (las hojas que se desplegaban, la savia que atravesaba la madera nueva, los pequeños crujidos de la corteza al expandirse) lo habían sorprendido una y otra vez mientras esperaba a que Peter regresara. Por fin, cuando el alba había comenzado a platear el cielo, se había quedado dormido, tiritando.

Ahora, en cambio, los mismos ruidos parecía que lo llamaran. Agudizó mil veces las orejas sensibles, y estuvo a punto de salir a investigar. Pero entonces recordaba al chico y permanecía inmóvil. Los humanos tenían buena memoria, seguro que volverían a aquel punto. El problema era que dependían solo de la vista, pues el resto de los sentidos los tenían muy débiles, y por esta razón, si no lo veían cuando volviesen, eran capaces de irse sin él. Pax permanecería al lado de la carretera e ignoraría todas las tentaciones, incluyendo la fuerte urgencia que sentía de dirigirse hacia el sur, la dirección que según su instinto debía seguir para volver a su casa. Se quedaría en aquel lugar hasta que el chico lo fuera a buscar.

Por encima de él, un buitre sobrevolaba los árboles. Cazador perezoso, buscaba la forma inmóvil de la carroña. Cuando descubrió la figura rojiza del zorro, que estaba quieta pero no despedía ningún olor a descomposición, voló en círculos para investigar.

Sobre el terreno, Pax se alarmó de forma instintiva ante el aleteo tranquilo de la sombra en forma de V. Saltó del tronco y cavó un agujero en la tierra.

El suelo pareció responderle con un rumor distante, como el gruñido de un corazón. Pax se irguió al máximo, olvidando el peligro que venía del cielo. La última vez que había visto al chico, había notado unas vibraciones idénticas en aquella misma carretera. Corrió por la cuneta de grava hasta el punto exacto donde los humanos lo habían dejado.

Las vibraciones crecieron hasta convertirse en un rugido. Pax se incorporó sobre los cuartos traseros para ser visto. Pero no era el coche del chico. No era ningún coche. A medida que el vehículo se acercaba, al zorro le pareció tan grande como la casa donde vivían los humanos.

El camión era verde. No del verde flamante de los árboles que lo rodeaban, sino de un triste verde oliva, el color que la muerte podría vestir cuando viniera a llevarse a aquellos árboles. El mismo triste verde oliva del soldadito

de juguete que el zorro había escondido entre las cañas de algodoncillo. El vehículo apestaba a gasoil y despedía el mismo olor de metal chamuscado que impregnaba la ropa nueva del padre del chico. Entre una nube de polvo y piedras que salían volando, el camión pasó de largo, seguido por otro y otro y otro más.

Pax se apartó brincando de la carretera. El buitre tomó altura y se alejó con un único golpe de alas.



No buscar la linterna de su abuelo. Aquel había sido el primer error del viaje. La luna había alumbrado el camino de Peter durante aproximadamente dos horas, pero luego se había ahogado bajo el espesor de las nubes. Avanzó a oscuras una hora más antes de rendirse. Cortó las partes laterales de una bolsa de basura para fabricar una esterilla larga y cortó la otra para ponérsela a modo de poncho para protegerse del frío y de la humedad. Por fin, se echó a dormir al lado de una alcantarilla, con el guante de béisbol como almohada. En realidad, lo de «dormir» era una exageración fantástica, y cuando los primeros rayos del sol rasante le apuñalaron los párpados, se despertó, frío y húmedo, de la incómoda cabezada.

De inmediato pensó en Pax. ¿Dónde debía de estar, aquella mañana? ¿Él también debía de tener frío? ¿Tendría miedo? «Ya voy», dijo en voz alta mientras enrollaba las bolsas de basura y las metía en la mochila. «Espérame.»

Comió una loncha de queso y un par de galletas saladas, echó un trago largo de agua, se abrochó las botas y subió hasta el camino.

Se notaba agarrotado y dolorido, pero por lo menos la ansiedad había disminuido un poco. Lo más probable era que no hubiera caminado más de

quince kilómetros, pero todavía le quedaba un día entero hasta que su abuelo volviera a casa del trabajo y sospechara que se había largado.

Según el mapa que había visto en el atlas, debían de faltar unos treinta kilómetros más para llegar a la carretera principal. Entonces podría girar a la izquierda y buscar el atajo en el lugar que pareciera más prometedor. Aquella misma noche dormiría en la profundidad del bosque, lejos de la civilización, y habría superado la parte más arriesgada del viaje.

Lamentaba no haber prestado más atención al trayecto del día anterior en el coche de su padre (error número 2), pero lo único que recordaba eran los pueblos adormecidos que se iban sucediendo uno tras otro cuando hubieron salido de la autopista, y luego los trechos de bosque apenas interrumpidos por alguna granja.

Peter caminó durante cinco horas completas. Le salieron ampollas en los talones, y los hombros le dolían por el peso de la mochila. Pero cada paso lo acercaba un poco más a Pax y al hogar que no debería haber abandonado, y la ilusión le daba alas. Por fin, un poco después del mediodía, llegó a un conglomerado de edificios que intentaban hacerse pasar por la plaza de un pueblo.

De inmediato, tuvo la sensación de que todas las personas con las que se cruzaba lo miraban con suspicacia, preguntándose por qué aquel chico no estaba en la escuela por la que había pasado un rato antes. Una mujer que arrastraba un cochecito de bebé se detuvo para mirarlo fijamente, y Peter hizo ver que estudiaba el escaparate de la ferretería que tenía enfrente.

En el cristal vio su propio reflejo, y los restos de buen humor que le quedaban se desvanecieron. Tenía el pelo revuelto y lleno de hojas, la sudadera manchada de tierra, y la nariz enrojecida por lo que prometía ser una quemadura del sol en toda regla cuando terminara el día. El chico del escaparate parecía un fugitivo, un fugitivo mal preparado. Notó que la mujer

reanudaba su camino, pero antes de poder salir de allí, una sombra se cernió sobre su hombro.

—¿Necesitas algo, jovencito?

Peter levantó la vista. Un hombre vestido con una chaqueta azul adornada con el logotipo de la tienda lo miraba desde el umbral de la puerta, fumando. Tenía los brazos cruzados sobre una barriga prominente, el pelo gris y escaso, y por el modo en que miraba por debajo de la nariz, a Peter le recordó un halcón que había visto una vez, a punto de lanzarse sobre una presa desde lo alto de un cedro. El hombre señaló al escaparate.

Peter volvió a mirar el escaparate. Paquetes de semillas y herramientas de jardinería.

—No, solo estaba... ¿Venden linternas?

El hombre agachó la cabeza y observó a Peter mientras echaba una calada al cigarrillo, y Peter volvió a pensar en el halcón. Finalmente, asintió.

—Pasillo número siete. ¿No hay colegio, hoy?

—Estamos en la pausa para comer. Tengo que darme prisa.

El hombre tiró la colilla y lo siguió al interior de la tienda, vigilándolo de cerca mientras Peter elegía la linterna más barata del estante y un paquete de pilas. Entonces se pegó a él como una sombra hasta que hubo salido.

En el exterior, Peter soltó el aire que no había sido consciente de estar aguantando. Metió todo lo que había comprado en la mochila y se dispuso a volver hacia la intersección.

—Eh, chico.

Peter se quedó helado.

El hombre lo había seguido. Con el pulgar, señaló por detrás de su propio hombro.

—La escuela es por ahí.

Peter lo saludó con la mano y sonrió, haciendo ver que se había despistado,

y cambió de dirección. Al llegar a la esquina, se arriesgó a volver la vista atrás. El hombre lo seguía vigilando.

Peter echó a andar rápidamente, y de pronto notó unas gotas de sudor que le bajaban por la parte posterior del cuello. No dejó de correr hasta que llegó a la puerta de la escuela, y luego se dirigió hacia el aparcamiento.

Su intención era esconderse un par de minutos (tal vez agacharse entre un par de furgonetas) y pensar en una ruta para escapar. Pero más allá de donde terminaban el aparcamiento y los edificios, vio algo que le resultó mucho más atractivo.

Era la figura en forma de diamante de un campo de béisbol grabada en la hierba primaveral de color verde lima. Y junto a la línea de la tercera base, de espaldas a la escuela, una caseta vacía.

Peter se irguió en lo alto del montículo y contempló la visión. Tardó apenas un minuto en tomar una decisión. Por supuesto que quería seguir avanzando, aprovechar el tiempo al máximo. Sin embargo, ¿y si el hombre de la ferretería había llamado a la policía? Salir a la carretera sería arriesgado. Todo el tiempo que pasara descansando podría recuperarlo luego por la noche, teniendo en cuenta que ahora tenía una linterna. Además, de pronto se sentía cansado. Agotado.

Pero, por encima de todo, sentía la atracción del campo, parecía que lo estuviera invitando. Peter siempre se encontraba a gusto en un campo de béisbol. Y tal vez aquello fuera un presagio. Él no creía en los presagios, pero después de los coyotes de la noche anterior, ya no estaba tan seguro. Peter se ajustó la mochila y empezó a descender por la ladera.

En la caseta, los olores mezclados y habituales de cuero, sudor y chicle rancio lo envolvieron como un abrazo. Peter se cambió rápidamente de ropa y se frotó el pelo con un puñado de tierra rojiza. Cuando saliera de allí, no se parecería en nada a la descripción que la policía pudiera tener de él. Llenó el

termo del agua de un grifo, bebió y lo volvió a llenar. Mientras se instalaba debajo del banquillo, Peter sonrió, consciente de que Pax habría elegido exactamente el mismo lugar que él (protegido y con un buen campo de visión) si hubiera querido descansar.

Solo una hora, nada más, y luego rodearía la escuela y volvería a la carretera. Tiempo suficiente para que la policía, en caso de que la hubieran avisado, hubiera perdido ya el interés. Colocó bien el guante de béisbol y posó en él la cabeza.

—Solo una hora —murmuró—. Ni siquiera cerraré los ojos.



Este es mi territorio.

Pax se llevó un susto tan mayúsculo que estuvo a punto de caer del tronco de roble donde había estado dormitando. Se había pasado el día entero vigilando y no había visto nada más grande que un saltamontes, y ahora tenía delante a aquel zorro de pelaje brillante. Nunca había visto antes a otro ejemplar de su especie, pero enseguida lo reconoció: era más joven, más pequeño, y era hembra, pero no había ninguna duda de que era un zorro. El instinto también le dijo que el modo en que alzaba las orejas y el rabo significaba que esperaba de él una actitud sumisa.

Yo cazo aquí.

Pax sintió la urgencia de volver corriendo a su madriguera improvisada y acurrucarse contra las cañas que quedaban en pie, como cuando buscaba protección en su corral, pero se resistía a hacerlo. ¿Y si el chico volvía y no lo encontraba? Aplanó las orejas para indicar que no quería ser ninguna amenaza, pero que no pensaba irse de allí.

La hembra dio unos pasos hacia él, y Pax se empapó de su olor, tan familiar como el suyo, pero exótico a la vez. Ella husmeó y se erizó de desconfianza al notar en él el olor a ser humano.

Pax también había nacido con aquel instinto, pero la desconfianza no puede

competir con el cariño suministrado de manera consistente y generosa, sobre todo para las criaturas acabadas de llegar al mundo. Pax solo tenía dieciséis días cuando Peter lo había rescatado (un revoltijo de pelo de carboncillo, sin padre ni madre, con los ojos apenas abiertos), y no había tardado en confiar en el chico callado y desgarrado que lo había llevado a su casa.

La hembra acercó el hocico para olisquear mejor y volvió a erizarse.

Es el olor de mi chico. ¿Lo has visto? Pax compartió los rasgos más llamativos del chico. Las orejas desnudas y redondas; las piernas eternas, tan largas que Pax siempre temía que tropezara al correr; el pelo negro y rizado que crecía hasta llegar a diferentes medidas, y luego se volvía corto otra vez.

Aquí no hay humanos, pero se están acercando. Justo en aquel instante, Erizada levantó la cabeza como si hubiera notado el tirón de un cable invisible. Levantó las orejas, alarmada por un leve crujido entre los arbustos. Empezó a mover los cuartos traseros, acumulando la energía. Se irguió lo máximo que pudo y a continuación, apretando las patas contra el hocico negro, se zambulló en la hierba con un rápido movimiento de la cola de punta blanca.

Pax permaneció sentado, alerta. Al cabo de un segundo, la cabeza de Erizada reapareció, llevando en la mandíbula una rata de bosque. Salió de un brinco del trecho de hierba, mordió el cuello de la rata y la dejó caer sobre el suelo.

Huérfano antes de ser destetado, Pax no había comido nunca una presa cruda. El hambre que tenía aumentó con el olor a sangre, y también le podía la curiosidad. Con precaución, dio un paso hacia delante. Erizada soltó un gruñido y Pax se retiró para observarla desde una distancia segura. Mientras ella masticaba, él cada vez tenía más hambre. Pensó en el confort del bol desbordante de pienso, en el placer de los premios que Peter le daba con la mano, y en la recompensa más esperada: mantequilla de cacahuete. Tenía que encontrar al chico. El chico le daría de comer.

Antes de poder preguntarle por los humanos que se acercaban, Erizada recogió los restos de la rata (una pata trasera unida a la larga cola) y se alejó con ellos entre los dientes. Pax observó cómo se abría paso entre los arbustos, convertida en un destello intermitente de rojo y blanco. Cada vez más lejos. Entonces le asaltó el recuerdo del coche de los humanos alejándose entre rugidos y la lluvia punzante de gravilla.

Justo antes de internarse en una franja de helechos en el límite del bosque, la hembra se detuvo para mirar a Pax por encima del hombro. En aquel momento, un chasquido procedente del roble caído alarmó al animal. Una mancha de pelo rojo se lanzó desde el follaje seco, voló por encima de la maleza y aterrizó sobre su espalda.

Pax aplastó el cuerpo contra el suelo. Oía los ladridos de la hembra que forcejeaba con su atacante, que más parecían causados por la irritación que por el miedo. Levantó la cabeza. Erizada pateó la bola de pelo y la mordió con fiereza. Ante la sorpresa de Pax, una versión más pequeña y delgada de ella misma se desenroscó entre sus patas.

Pax estaba asombrado. Nunca había sospechado que los zorros pudieran volar como los pájaros, cuyas bajadas en picado no se parecían a ningún movimiento que él fuera capaz de realizar.

El pequeño zorro se giró de espaldas y ofreció la barriga para someterse, pero esto solo sirvió para irritar todavía más a Erizada, que empezó a acompañar el castañeteo de dientes con golpes y mordiscos. Pax se aproximó, vencido por la curiosidad.

El zorro delgado se alarmó ante el olor a humano que desconocía y espizó por detrás del hombro de Erizada. Al ver a Pax, se le agrandaron los ojos y removi6 las patas. *Amigo*, anunció a Pax; *hermano, pero no de la misma camada que la hembra. ¡Juguemos!*

Erizada enseñó los dientes y gruñó. *Peligroso. No te acerques.*

Pax ignoró la advertencia de Erizada y aceptó el saludo. *Amigo. ¡HAS VOLADO! ¿PÁJARO?*

El pequeño zorro se dirigió hacia el roble caído y se encaramó por el tronco. Una de las ramas del árbol muerto dibujaba un ángulo casi vertical. El animal recorrió la rama a paso ligero. Miró hacia abajo para asegurarse de que Pax lo estaba mirando.

Pax se tumbó en el suelo y escondió las patas debajo del pecho, pero le costaba contenerse y no encaramarse al árbol para intentarlo él mismo. Claro que había escalado muchas veces las paredes de su corral, pero nunca había subido más allá de los dos metros. Notó un picor en el pelaje.

La hembra se alejó unos pasos y luego se tumbó. Se puso de costado para poder contemplar directamente a su hermano, demostrando ahora el cariño que sentía por él. *Fue el más diminuto de todos. Es pequeño, pero duro de pelar. No quiero que me acompañe a cazar. Pero él me sigue.* Ladeó la cabeza y gruñó a Pax, como si lo culpaba de los juegos de su hermano.

El zorro diminuto siguió recorriendo la rama, con la cola tiesa para mantener el equilibrio, hasta que se enroscó de pronto y saltó por encima de las cabezas de los otros dos, que lo contemplaban desde el suelo. Aterrizó sobre una mata de bardanas al lado de la carretera y enseguida salió cubierto de cortezas. Echó a correr en círculos enloquecidos, como si el vuelo lo hubiera llenado de un exceso de alegría que necesitara derramar por las patas, y finalmente se lanzó al suelo para descansar.

Su hermana saltó sobre él. *¡Demasiado cerca de la carretera!* Mientras le limpiaba las cortezas del pelaje, le riñó por la imprudencia que había cometido. Pero Pax estaba maravillado. Había volado cinco cuerpos completos sin que las patas tocaran el suelo. Algún día también él intentaría igualar aquella hazaña.

Diminuto se levantó por fin, agachó la cabeza y acarició a su hermana con el

hocico. Ella volvió a tirarlo al suelo, esta vez solo para jugar, y luego se sentó encima de él, inmovilizándolo. Él forcejeó un poco, sin quererla disgustar, y protestó levemente cuando ella se dispuso a lamerlo.

Pax se instaló a una distancia respetuosa. Al rato, con el hermano ya tranquilizado y la irritación desaparecida, Erizada rescató el pedazo de rata y lo dejó caer delante del forastero. Se echó en el suelo y empezó a lamerse las patas, y luego a limpiarse la cara con ellas.

Pax se acercó un poco más, tan agazapado que con la barriga cepillaba el suelo. La compañía de aquellos zorros jóvenes lo atraía, fuera o no bienvenido.

Erizada se desperezó sobre un trecho de terreno bañado por el sol. Sus mejillas húmedas brillaban como la mesa de madera de color calabaza donde los humanos de Pax comían su comida, y contrastaba con la blancura del cuello delgado de la hembra.

Pax volvió la vista hacia Diminuto, que estaba husmeando el lugar donde Pax había dormido. Las marcas del pelaje eran idénticas, pero menos brillantes. Tenía el pelo escaso y con algunos mechones, y los huesos de la cadera le sobresalían en ángulos agudos. De repente se echó hacia atrás y saltó sobre él, en un ataque fingido.

Pax observó cómo Diminuto lanzaba al aire el soldadito de juguete y luego lo inmovilizaba, una y otra vez. Él había hecho lo mismo en sus tiempos de cachorro. Trotó hacia su lado para unirse al juego, y Diminuto lo recibió como si llevaran jugando juntos desde que habían nacido.

Erizada se levantó. *Tráelo aquí.*

Su hermano decidió ignorarla por un instante, pero entonces, como si estuviera calibrando los límites de la paciencia de su hermana, corrió hacia ella a grandes zancadas y depositó el juguete ante sus patas.

Erizada lanzó un gruñido rasposo al soldado. *Humano. Déjalo. A casa.*

Ahora, ordenó a su hermano.

Diminuto se acercó a Pax y le agarró las patas delanteras.

Erizada pegó un brinco y mordisqueó a su hermano. *Apesta a humanos. Recuerda.*

A Pax le sorprendió la imagen que en aquel momento ella transmitía al hermano: un viento frío y aullador; una pareja de zorros, forcejeando con algo que a Pax le recordaba a su corral, una jaula de acero, pero con mandíbulas y cepos en vez de barrotes. Mandíbulas de acero y el suelo nevado manchados de sangre.

Erizada ladeó la cabeza para evaluar el cielo y husmear la brisa, que transportaba la amenaza de tormentas de truenos desde el sur. *A casa.*

Diminuto bajó la cola y siguió a su hermana. Pero de inmediato se volvió hacia Pax y lo invitó a que los acompañara.

Pax dudó. No quería abandonar el lugar adonde regresarían sus humanos. Pero los nubarrones oscuros se aproximaban, y en aquel instante resonó un trueno en la lejanía. Sabía que el chico no se atrevería a salir en plena tormenta. Y no le apetecía demasiado calarse hasta los huesos al borde de la carretera. Solo.

Recogió el soldado de juguete con los dientes y siguió a los dos zorros.

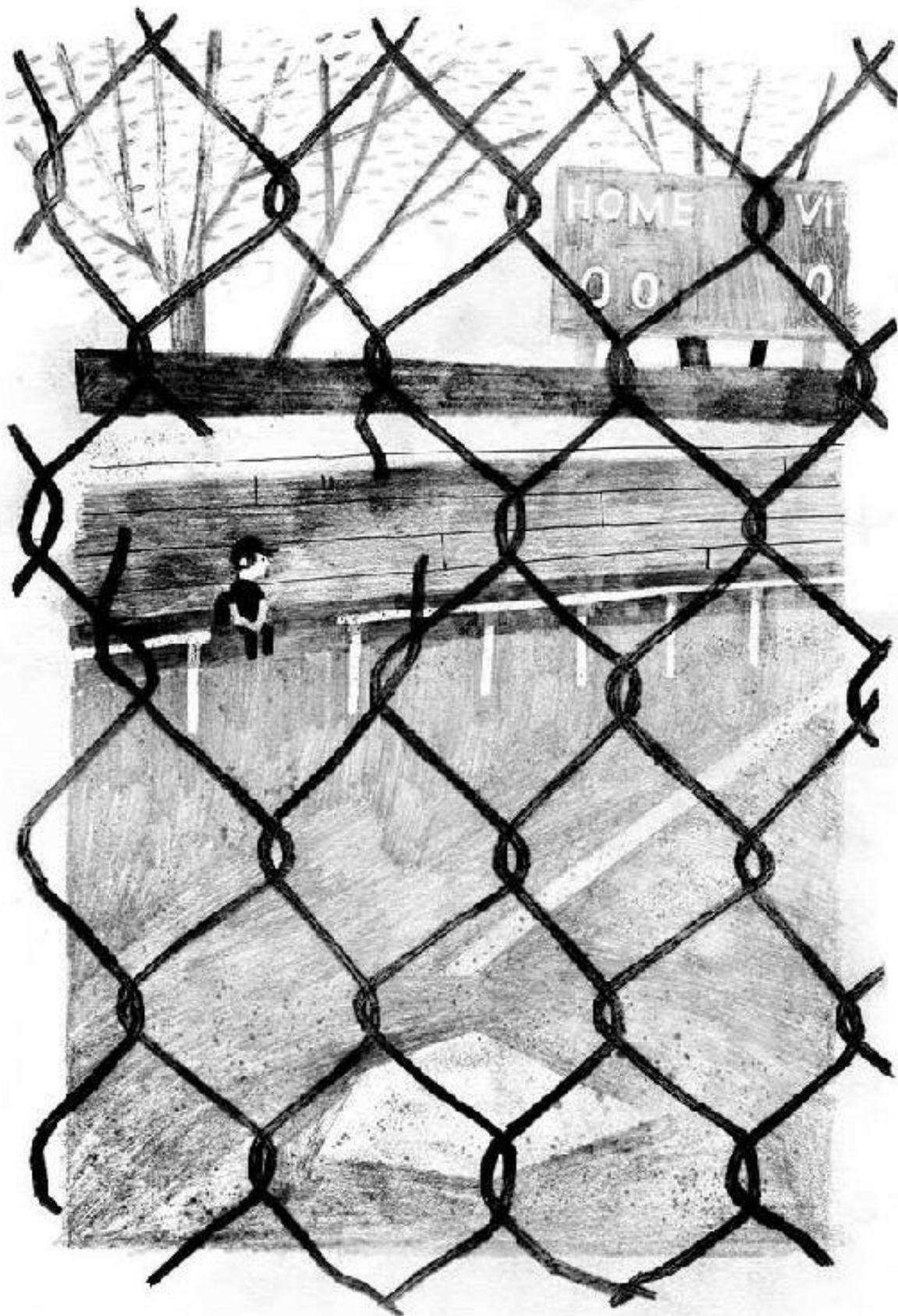
Erizada se volvió al notar su presencia. *Solo por esta noche, Apesta-a-Humanos.*

Pax aceptó. Cuando pasara la tormenta seguiría su propio rastro y regresaría a la carretera. Entonces, los humanos volverían a buscarlo. Y cuando hubiera encontrado al chico, nunca más se separaría de él.



Peter reconoció los ruidos antes de despertarse del todo: las pisadas de un grupo de niños recién liberados, los aullidos, los puñetazos ansiosos contra los guantes de cuero. Salió precipitadamente de debajo del banquillo y recogió sus cosas. Demasiado tarde: veinte chicos y su entrenador bajaban ya como un torrente por la ladera de la colina. Más arriba, desde el aparcamiento, un grupo de adultos supervisaba la operación de salida, y algunos de ellos llevaban uniformes. La mejor opción que le quedaba era unirse a la docena de chicos que ya estaban esparcidos por las graderías, con las cabezas inclinadas en grupos de dos y tres, y mezclarse entre ellos cuando se fueran.

Peter subió por las graderías hasta la fila superior y dejó la mochila en el suelo. Solo era un chico que miraba el entrenamiento, nada podía ser más normal, pero, aun así, el corazón le latía a toda velocidad.



Abajo, el entrenador lanzaba pelotas en globo por todo el campo. La gran mayoría de los jugadores eran del tipo que esperarías ver en un campo de béisbol, mucho músculo y gritos continuos. Peter no tardó en fijarse en uno que le interesaba más: era un chico pequeño que tenía el pelo corto de color paja, llevaba una camiseta roja descolorida y jugaba de torpedero. Mientras el resto de los jugadores correteaban como cachorros excitados, aquel chico era una estatua, con las manos posadas sobre la cintura y los ojos pegados al bate del entrenador. En cuanto la madera impactaba contra la piel de vaca, entraba en acción. De algún modo, conseguía alcanzar todas las pelotas que llegaban a su territorio, pese a que era tan bajito que parecía el hermano pequeño al que tienes que llevar al partido para no dejarlo solo.

Peter sabía que él tampoco era el tipo de chico que uno esperaría encontrar en un campo de béisbol, y en la caseta siempre se sentía incómodo, entre palabrotas y puñetazos en el hombro. En cambio, de manera innata, el terreno de juego era el único lugar donde se sentía exactamente donde quería estar.

Peter experimentaba una sensación que nunca había intentado describir a nadie más, en parte por ser demasiado privada, pero sobre todo porque no creía que tuviera palabras exactas para describirla. La más cercana era «sagrada», y «tranquila» también aparecía en la lista, pero ninguna de ellas era correcta. Observando al torpedero, Peter sintió que el chico comprendía aquella calma sagrada, que él también la estaba sintiendo en aquel momento.

El entrenador había subido al montículo y estaba lanzando bolas curvas. Los bateadores golpeaban pelotas bajas y rasas, y por fin los jardineros prestaban atención, o por lo menos miraban en la dirección adecuada. El torpedero seguía siendo el más atractivo de ver, parecía que estuviera cosido con cables eléctricos, con los ojos pegados al juego.

Peter reconocía aquel tipo de concentración (a veces los ojos se le secaban porque estaba tan centrado en los movimientos de los otros jugadores que se

olvidaba de parpadear) y sabía que valía la pena. Como el chico de la camiseta roja, Peter poseía el territorio que le correspondía en el campo de béisbol. Era un territorio que amaba en todos sus detalles, incluido el olor a césped cortado y a polvo seco. Pero lo que más le gustaba era la valla que tenía detrás. La valla que marcaba exactamente todo lo que era responsabilidad suya y lo que no lo era. Si una pelota caía dentro de la valla, debía atraparla. Si pasaba volando por encima de él, ya no le correspondía. Así de sencillo.

Muchas veces Peter había deseado que, fuera del campo, las responsabilidades también hubieran tenido unas vallas tan bien definidas.

Cuando la madre de Peter murió, lo enviaron durante una temporada a ver a una terapeuta. A sus siete años, no había sido capaz de hablar, o tal vez no había sabido cómo traducir en palabras aquel tipo de pérdida.

La terapeuta (una mujer de mirada amable con una larga cabellera plateada) solía decir que era normal, que era perfectamente normal. Y durante toda la sesión, Peter sacaba cochecitos y camiones de una caja de juguetes, los había a cientos; Peter pensó más adelante que aquella mujer debía de haber arrasado una tienda de juguetes solo para que él pudiera jugar; y los hacía chocar, de dos en dos. Al terminar, ella siempre decía lo mismo: «Debió de ser muy duro para ti. Tu madre sube al coche para ir a hacer la compra, un día como cualquier otro, y ya no vuelve a casa nunca más».

Peter no respondía, pero ahora recordaba que esas palabras le transmitían una sensación de estar haciendo lo correcto, como si durante la sesión de una hora estuviera por fin donde debía estar, sin ninguna otra tarea que entrechocar los cochecitos y oír lo duro que debía de haber sido para él lo de su madre.

Hasta que un día, la terapeuta dijo una cosa distinta.

—Peter, ¿estás enfadado?

—No —respondió él rápidamente—. Nunca.

Era mentira. Y luego se había levantado del suelo y había cogido un caramelo de color verde manzana del recipiente de cobre que había junto a la puerta, tal como hacía al final de cada sesión. Era el trato al que había llegado con la terapeuta de ojos amables: cuando tuviera suficiente, podía coger un caramelo y la sesión habría terminado. Y se fue. Pero una vez fuera había tirado el caramelo a la cuneta, y de camino a casa le había dicho a su padre que no iba a volver. Su padre no había protestado. En realidad, parecía que fuera un alivio para él. Pero no para Peter. ¿Tal vez la amable terapeuta sabía desde el principio que él se había disgustado aquel último día, que había hecho algo horrible? ¿Que, para castigarlo, su madre no lo había llevado a la tienda? ¿Tal vez pensaba que tenía la culpa de lo que había sucedido?

Unos meses más tarde, Peter había encontrado a Pax. Había descubierto un zorro atropellado al borde de la carretera cerca de su casa. Como había pasado tan poco tiempo desde que viera cómo metían el féretro de su madre bajo tierra, sintió una necesidad imperiosa de enterrar el cuerpo. Mientras buscaba un buen lugar para hacerlo, encontró la guarida, ocupada por tres cuerpecitos fríos y rígidos y una bolita de pelo gris que todavía respiraba. Se había metido a Pax en el bolsillo de la sudadera, lo había llevado a casa y había dicho (no había preguntado, sino que había dicho): «Me lo voy a quedar». «De acuerdo, de acuerdo. Durante un tiempo», había respondido su padre.

El cachorro pasó toda la noche lloriqueando, y al oírlo, Peter pensó que si pudiera volver a visitar a la terapeuta de ojos amables, dedicaría toda la noche y todo el día, toda la noche y todo el día, eternamente, a hacer chocar aquellos coches de juguete. No porque estuviera enfadado, sino para que todo el mundo lo pudiera ver.

Pensar en Pax hizo que la antigua serpiente de la ansiedad volviera a cernirse sobre el cuello de Peter. Necesitaba volver a ponerse en movimiento,

recuperar el tiempo perdido. El entrenamiento se estaba terminando, los chicos abandonaban el campo, recogían el equipamiento al pasar por delante de la caseta. En cuanto el campo se hubo vaciado, Peter bajó por las graderías y se echó la mochila sobre los hombros. Entonces, al pisar el terreno de juego, vio al torpedero.

Peter dudó. Lo mejor que podía hacer era largarse, mezclarse entre los rezagados. Pero el resto del equipo había dejado colgado al chico, que tendría que recoger las cosas y volver solo a casa, y Peter sabía cómo debía de sentirse. Recogió un par de pelotas y se las pasó.

—Hola.

El chico aceptó las pelotas con una sonrisa precavida.

—Hola.

—Bien jugado. Esa última bola era difícilísima.

El chico desvió la mirada e hizo una marca en la tierra con el pie, pero Peter supo que el cumplido le había complacido.

—Sí, el primera base la ha hecho parecer más limpia de lo que era en realidad.

—No. La pelota ha sido tuya. Ese primera base no sería capaz ni de pillar un resfriado por sí mismo. Sin ánimo de ofender.

El chico sonrió, esta vez con franqueza.

—Tienes razón. Es el sobrino del entrenador. ¿Tú juegas?

Peter asintió.

—De jardinero central.

—¿Eres nuevo?

—Bueno... La verdad es que no soy de aquí...

Peter hizo un vago gesto en dirección sur.

—¿De Hampton?

—Sí, de Hampton.

El chico cambió radicalmente de expresión.

—¿Espionando antes del partido del sábado? Capullo.

Escupió y se volvió hacia la caseta.

Al salir de los terrenos de la escuela, Peter se felicitó por su agilidad mental, por haber disimulado su rastro de fugitivo. En cualquier caso, se sentía mal. En realidad se sentía fatal.

Se sacudió de encima la sensación (¿qué decía su padre sobre los sentimientos? Algo sobre una moneda y una taza de café) y consultó el reloj. Las cuatro y cuarto. Había perdido más de tres horas.

Peter aceleró el paso, pero cuando volvió a encontrarse en la plaza del ayuntamiento, cruzó al lado opuesto de la ferretería y se obligó a caminar todavía más deprisa, dejando atrás una biblioteca, una estación de autobuses y un restaurante. Entonces contó mil pasos antes de arriesgarse a levantar la cabeza.

Y al hacerlo, volvió a consultar el reloj. Las cinco menos diez. Su abuelo ya debía de estar recogiendo las cosas. Peter lo imaginó caminando hacia su Chevrolet azul y oxidado, e introduciendo la llave en el contacto.

Y al presentársele esa imagen, tuvo un ataque de ansiedad que lo dejó sin respiración. Escaló una valla de madera baja y cayó entre la maleza. Avanzó unos diez metros, hasta que los arbustos midieron más que él, y esperó a que la ansiedad lo dejara volver a respirar, y solo entonces dio media vuelta para continuar en paralelo a la carretera. Cada vez era más difícil avanzar, pero quince minutos más tarde lo consiguió: la carretera principal.

Peter acechó la rampa de entrada, agachado, y entonces, en un momento en que el tráfico espeso se tomó un descanso, bajó por el conducto, saltó la valla metálica y cruzó al otro lado, con el corazón latiendo con fuerza. Lo había conseguido.

Anduvo a zancadas hacia los árboles, buscando un buen lugar donde girar

hacia el oeste. Al cabo de unos minutos lo encontró: un camino de tierra que discurría paralelo a la carretera. Lo cierto es que no era mucho más que un viejo camino de carros, pero transcurría en la dirección adecuada y sería fácil caminar por él incluso de noche. Lo tomó.

Durante un trecho, los árboles se fueron espesando a medida que caminaba, y solo el trino de los pájaros y el susurro de las ardillas rompía el silencio. Peter pensó que pasaría un tiempo sin volver a saber nada de la civilización. La idea le gustó. Pero al cabo de unos minutos el camino se desvió y empezó a correr a lo largo de un antiguo pasto puntuado de árboles fruteros retorcidos en flor. Un muro de piedra limitaba el campo, y un granero chato se alzaba en una esquina lejana. No había ninguna luz encendida en el granero, ningún coche ni ninguna furgoneta aparcados. Aun así, a Peter se le partió el corazón. El granero parecía acabado de pintar, y algunas tejas del tejado todavía lucían el color rosa crudo de la madera nueva. El camino conducía a la casa de alguien. Aún peor, era posible que condujera a una carretera principal que no aparecía en el atlas porque era demasiado antiguo. En cualquier caso, no era ningún atajo para atravesar las montañas.

Peter dejó caer la mochila y se hundió en una estrecha repisa de la pared de piedra, agotado y hambriento. Se quitó las botas y los calcetines. Tenía ampollas en los dos talones. Cuando estallaran iba a ser muy doloroso. Peter pescó el par de calcetines de repuesto del fondo de la mochila y se los puso por encima de los otros. Descansó la cabeza contra la piedra dura, que todavía despedía algo de calor del sol de todo el día, un sol que en aquellos momentos planeaba justo por encima de una línea de árboles, bañando el campo con un resplandor de color de melocotón.

Sacó las pasas y las comió una a una, intercalándolas con sorbitos de agua. Luego abrió dos paquetes de queso y sacó cuatro galletas saladas del paquete. Comió lo más lentamente que pudo, contemplando el sol sobre la arboleda,

sorprendido al descubrir que era capaz de percibir su movimiento descendiente. ¿Cómo era posible que hubiera vivido doce años sin saber nada de las puestas de sol?

Peter se abrochó las botas. Justo cuando empezaba a levantarse, vio un ciervo que salía del bosque y se dirigía hacia los árboles. Aguantó la respiración mientras la arboleda se iba llenando: catorce ciervos en total. Empezaron a pastar, y algunos mordisquearon las ramas bajas de los árboles.

Peter saltó al suelo, y el que tenía más cerca, una corza con un cervatillo larguirucho y moteado a su lado, giró la cabeza para mirarlo con atención. Peter alzó lentamente la mano, con la esperanza de que entendiera que no quería hacerle ningún daño. La corza deambuló entre Peter y su cría, y al cabo de un rato volvió a hundir la cabeza entre la hierba.

Y entonces el aire claro del crepúsculo quedó quebrado por el chirrido de una sierra que mordía la madera desde la parte trasera del granero. Todos los miembros de la manada se sobresaltaron al unísono y echaron a correr hacia la oscuridad del bosque, haciendo centellear las blancas colas. Antes de ponerse en movimiento, la corza dirigió una última mirada a Peter que parecía decir: *Humanos, siempre lo estropeáis todo...*

Peter abandonó el lugar. De nuevo en la carretera, la mitad de los coches habían encendido ya los faros, y parecía que lo enfocaran directamente a él. Se alejó de la carretera.

La tierra era esponjosa y olía a turba. La oscuridad le hizo plantearse si valía la pena arriesgarse a utilizar la linterna, pero entonces el pie se hundió en el terreno y salpicó. Peter se agarró a una rama saliente y consiguió salir del hoyo, pero ya era demasiado tarde. El agua fría del barrizal se filtraba por las botas. Peter maldijo. No haber cogido más calcetines, otra equivocación. Esperaba que fuera la última del viaje.

Y entonces, mientras se encaramaba a un terreno más alto, cometió una

equivocación mucho más grave.

El pie izquierdo se le enredó en unas raíces y cayó al suelo. Oyó el hueso al romperse (un chasquido suave y apagado) en el mismo instante en que notaba el pinchazo agudísimo. Durante un momento muy largo, se sentó jadeando y sintiendo el dolor indescriptible. Finalmente liberó el pie y se desabrochó la bota, acompañando cada gesto con una mueca de dolor. Se quitó los calcetines empapados, y lo que vio le hizo soltar un grito. El pie se le estaba hinchando a tal velocidad que podía verlo perfectamente.

Peter volvió a ponerse los calcetines, con lágrimas en los ojos por el dolor que el proceso le causaba, y luego apretó los dientes para meter de nuevo el pie dentro de la bota antes de que se siguiera hinchando. Se arrastró hasta un árbol y se ayudó de una rama para levantarse. Probó el peso del cuerpo sobre el pie y estuvo a punto de volver a derrumbarse. Era un dolor mucho más intenso que nada que hubiera sentido antes. Comparado con aquello, la fractura de pulgar había sido la picada de un mosquito.

No podía caminar.



Pax se retorció de placer al sentir el peso sólido y cálido de otro cuerpo acurrucado junto al suyo. Medio despierto, husmeó para empaparse del aroma reconfortante de su chico. Pero en vez de olor a humano, encontró olor a zorro.

Entonces se despertó del todo. Enroscado contra su pecho, roncando, estaba el hermano pequeño de la hembra. Diminuto gimoteaba y le pasaba el rabo por el hocico, todavía dormido.



Pax se recompuso con aspereza. No tenía ninguna experiencia de dominancia, pero la situación no le dejaba ninguna otra opción. *Vuelve a tu guarida*. Cuando Diminuto hizo el intento de volver a apoyarse contra su pecho, Pax le mordió en el hombro.

Diminuto se despertó y se alzó sobre las patas. No agachó la cabeza para mostrar sumisión y tampoco hizo el gesto de irse. *Juguemos*, parecía invitar la

posición de su cuerpo.

En otras circunstancias, Pax habría estado encantado de contar con la compañía bienintencionada del pequeño zorro. Pero no tenía ningún interés en volver a vérselas con Erizada, y en realidad lo único que quería era volver con sus humanos. Pax cogió el soldado de plástico que había escondido y lo dejó en el suelo, como una ofrenda, y volvió a advertir al pequeño que se fuera. Tras una última mirada de súplica, Diminuto recogió el juguete con la boca. Pax lo siguió hasta el exterior y miró cómo se metía en otro agujero a varios cuerpos de distancia.

Al estallar la tormenta (corta pero violenta, con sábanas enteras de cielo partiéndose en iracundas grietas) Pax había conseguido abrirse paso hasta la entrada superficial de una guarida abandonada a poca distancia de la que Erizada compartía con su hermano, y no había tenido tiempo de echar un vistazo a los alrededores. Ahora, a la pálida luz de la media luna, se tomó un minuto para supervisarlos.

La ladera de la montaña daba al sur. Allí, las raíces de los árboles parecían agarrarse al suelo arenoso como los nudillos marrones de unos puños cerrados. Hundidas entre las raíces, Pax vio las entradas de tres guaridas.

Por encima de esta ladera, el bosque se alzaba hacia el norte y el oeste, en dirección a la carretera. Debajo, un enorme valle recubierto de hierba descendía hacia el sur. Era un lugar ideal: la posición elevada de la ladera impedía que los depredadores que se aproximaran pudieran cobijarse, y la línea de los árboles protegía a los zorros de los vientos del norte. La pradera olía intensamente a vida.

Mientras absorbía todo esto, la tensión que lo dominaba se fue relajando. Era la misma sensación que había tenido cuando, de cachorro, tras haber empujado tres veces el plato de comida hasta el rincón más alejado de la habitación nido del chico, Peter había comprendido por fin que debía dejarlo

allí. Lejos de la fría pared del norte, y con vistas a la puerta por donde a veces entraba el padre, casi siempre disgustado. *Seguro*.

Ese lugar, en cambio, no era seguro para él. Erizada le había advertido que en la misma pradera vivía un zorro mayor con su compañera. Ya se estaba enfrentando a un desafío exterior y no toleraría la presencia de otro macho soltero. Justo entonces, Pax vio algo que se movía en la parte inferior de la ladera, y un macho alfa de anchas espaldas, con el pelo negro y gris, salió de entre los arbustos y orinó para marcar terreno en un pimpollo que tenía a su lado. El gran zorro empezó a rascarse, y todavía tenía la pata en la oreja cuando de pronto alzó el hocico para olisquear la brisa. Pax echó a correr como un rayo colina arriba y desapareció entre los matorrales.

No le resultó difícil recuperar su propio rastro, a pesar de lo mucho que había llovido. Deteniéndose solo para lamer rápidamente el agua de las hojas, siguió el rastro hasta la carretera.

Una vez allí, Pax notó el olor persistente de la caravana de transporte militar que había pasado el día anterior, pero comprobó que desde entonces no había habido tráfico. Volvió a instalarse en el tronco del roble caído y esperó.

La mañana trajo consigo el alboroto reluciente de las nubes de insectos y el parloteo de los pájaros que despertaban, pero seguía sin haber ruidos de tráfico en la carretera. A medida que el sol iba alzándose ardiente y seco, las gotas de lluvia que habían colgado de los brotes verdes se fueron evaporando.

Pax era consciente del hambre que tenía, pero la sed era todavía peor, no había bebido nada desde que había salido de la casa de los humanos. Tenía la garganta seca y la lengua hinchada y dura. Se mareaba cada vez que cambiaba de posición. Cien veces, un delgado aroma de agua le pasó por delante, pero en ningún momento pensó en abandonar su puesto por la promesa líquida. Los humanos iban a regresar. Clavó las patas en la madera y acechó el sonido de algún vehículo en la carretera silenciosa. Pasó una hora, luego otra. Pax se

quedó dormido, se despertó y recordó, durmió, se despertó y recordó. Y entonces el viento trajo la noticia de que algo se acercaba.

Un zorro. El mismo macho que había visto antes, el que Erizada le había advertido que era peligroso. El zorro caminaba con unos andares deliberados, sin mostrar dudas ni gastar energía. El modo en que el pelaje grisáceo le decoraba el cuerpo anunciaba que era viejo. A medida que se fue acercando, Pax vio que incluso sus ojos se habían vuelto grises a causa de la edad.

Tras ofrecer su olor, Gris se sentó sobre la hierba al lado del tronco caído. No hizo ningún ademán de erguirse para indicar que venía en son de paz. *Llevas el olor de los humanos. Yo viví con ellos, una vez. Se acercan.*

Un rayo de esperanza rejuveneció a Pax. *¿Has visto a mi chico?* Una vez más, describió a Peter.

Pero Gris no había visto a ningún humano desde la época en que había vivido con ellos cuando era joven. Y aquello había sido en otro lugar, un país lejano, seco y rocoso donde los inviernos eran largos y el sol siempre estaba bajo. *Los humanos que se acercan vienen del oeste. Traen la guerra. Los cuervos que los han visto no describen a ningún joven.*

La noticia debilitó a Pax. Se balanceó y estuvo a punto de caer del tronco. *Necesitas agua. Sígueme.*

Pax dudó. Sus humanos podían llegar en cualquier momento. Pero la necesidad de agua era urgente. *¿Está cerca? ¿Podré oír la carretera desde el agua?*

Sí. La corriente pasa junto a la carretera. Sígueme.

El comportamiento del viejo zorro (seguro pero no amenazador) tranquilizó a Pax. Bajó del tronco y lo siguió. Pronto llegaron a un tajo profundo en la tierra, desde el cual surgían los olores del agua y de las cosas que crecían en el barro. Pax asomó la cabeza y vio un arroyo plateado, salpicado de piedras negras, que relucían entre los verdes juncos y las flores de color púrpura. Gris

empezó a descender en diagonal, con mucha precaución. Atraído por el aroma del agua, Pax lo adelantó con brusquedad, bajando directamente por la zanja. A medio camino, perdió pie y se deslizó durante el trecho que quedaba.

Cuando se hubo enderezado, se quedó mirando fijamente a su alrededor. El agua pasaba por delante de él como si saliera de un enorme grifo, mucho más grande incluso que el surtidor que vertía agua en la gran bañera blanca donde se bañaba su chico. Sumergió la cabeza. El agua era fría y sabía a cobre, a pino y a musgo. Le entraba en las fauces como si estuviera viva. Le aguijoneaba los dientes y le inundaba la boca y la garganta. Bebió y bebió, y no dio un paso atrás hasta que hubo llenado el estómago. Gris se unió a él, bebió, y luego invitó a Pax a descansar a su lado.

Pax ladeó la cabeza para escuchar con atención la carretera todavía silenciosa por encima del conducto. *Tengo que estar en la carretera cuando los humanos vengan a buscarme.*

Gris se acomodó sobre el suelo y estiró las patas. *La carretera fue bloqueada ayer por los enfermos defensores de la guerra.*

Pax volvió a pensar en los vehículos que habían pasado el día anterior, los que olían como la ropa nueva del padre del chico. Era cierto que desde entonces nadie había usado la carretera. Pero no importaba. *Mi chico volverá a buscarme aquí.*

No. Los cuervos dicen esto: la carretera está cerrada.

Pax anduvo de piedra en piedra, arrastrando la cola mientras intentaba resolver el rompecabezas. Llegó la respuesta: *Iré a buscar a mi chico a nuestra casa.*

¿Dónde está vuestra casa?

Pax caminó en círculos para asegurarse, pero no había ninguna duda: la atracción del hogar procedía con fuerza de una sola dirección. *Al sur.*

Esta información no sorprendió a Gris en absoluto. *Allí hay enormes*

colonias de humanos. Cuando lleguen los enfermos defensores de la guerra, mi familia tendrá que desplazarse hacia esas colonias o viajar hacia el norte, a las montañas. Háblame de esos humanos. Cómo es vivir con ellos.

De nuevo, el comportamiento del zorro viejo tranquilizó a Pax. Volvió a su lado y se sentó. *He visto a muchos desde lejos, pero solo he vivido con dos.*

¿Son falsos en sus actos, como los que yo conocí?

Pax no entendió lo que quería decir.

Gris se incorporó sobre los cuartos traseros, nervioso, y compartió el comportamiento que él había visto: un humano rechazando a un vecino hambriento, fingiendo que no tenía comida en su despensa cuando estaba llena. Una humana mostrando indiferencia ante un compañero al que había elegido. Un humano llamando a una oveja con voz seductora para que saliera del rebaño y poder matarla. *¿Tus humanos no hacían estas cosas?*

Entonces Pax pensó en el padre del chico sacándolo del coche, fingiendo con la voz un remordimiento que Pax sabía que era falso por el estallido de olor a mentira que despedía.

Volvió la vista al arroyo. Tras salpicar un par de piedras, la corriente se dividía y se volvía a unir en una trenza líquida y plateada. A Pax le asaltó un recuerdo.

Poco después de que el chico lo hubiera rescatado, cuando todavía era un cachorro asustadizo, un extraño había llamado a la puerta de la casa. Pax observaba desde debajo de la mesa mientras el padre del chico saludaba a una mujer que llevaba una trenza larga y plateada que le caía por encima del hombro. El padre había sonreído mostrando todos los dientes, cosa que Pax había aprendido a interpretar como: «Bienvenida; me alegro de verte; no te haré ningún daño». Pero debajo de aquella sonrisa, el cuerpo del hombre estaba rígido de rabia y de miedo.

A Pax le había desconcertado este miedo, porque la mujer pequeña solo

proyectaba amabilidad y preocupación. Una y otra vez, repetía la palabra que Pax había llegado a asociar con el chico («Peter»), con una voz de súplica. La sonrisa de bienvenida del padre, enseñando toda la dentadura, había permanecido congelada en su lugar, pero cuando por fin había respondido, la habitación se había inundado del olor amargo del engaño. Cuando la mujer salió de la casa y él cerró la puerta, tenía el pecho henchido de modo amenazador. Pax se volvió hacia el zorro mayor. *Lo he visto. No en mi chico, nunca en él. Pero sí en su padre.*

Pareció que el zorro viejo envejecía todavía más al recibir la noticia. Con un esfuerzo visible, se incorporó sobre los cuartos traseros. *¿Siguen siendo descuidados? Eran descuidados, cuando yo vivía con ellos.*

¿Descuidados?

Labran un campo y matan a los ratones que viven allí sin previo aviso. Construyen una presa en un río y dejan morir a los peces. ¿Siguen siendo descuidados en ese aspecto?

Una vez, cuando el padre de Peter estaba a punto de talar un árbol, Pax había visto cómo Peter se encaramaba a él para sacar un nido y trasladarlo a otro árbol. Los días en que hacía mucho frío, Peter llevaba paja fresca al corral de Pax. Antes de comer, siempre se aseguraba de que Pax tuviera agua y comida. *Mi chico no es descuidado.*

El zorro viejo pareció aliviado al oír esto. Pero solo por un instante. *Cuando llegue la guerra, serán descuidados.*

¿Qué es la guerra?

Gris hizo una pausa. *Existe una enfermedad que a veces afecta a los zorros. Hace que abandonen su comportamiento habitual, que ataquen a los extraños. La guerra es una enfermedad humana parecida a esta.*

Pax se enderezó de un brinco. *Los enfermos defensores de la guerra, ¿atacarán a mi chico?*

La guerra llegó a la tierra donde yo vivía con los humanos. Todo quedó destrozado. Había fuego por todas partes. Muchos muertos, y no solo enfermos defensores de la guerra, los machos adultos. Niños, madres, ancianos de su propia especie. Todos los animales. Los hombres contaminados por esa enfermedad sembraban el caos entre todo lo que encontraban a su paso.

¿Esto es lo que se acerca?

Gris alzó la cabeza y soltó un aullido que llenó el aire de tristeza. Al oeste, donde la guerra ya ha empezado, donde los hombres se matan entre ellos, la tierra está asolada. Los cuervos traen las noticias. Los ríos están condenados. La tierra está arrasada; no crecerán ni las zarzas. Conejos y serpientes, faisanes y ratones... todas las criaturas han muerto.

Pax saltó al camino. Encontraría al chico. Antes de que llegara aquella guerra.

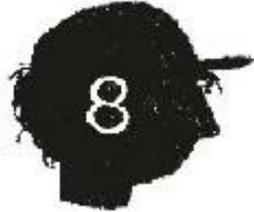
Gris lo siguió. Espera... Viajaré hacia el sur contigo para buscar un nuevo hogar. Pero antes sígueme.

¿A la pradera? No. La hembra me advirtió que no volviera.

La hembra nunca te aceptará, porque has vivido con humanos.

Entonces, Pax tuvo un rápido destello de la misma escena que había contemplado entre la hembra y su hermano: un viento frío y ululante; una pareja de zorros en peligro; una jaula con grapas de acero; la nieve manchada de sangre. Y luego, de pronto, la nada.

Pero ella no es dominante. Sígueme. Descansaremos y comeremos, y partiremos esta noche.



El sonido que a Peter le gustaba más en el mundo (el golpeo del cuero contra el cuero de una pelota al impactar contra el guante) parecía tan real en aquel sueño que sonrió y abrió los ojos. Y entonces gritó de sorpresa.

Una mujer se cernía sobre él, golpeando una pelota de béisbol contra un guante. Llevaba un pañuelo muy llamativo atado a los tirantes del mono de trabajo, y el pelo era un revoltijo puntiagudo que tembló cuando agachó la cabeza para estudiar al chico.

Él retrocedió y se deslizó a lo largo de los tablones de madera, y volvió a gritar, esta vez por el dolor que le subía desde el pie derecho. Lo recordó todo en un instante. Presa del pánico, miró a su alrededor en busca de la mochila. Ahí estaba, detrás de la mujer, con todo el contenido esparcido por el suelo.

Ella se acercó todavía más e impactó la pelota contra el guante con un poco más de fuerza.

La pelota y el guante eran los suyos, comprendió Peter. La pelota que llevaba en la mochila. El guante sobre el cual él se había quedado dormido. Hizo un gran esfuerzo por recomponerse.

—¡Eh! ¡Esas cosas son mías! ¿Qué hace usted aquí?

Al oír esto, la mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó un ladrido que parecía una mezcla de carcajada y resoplido. No era tan mayor como él había

pensado. En todo caso no era mucho mayor que su padre. Lo que parecían mechadas blancas eran en realidad unas plumas entrelazadas en el pelo negro. Se balanceaban cuando ella movía la cabeza, y por el repiqueteo que producían, Peter dedujo que también debía de llevar unas cuentas entretejidas. Pensó seriamente en la posibilidad de que la mujer estuviera loca.

—No. No, no, no. El granero donde has entrado sin permiso me pertenece, y por lo tanto, eso de «¿Qué haces tú aquí?», debería preguntarlo yo.

Peter retrocedió. Loca o no, la mujer que se cernía sobre él tenía detrás de ella una pared llena de hachas y guadañas, y a él le faltaba un pie para salir corriendo.

—Vale, de acuerdo. Anoche me hice daño en el pie. Pasaba por delante del granero y necesitaba un lugar donde cobijarme, de modo que...

—No tan deprisa. ¿Qué es eso de que «pasabas por delante del granero»? Esto es propiedad privada y estoy en el fin del mundo.

Peter retrocedió todavía más.

—Yo... Había tomado un atajo para llegar a casa de... —El entrenamiento que había presenciado el día anterior se le apareció de pronto. Señaló con un gesto la pelota y el guante—. Del entrenamiento de béisbol.

—¿Volvías del entrenamiento de béisbol por mi terreno? Entonces lo primero que me pregunto es por qué no llevas un bate. —Hizo un gesto hacia las cosas del chico—. ¿Por qué llevas cinta aislante, bolsas de basura y una pulsera de la suerte, ropa, comida y agua... pero no llevas bate? ¿Qué me dices, chi-co?

La manera en que dijo «chico» (sedosa y dividiendo las sílabas) le hizo ver que la mujer tenía una pizca de acento. Solo una pizca, como si generaciones atrás los componentes de su familia hubieran hablado una lengua parecida a un canto.

—Es que... No lo cogí. Un bate es muy pesado de transportar.

La mujer volvió a sacudir la cabeza, y esta vez parecía muy enfadada. Arrojó la pelota y el guante y se subió la pernera izquierda del mono. Por debajo de la rodilla, la pierna se convertía en un palo de madera rugosa. La clavó con fuerza en el suelo junto al cuerpo de Peter.

—Mira esta pierna. Esta pierna sí que es pesada, chi-co. De pino macizo. Y bien que la transporto, ¿no te parece?

La mujer se quedó mirando la pierna y aparentemente descubrió algo que no le gustó demasiado. Se sacó un cuchillo del cinturón y, con un movimiento rápido de muñeca, se deshizo una astilla justo por encima de donde debería haber tenido el tobillo.

Luego se incorporó para volver a mirar a Peter, y lo señaló con el cuchillo.

—Volvamos a empezar, porque cada vez siento más curiosidad. Si tienes entrenamiento de béisbol, ¿cómo es posible que no lleves el bate?

Peter observó el rostro de la mujer y devolvió la mirada al cuchillo. La hoja, larga y delgada, resplandecía con una curva de aspecto siniestro. Notó que su corazón daba un brinco dentro del pecho, y tenía la boca seca como un desierto, pero aun así logró contestar:

—No tengo.

La mujer sonrió de pronto, mostrando una dentadura sorprendentemente blanca.

—Así me gusta. Sí, eso suena a verdad. ¿Cómo te llamas?

Peter dijo su nombre.

—Bien, Peter-sin-bate, ¿qué le pasa a tu pie?

Peter se quitó la sudadera enrollada en el pie sin apartar los ojos del cuchillo. El dolor causado por aquel movimiento tan ligero lo conmocionó. Le entraron unos temblores y, por primera vez, se dio cuenta del frío que tenía.

—Me lo he torcido.

La mujer se agachó, con la pierna de madera dibujando un ángulo extraño.

De cerca, el chico vio que no llevaba el pelo tan revuelto como había pensado al principio; en realidad estaba ordenado en docenas de trenzas, cada una de ellas tejida con plumas y cuentas blancas en forma de tubo. Al ver una pequeña calavera picuda, el chico se dio cuenta de que las cuentas eran pequeños huesos. Apartó la mirada. Sin duda, estaba loca.

—No te muevas.

Antes de que Peter pudiera comprender lo que estaba sucediendo, la mujer deslizó la hoja fría del cuchillo dentro de su calcetín y, con un movimiento rápido, lo rajó. Peter apretó los labios para reprimir un grito. Tenía el pie tan oscuro e hinchado como una berenjena.

—¿Has caminado con esto?

Peter señaló la rama que tenía a su lado.

—La rompí. Fabriqué un bastón.

Le temblaba el dedo. Dejó caer la mano.

La mujer volvió a asentir y luego colocó las manos alrededor del talón de Peter.

—Voy a moverlo —le advirtió—. ¿Estás listo?

—¡No! No lo toque!

Pero la mujer empezó a poner el pie a prueba, sin parar de dar órdenes.

—Mueve el pulgar. Ahora todos los dedos. Ahora el pie, de lado a lado.

Peter hacía gestos de dolor, pero obedecía a todo lo que le decía.

—Has tenido suerte —dijo la mujer, colocando el pie de Peter sobre la sudadera—. Fractura no desplazada del quinto metatarsiano. Una única rotura limpia del hueso más exterior del pie.

—¿Suerte? ¿Romperse un hueso es tener suerte?

La mujer retrocedió, estampó la pata de palo junto a la mano de él, y luego clavó la hoja del cuchillo en la madera.

—Hombre, no lo sé... vamos a ver... No sé por qué romperse un único

hueso es tener suerte...

—Vale, vale, ya lo pillo. Lo siento.

Ella desclavó el cuchillo y señaló al chico.

—Eres joven. Tendrás que llevarlo enyesado unas seis semanas, pero se curará a la perfección.

—¿Cómo sabe todas esas cosas? ¿Es médico, o algo parecido?

—Lo fui. En otra vida. —La mujer se levantó y miró a Peter como si acabara de caer en la cuenta—. Te has escapado de casa. —Cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza hacia él—. ¿Es así? ¿Estás huyendo?

—¡No! No, solo iba... de excursión.

La mujer se llevó las manos a las orejas y frunció el ceño.

—Perdona, no te he oído bien. Se me ha disparado el detector de mentiras.

Volvámoslo a intentar. ¿Te has escapado de casa?

Peter suspiró.

—No exactamente.

—Entonces ¿exactamente, qué hacías anoche pasando por mi terreno con tu ropa de recambio y tus provisiones, Peter-sin-bate?

—Bueno, en realidad no me he escapado de casa, sino que me he escapado hacia casa.

—Ah, eso es distinto. Continúa.

Peter miró por la ventana situada encima de la mesa de trabajo. Los altos pinos atravesaban el cielo pálido de la mañana, y un grupo de cuervos discutía ruidosamente en las ramas superiores. Si pudiera contar una historia que lo sacara de aquel granero y lo devolviera a la carretera para encontrar a Pax, la contaría. Desaparecería aquel mismo día, con el quinto metatarsiano fracturado y todo. Pero si tal historia existía, a él no se le ocurría. Se recostó contra la pared.

—La guerra. Vienen a por nuestra agua. Mi padre se tuvo que alistar. Mi

madre murió hace tiempo y nos quedamos solos. Por eso mi padre me llevó...

—¿Qué edad tiene tu padre?

—¿Cómo? Treinta y seis. ¿Por qué?

—Entonces no tenía por qué ir. El reclutamiento obligatorio es para chicos de dieciocho años. Chicos tranquilos, fáciles de manipular. Por lo tanto, si tu padre ha ido, lo hizo voluntariamente. Lo eligió él. Volvamos a empezar la historia con la verdad por delante. Es la regla que tenemos por aquí.

—De acuerdo. Lo eligió él. Y entonces me llevó a casa de mi abuelo, y...

—Y a ti no te gustaba.

—No era eso. Era... por favor, ¿puede apartar esta cosa?

La mujer bajó los ojos y se sorprendió al ver que tenía el cuchillo en la mano.

—Qué mala educación, Vola —se reprendió—. Ya no nos acordamos de cómo hay que comportarse ante un invitado. —Dejó el cuchillo sobre la mesa de trabajo—. Continúa.

—Bien. Yo tenía un zorro. Tengo un zorro. Lo soltamos. Lo dejamos al borde de la carretera. Mi padre me dijo que era necesario, pero yo nunca lo hubiera hecho.

Desde el mismo instante en que se habían alejado con el coche, a Peter lo perseguían todas las cosas que debería haber dicho a su padre. Y ahora se le aparecían en un torbellino.

—Lo crie, desde que era un recién nacido. Él confiaba en mí. No sabrá sobrevivir, a la intemperie. Me da igual que sea «solo un zorro», como le llama mi padre. «Solo un zorro», como si no fuera tan bueno como un perro u otro animal.

—Ya veo. Estabas muy enfadado, y por eso te escapaste.

—No estaba enfadado. No lo estoy. Pero el zorro depende de mí. Tengo que ir a buscarlo.

—Pues mira por dónde, no lo vas a hacer. Cambio de planes.

—Ni hablar. Tengo que encontrarlo y llevarlo a casa.

Peter se puso de rodillas, tragándose la oleada de dolor que le subía desde el pie. Se agarró a la rama y probó el peso de su cuerpo durante un segundo, y luego se volvió a dejar caer, agotado por el intento.

—¿Y ahora? ¿Sigues pensando lo mismo? ¿A cuánta distancia lo dejaste?

—A trescientos kilómetros. Tal vez más —reconoció Peter.

Vola resopló.

—Tal como estás ahora, no podrías caminar ni tres kilómetros. Ahí fuera serías pasto de los osos, si es que no mueres de hipotermia la primera noche. Al no poder moverte, no conservarías el calor.

Se recostó sobre la mesa de trabajo, enroscándose un pañuelo alrededor del dedo. Peter se dio cuenta de que estaba intentando encontrar alguna solución. Ahora que la veía reflexionando, no le parecía tan loca. Parecía más bien preocupada. De pronto, tomó una decisión.

—Van a venir a buscarte. Y yo no puedo permitírmelo. Necesito que te vayas. Pero no puedo echarte de esta manera, ya tengo bastantes cargos de conciencia. Te vendaré el pie y te daré algo para el dolor, algo que sea legal para un niño, y entonces...

—No soy un niño. Tengo casi trece años.

Vola se encogió de hombros.

—Y entonces te irás. Carretera abajo, no muy lejos de aquí, hay un taller de reparación de coches. Llamarás a tu abuelo y le dirás que te venga a recoger.

—No pienso volver. Tengo que encontrar a mi zorro.

—Así es imposible. No podrás apoyar ningún peso sobre el pie fracturado hasta que se te cure el hueso. Seis semanas, como mínimo. Tal vez entonces puedas volver a intentarlo.

—¿Seis semanas? No. Sería demasiado tarde. El zorro...

—Chi-co, recuerda que tengo experiencia en caminar con una sola pierna. Para moverte antes de que se cure el hueso, tendrías que aprender a transportarte con los hombros y los brazos. Deberías fortalecer otras partes del cuerpo. Si es casi imposible para un adulto, imagínate para un niño...

—¡No soy un niño!

Vola levantó la mano para hacerlo callar.

—De modo que volverás a casa de tu abuelo, y te curarás el hueso roto. Pero antes te lo vendaré y te proporcionaré algo mejor que esa rama para que puedas caminar.

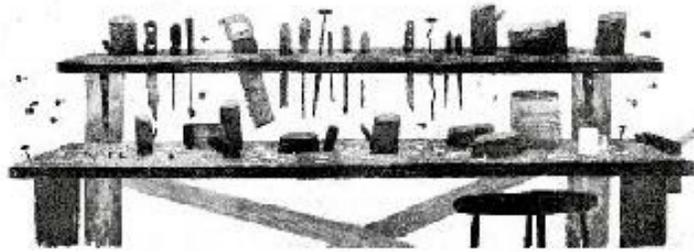
Vola se levantó de la mesa de trabajo y salió del granero.

Peter observó cómo desaparecía por el camino enmarcado por los pinos, avanzando con una cojera tan evidente que resultaba dolorosa de ver. Entonces, él mismo se arrastró por el suelo y metió sus pertenencias en la mochila. Se levantó para llegar hasta la mesa de trabajo. El esfuerzo lo mareó, y tuvo que recostarse contra ella hasta que se recuperó un poco. El pie le palpitaba de manera feroz cuando estaba de pie, y al apoyarlo levemente supo que no iba a ser capaz de andar. Pero Vola lo vendaría. Y entonces podría caminar. Tenía que hacerlo.

Se encaramó al banco y esperó.

La noche anterior no había podido ver gran cosa del granero, ni siquiera con la linterna. Ahora lo inspeccionó todo con tranquilidad. El suelo estaba recién barrido, y los sacos de semillas y fertilizante estaban perfectamente apilados junto a la puerta. El lugar olía a trigo limpio y a madera, y no a animales, aunque en la cercanía se oía ruido de gallinas.

La mesa de trabajo ocupaba toda una pared del granero. Alineadas en la pared, había una serie de herramientas pequeñas y piezas de madera.



En la pared opuesta, oscurecida por el rectángulo brillante del umbral de la puerta, una arpillera cubría un montón de objetos apilados contra la pared.

Peter notó una nueva convulsión, un ataque de temblores, pero esta vez no era por el frío. Los objetos cubiertos tenían forma de cabeza humana. Las cosas que colgaban de la pared de aquel granero podían ser perfectamente inofensivas, pero lo que realmente parecían eran cabezas humanas.

Notó que se le secaba la garganta y el corazón le latía con fuerza. Se había comportado como un estúpido, un imprudente. Tal vez aquella loca lo dejaría marchar (¿por qué tenía que hacerlo?), pero tal vez no. Vio el cuchillo que ella había dejado y cubrió el mango suave con la palma de la mano. Vola le llevaba ventaja en lo que pudiera pasar entre ellos, pero eso no significaba que él no pudiera defenderse. Se metió el cuchillo en el bolsillo justo en el instante en que la mujer aparecía por la puerta.

—Bebe esto.

Le entregó una taza a Peter y colocó un cuenco a su lado. Peter olió la taza.

—Sidra. He añadido una medida de corteza de sauce, de modo que tienes que bebértelo todo.

—¿Corteza de sauce?

—Ácido salicílico. Aspirina silvestre.

Peter apartó la taza. No pensaba beber el brebaje de aquella loca.

—Como quieras.

Vola cogió el cuenco y se puso a revolver la pasta verde que había dentro.

—¿Qué es eso?

—Una cataplasma. Lleva árnica para las heridas y consuelda para el hueso roto.

Hizo un gesto al chico para que colocara el pie sobre el banco. La cataplasma surtió un efecto reconfortante cuando le untó la piel caliente y tersa. A continuación se desató un pañuelo del tirante del mono y le envolvió el pie, sujetándolo con un segundo pañuelo para asegurarlo. Luego se incorporó y se limpió las manos en el mono.

—¿Cuánto mides?

—Uno sesenta. ¿Por qué?

Vola no respondió. Hurgó en una pila de leña, colocó varias piezas largas y estrechas encima de un par de caballetes, y se puso a serrarlas en parejas de la misma longitud. La madera cortada olía a fresco y a limpio. Cuando empezó a clavar unos tablones cortos en la parte superior de otros dos más largos, Peter lo entendió. Eran muletas. Le estaba fabricando un par de muletas. De pronto, sintió que el cuchillo que acababa de afanar y que le presionaba el muslo pesaba el doble que antes.

Vola tardó apenas unos minutos en taladrar en ángulo las tablas superiores y clavar las empuñaduras. Midió las muletas contra el cuerpo del chico, y luego serró un par de centímetros de ambas puntas.

A continuación, sacó un neumático viejo de un rincón del granero y lo hizo rodar hasta el centro de la estancia. Se acercó a la mesa de trabajo. La supervisó con la mirada. Peter se puso colorado cuando ella lo miró.

—¿Me has cogido el cuchillo?

La voz se había vuelto peligrosa, como si fuera capaz de inflamarse e incendiar el tejado del granero.

Peter notó un mareo y su corazón volvió a retumbar. Sacó el cuchillo y se lo entregó.

—¿Por qué?

—Porque... Bueno, porque tenía miedo de que me matara.

—¿Matarte? —Lo miró con dureza—. ¿En serio? ¿Vivir en el bosque me convierte en una asesina?

Peter levantó el hombro hacia la pared recubierta de herramientas de cuchilla.

—¿Las herramientas? Tengo que ocuparme de treinta acres de árboles. Soy leñadora. ¿Creías que eran armas?

Peter apartó la vista, avergonzado.

—Mírame, chi-co.

Se volvió hacia ella.

—Tal vez no estés tan equivocado —dijo la mujer, sin apartar la vista de él—. Tal vez veas algo. Tal vez yo sea... —Levantó lentamente las manos, unió los dedos delante de la cara de Peter, y los abrió de pronto—... ¡bum! Peligrosa, ¡sin previo aviso!

Peter se encogió de dolor.

—No, lo siento mucho... Me he equivocado.

Vola le mandó callar con un gesto, y movió la cabeza con tanta violencia que las plumas y los huesos se convirtieron en un ciclón en miniatura, dando vueltas sin parar. Cortó cuatro tiras de goma del neumático, envolvió con ellas la parte superior y los agarraderos de las muletas y las aseguró con un cordel, en silencio. Se las entregó.

Peter se colocó una bajo cada brazo y se deslizó hacia el suelo. Sintió una sensación de confort inmediata al ponerse derecho y mantener el equilibrio, con el pie herido protegido y bien envuelto.

—Controla el peso con las palmas. Álzate, no te cuelgues. Planta las muletas y balancéate.

Peter hizo ademán de darle las gracias, pero Vola volvió a interrumpirlo:

—Al final del camino encontrarás la carretera. Gira a la izquierda, y a

cuatrocientos metros verás una gasolinera. Allí ya te apañarás.

Le ayudó a ponerse la mochila y le dio la espalda. Tomó un pedazo de madera y empezó a cortarlo en rodajas como si el chico ya hubiera salido del granero.

Peter intentó dar un paso hacia la puerta. Se tambaleó un poco, pero no demasiado.

—Eso ha sido un brinco —dijo Vola, sin levantar la vista—. He dicho que te balancees. Y ahora, largo de aquí.

Por un instante, Peter permaneció inmóvil. No sabía adónde ir, pero no tenía ninguna intención de volver con su abuelo. Vola se giró y se le acercó, juntó los dedos y volvió a apuntarle a la cara.

—Vete. Antes de que te pase algo.



Aproximándose al prado desde el bosque situado más arriba, Gris se detuvo de pronto y levantó el hocico. *Otra vez.* Alzó el morro para comprobar el olor con más detenimiento. *Más fuerte.*

Pax, que antes ya dudaba, se puso en tensión.

Gris corrió hacia la frontera que marcaban los árboles. *Un zorro solitario me desafía. Quiere este territorio, pero actúa para impresionar a la hembra. Ella debe elegir un compañero este invierno.*

Pax lo siguió y observó la escena que se desarrollaba más abajo. Cuatro zorros manchaban la pradera. Erizada y Diminuto se mantenían juntos, con las orejas de puntas negras echadas cautelosamente hacia delante en dirección a los otros dos, que se miraban el uno al otro sobre el saliente de una roca, a medio descenso. Uno de ellos era una hembra, más oscura que Erizada y con el vientre lleno de cachorros. El otro era un macho grande con el pelaje duro y leonado. Tenía los pelos del pescuezo levantados y la oreja izquierda partida.

Gris ladró para anunciar su presencia. El rival que lo desafiaba salió disparado del saliente, con un arco de sangre chorreando de la oreja, y corrió pradera abajo.

Gris lo siguió por la colina, con Pax pisándole los talones. Cuando Gris pasó por delante de Erizada y Diminuto, su mera presencia pareció

tranquilizarlos, como una mano invisible que les acariciara la espalda. Al pasar Pax, Diminuto bailó excitado al verlo y, en cambio, Erizada enrolló el labio superior y siseó.

Pax aceleró para no perder la estela de Gris. Gris escaló el saliente para situarse junto a su compañera, y Pax se sentó en la base de la roca, respetuoso. La compañera de Gris lo recibió con afecto. Entonces compartieron las novedades. *Esta mañana, el viento venía del oeste. Traía olor a fuego. Debemos movernos, rápido.* La zorra miró a Pax. *Huele a humanos.* Erizada y Diminuto se acercaron más, con las orejas atentas a la respuesta de Gris. *Volverá con los humanos con los que vivía en el sur. Viajaré con él para buscar un lugar adecuado donde trasladarnos. Él y yo descansaremos, y saldremos esta noche.* Detrás de él, Erizada volvió a gruñir y Pax sintió la urgencia de echar a correr. El chico. Lo único que quería era encontrar al chico. Pero el instinto le decía que antes necesitaba descanso y comida. Hizo un gesto de asentimiento, y Gris y su compañera descendieron con suavidad a la hierba verde de la pradera.

Diminuto se acercó y se lanzó sobre Pax. Soltó el soldado de juguete que llevaba en la boca, invitando a Pax a jugar. Erizada intervino y con la pata alejó el juguete. *Humanos. Recuerda el peligro.*

Diminuto recuperó el soldadito y lo mostró entre los dientes, desafiante.

Pax se dio cuenta de que la situación de Diminuto había empeorado, y que la culpa era suya. Muchas veces había sentido lo mismo con el chico y con su padre, y una de sus estrategias era desaparecer si con ello protegía al chico de las iras del adulto. Retrocedió unos metros, pero Erizada no quedó satisfecha.

Aléjate del que apesta a humanos, advirtió a su hermano. *Recuerda el peligro.*

Pax dio un paso adelante. *Mis humanos no son peligrosos.*

Esto alarmó a Diminuto, como si Pax hubiera lanzado un desafío. Salió

disparado colina arriba hacia la entrada de la guarida, pero su hermana era más rápida que él. Lo bloqueó, y cuando él intentó escabullirse en la otra dirección, lo retuvo con la fuerza de sus patas hasta inmovilizarlo, derrotado.

Todos los humanos son peligrosos...

Entonces, Pax volvió a arrugar el pelaje ante la escena que Erizada estaba conjurando: un viento frío y aullador que amenazaba nieve. Pax reconoció aquel viento, y supo que la historia que la hembra relataba terminaría con sangre, nieve y frías mandíbulas de acero.

Erizada enseñó los colmillos a Pax y comenzó.



En el lugar del muro en que había visto a los ciervos, Peter se detuvo.

Estaba sangrando (había tropezado y se había abierto la bolsa de piel tierna de la base del pulgar con una astilla dentada) y sudaba a mares. Los brazos le temblaban por el esfuerzo de alzar el peso de su propio cuerpo durante apenas aquellos minutos, tenía las palmas de las manos en carne viva por los agarraderos de goma y la palpitación del pie derecho amenazaba como un trueno, pero nada de todo esto era el problema principal. Ni siquiera la perspectiva de volver a la lúgubre casa de su abuelo.

Se había equivocado de dirección.

Dio media vuelta. Hincó la muleta en el suelo y se balanceó hacia delante, avanzando penosamente hasta llegar una vez más al portal del granero de Vola. Enderezó el cuerpo.

—No.

Vola asomó la cabeza por la puerta. Lo miró amenazadoramente, pero Peter leyó algo más en la expresión de su rostro: miedo.

—No pienso volver —dijo, con mayor firmeza—. Me ayude o no, voy a ir a buscar a mi zorro.

—¿Ayudarte?

Peter avanzó hacia el banco y lo escaló de un empujón.

—Enséñeme. Aquello que me dijo sobre mover los brazos y ponerme fuerte. Usted aprendió a caminar con una sola pierna. Enséñeme. Era médico. Cúreme el hueso. Por favor. Haré todo lo que me pida. —Cogió el zumo y se lo bebió de un solo trago para demostrar que se fiaba de ella—. Luego me iré. Pero aunque no me ayude, voy a ir a buscarlo.

Vola puso los brazos en jarras y agachó la cabeza para observarlo mejor.

—¿Un zorro domesticado, abandonado en medio del bosque? Sabes que podría estar muerto, ¿verdad?

—Lo sé. Y sería culpa mía. Pero si ha muerto, tengo que llevarlo a casa y enterrarlo. En cualquier caso voy ir a buscar a mi zorro y llevarlo a casa.

Vola observó a Peter como si lo viera por primera vez.

—¿En qué quedamos? ¿Vas a volver por la casa o por el animal?

—Son lo mismo —respondió Peter, con una seguridad que le sorprendió incluso a sí mismo.

—Y lo harás a pesar de todo y sin importar quién intente detenerte. Porque, en lo más hondo de tu ser, crees que es lo correcto. —Vola cerró el puño y se golpeó el pecho—. En lo más hondo de tu ser. ¿No es así?

Peter tardó un momento en responder, porque aquella mujer (estuviera loca o no) se lo había preguntado como si el destino del mundo dependiera de ello. Pero la respuesta fue la misma que si le hubiera salido de manera rápida y espontánea. La respuesta habría sido la misma si hubiera pasado toda una vida pensándola. Se golpeó el pecho y notó que el músculo del corazón daba un brinco.

— Sí. En realidad, no hay ninguna otra cosa que crea en lo más hondo de mi ser.

La mujer asintió.

—Bueno, tienes doce años. Supongo que ya eres lo suficientemente mayor como para conocerte a ti mismo. No voy a discutirlo. Así que de acuerdo.

—¿Me ayudará?

—Te ayudaré. —Vola le dio la mano—. Con tres condiciones...



Mi hermano nació de la segunda camada de mi madre. Seis cachorros, una camada numerosa. Llegaron a principios de la estación. El año pasado, la primavera fue tardía. Cayó la nieve y no se fundió; la tierra se mantuvo congelada. Yo vivía cerca; los ayudé a cazar. Durante el día entero, nuestros padres y yo buscábamos comida, porque los nuevos cachorros siempre estaban hambrientos. Pero nunca había suficiente comida.

Dos de los cachorros murieron el mismo día. La granja, dijo nuestra madre. En la granja de los humanos siempre había ratones gordos en el confortable granero. En la granja de los humanos había huevos en el gallinero.

Nuestro padre no quería arriesgarse.

Cuando el tercer cachorro estaba ya demasiado débil para tenerse en pie, nuestra madre lo desafió.

Diminuto levantó la cabeza y dirigió a Erizada una mirada de súplica.

Erizada lo ignoró. Nos condujo a mí y a la más fuerte de sus hijas (mi hermana) a la granja de los humanos.

Diminuto se acercó e hincó el morro en el hombro de Pax. Al instante, la hembra le golpeó la mejilla, aunque Pax se dio cuenta de que no había sacado las garras. Diminuto cayó al suelo.

El suelo de alrededor del granero estaba limpio de nieve a causa de las muchas pisadas, tanto humanas como de animales. El aire estaba lleno de olores de roedores. Nuestra madre se dirigió a un hueco entre los tablones de madera cerca de la base, y nosotros la seguimos de cerca. Justo antes de llegar, unas mandíbulas de acero salieron de la tierra a tal velocidad que el aire se quejó. Nuestra madre gritó. La trampa le sujetaba la pata delantera. Cuanto más estiraba, más profundamente le cortaba el metal. Empezó a morderse la pierna para liberarla. Cada vez que intentábamos acercarnos, ella nos ahuyentaba.

Apareció nuestro padre. Nos había seguido el rastro. Nos obligó a regresar al bosque y nos ordenó que nos quedáramos allí. Entonces se dispuso a ayudar a nuestra madre.

La escena que narró fue de dos zorros, unidos a la vez por un amor antiguo y un temor nuevo, un temor tan terrible que les ponía los ojos en blanco, tan vívido que Pax era capaz de oler su aroma penetrante.

Diminuto empezó a gimotear, emitiendo un sonido lastimoso que despertó en Pax las ganas de consolarlo, pero Erizada le advirtió que se mantuviera alejado.

Entonces llegó un humano, con un palo. Nuestros padres nos gritaron que volviéramos a casa. Pero nos quedamos. Lo vimos. El humano levantó el palo y, delante de nuestros ojos, nuestra madre y nuestro padre quedaron reducidos a sangre y pelo y huesos rotos esparcidos por la nieve.

Diminuto gimió y volvió a dirigirse a la guarida. Una vez más, Erizada lo detuvo.

Mi hermana y yo no podíamos abandonar los cuerpos de nuestros padres. Llegó la oscuridad y después el día siguiente, y permanecimos inmóviles, escondidos entre una pila de madera junto al granero. Por fin nos fuimos, pero aquella noche había empezado a nevar. La nieve amortiguaba los

olores y los sonidos. Perdidos, nos arrastramos bajo un racimo de ramas de pino, y yo me enrosqué alrededor de mi hermana, que era mucho más pequeña. Por la mañana, murió. Cuando dejó de nevar, vi que nos habíamos cobijado bajo el gran pino que coronaba la cresta de nuestra montaña. Estábamos muy cerca de casa.

La imagen que compartió entonces (el cadáver congelado de su hermana en la base del pino poderoso) pareció agotarla.

¿Por qué no tenemos familia, hermano?

Diminuto se volvió hacia Pax. *Por culpa de los humanos, no tenemos familia.*

Erizada volvió los ojos dorados hacia Pax, desafiándolo.

De haber podido, le hubiera transmitido todas las amabilidades que el chico le dispensaba cada día. Pero el odio que la hembra sentía por los humanos era profundo y justificado. En vez de eso, se solidarizó ofreciendo la mejilla. Erizada dio media vuelta y ordenó a su hermano que se metiera en la guarida.



—¿Vas a entrar, o estoy aguantando la puerta para las moscas?

Peter dejó caer la mochila en el suelo. Recuperó el equilibrio sobre las muletas y miró fijamente la cabaña de troncos.

—Estos árboles crecen aquí.

No había sido una pregunta, pero Vola señaló colina arriba.

—Píceas. De la cima del monte Mason. Troncos de juguete, ¿estás pensando en eso?

—Más o menos.

Pero no era así. Peter alargó el brazo y tocó uno de los troncos. ¿Qué sentiría, si hiciera algo con tantas... consecuencias? Talar árboles y contemplar cómo caen del cielo azul y claro y hacerlos rodar hasta un claro, con las manos pegajosas de resina de olor penetrante, y luego alzarlos y colocarlos en su sitio, con muescas y apilados el uno sobre el otro (sí, como su juguete favorito de cuando iba a la guardería, en el viejo estuche de cartón) y construir una casa.

—¿La construyó usted misma?

—No. Ya estaba aquí cuando llegué. Y ahora, pasa de una vez. No tengo todo el día.

Peter no se movió.

—¿Cuáles son las condiciones? Dijo que me lo diría cuando llegáramos.

Vola suspiró y volvió a bajar a la pieza de granito que conformaba el escalón frontal de la entrada, y dejó que la puerta con su tela metálica se cerrara de un chasquido. Cogió un tazón de semillas, y una nube de pájaros bajó aleteando rápidamente desde los árboles para rodearla. Llenó uno de los comederos que colgaban de un rincón de la viga antes de girarse para responderle.

—Número uno: no quiero que venga nadie por aquí. Tengo razones para vivir sola. Escribe a tu abuelo y dile lo que sea necesario para que no aparezca nadie a buscarte. Además, es justo que informes a tu familia de que no estás muerto y dentro de una zanja, o algo así.

Peter retrocedió con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse. El dolor que le causó ese movimiento fue insoportable, pero se mordió el labio.

—No. Seguro que vendría a buscarme. No.

—Condición número uno. Innegociable.

Cogió unas cuantas semillas del tazón y abrió la palma de la mano. Un carbonero abandonó el comedero y se posó sobre las yemas de sus dedos. Picoteó las semillas, y cuando hubieron desaparecido, ella lo ayudó a emprender de nuevo el vuelo. Se volvió hacia Peter.

—Número dos. Me vas a decir por qué llevas esa pulsera.

Peter echó un vistazo a la mochila, sintió una punzada en el corazón y la urgencia de proteger sus objetos personales.

—¿Por qué?

—Porque siento curiosidad. Y porque puedes saber mucho sobre un soldado por las cosas que lleva a la batalla.

—Pero yo no soy soldado. Solo quiero irme a casa.

—¿Estás seguro? Porque a mí me parece que te dispones a luchar por algo en un lugar donde hay guerra. Pero tómatelo como quieras, no eres soldado. La

condición número dos sigue siendo la misma: cuando te lo pregunte, vas a decirme por qué llevas contigo esa pulsera. Por qué ese objeto en especial. La verdad. Esas son las reglas aquí. ¿Recuerdas?

Peter asintió. Le palpitaba el pie derecho, le dolía la pierna izquierda por el peso extra que llevaba, y tenía la camisa empapada de sudor por el esfuerzo de cojear el centenar de metros desde el granero, pero se mantuvo firme.

—¿Y la número tres?

—Vas a ayudarme en una cosa. Ya veo cómo me miras. No te preocupes, no es más que un proyecto para el que necesito una segunda persona, eso es todo. Pero todavía no puedo contarte lo que es. —Cogió la mochila del chico—. Adentro. Es hora de curarte el pie. Y sospecho que tienes hambre. Señor no-exactamente-escapado-de-casa, Peter-sin-bate.

De pronto, Peter sintió un hambre atroz. Aun así, dudó. Se giró para otear las montañas, que el sol teñía de azul ahumado. Pax estaba allí. Seguía estando muy lejos.

Vola se le aproximó desde detrás. Peter notó que le acercaba la mano al hombro y la dejaba caer.

—Sé lo que estás pensando —dijo ella—. Pero todavía no estás listo para marchar.

El interior de la cabaña estaba iluminado y olía ligeramente a humo. Vola dio un golpecito sobre una mesa de pino, y Peter se sentó. Le echó una manta sobre los hombros, desapareció y regresó con una bolsa de plástico llena de cubitos de hielo. Le colocó el pie sobre una silla y presionó la bolsa de hielo. Con un trapo, se limpió la sangre de la mano. Finalmente, le pasó una tabla de cortar con una hogaza de pan y un cuchillo.

Peter la dejó encima de la mesa.

—¿Cuánto tardaré?

—Depende de ti. —La mujer señaló el pan—. ¿Qué pasa, tampoco puedes usar las manos? Córtalo.

—¿Cuánto?

—Podrás irte cuando puedas avanzar por terrenos rocosos con las muletas durante ocho horas al día. Dos semanas, calculo. Seis rebanadas.

—No lo entiende. ¡Pax no sobrevivirá!

Vola agachó la cabeza para mirar airadamente a Peter. Estampó el pulgar contra la pared que el chico tenía detrás.

—Número once.

Peter se giró. Había un revoltijo de fichas clavadas a la pared.

—«La corriente del Golfo pasará por una pajita, siempre que la pajita esté alineada con la corriente del Golfo, y no a contracorriente.» —Leyó el chico en voz alta de la ficha marcada con el número 11—. ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que te alinees, chi-co.

—¿Alinearme?

—Date cuenta de cuál es la situación, y acéptala. Tienes el pie roto. Roto. El trato es que te quedas hasta que estés recuperado. Te he avisado, mi paciencia está llegando al límite. Tú eliges: o te quedas aquí hasta que yo lo diga, o vuelves con tu abuelo ahora mismo. ¿Has cambiado de opinión sobre el tema?

—No, pero...

—Entonces acéptalo, ¿entendido? Y ahora corta el puñetero pan.

Peter hizo ademán de protestar, pero cerró la boca a tiempo. No pensaba quedarse dos semanas, pero lo más sensato en aquel momento era comportarse de manera obediente y servicial.

Agachó la cabeza y se dispuso a cortar seis rebanadas gruesas y uniformes mientras Vola echaba un pedazo de mantequilla en una sartén de hierro y

encendía el fogón para calentarla. Sin darse la vuelta, se dirigió a un estante que había sobre la encimera.

—Elige lo que quieras.

Un sinfín de frascos de conservas, alineados en filas de tres, resplandecían como un arcoíris de joyas líquidas a lo largo de todo el estante. Peter leyó las letras mayúsculas de las etiquetas: cerezas, ciruelas, tomates, arándanos, manzanas, calabazas, peras, judías verdes, remolachas, melocotones. Unas tiras de chile y ajos secos colgaban junto al estante.

—¿Lo cultiva usted, todo esto?

Vola asintió, dándole todavía la espalda.

—Los árboles que resiguen el muro de piedra están en flor. ¿Qué son?

—¿Los que están más cerca de la pared? Melocotoneros.

El chico señaló uno de los últimos frascos.

—Melocotones —dijo—. Por favor. Señora.

Vola abrió una lata y le dio un tenedor.

—Vaya... hay una ramita dentro.

Vola metió el dedo en el frasco, se llevó el palito a la boca, chupó el jarabe, tiró el palito al fregadero por encima del hombro, y puso los ojos en blanco.

—Señor. Canela. Come. —Recogió el pan recién cortado con un leve gesto de aprobación—. ¿Cheddar o suizo?

—Cheddar, supongo.

Vola se enderezó.

—¿Lo supones, chi-co? ¿No lo sabes?

Peter se encogió de hombros y pinchó un pedazo de melocotón. Tenía un sabor tan intenso y dorado como prometía.

Pareció que Vola estuviera a punto de decir muchas más cosas sobre el asunto del queso, pero en vez de eso apretó los labios, giró sobre el eje de la pierna de madera y salió renqueando por la puerta. Regresó al cabo de un

instante con un pedazo de queso, y procedió a preparar los bocadillos sin decir palabra. Peter oyó cómo crepitaban cuando Vola los colocó sobre la sartén caliente.

El chico inspeccionó la cabaña. No era grande, pero tampoco parecía agobiante. La luz del sol entraba por las ventanas limpias y proyectaba un resplandor de color miel sobre las paredes de troncos. Dos sillones de rayas azules flanqueaban una chimenea de piedra, y un tronco repleto de libros servía de mesa entre ambos. Había unos faroles dentro de unos barriles pequeños, y otros que colgaban de las vigas del techo.

Había fotos sobre la repisa de la chimenea, unos cuantos cuadros en las paredes y un cesto de costura junto al sofá. Por la puerta abierta junto a la chimenea, Peter vio una cama perfectamente hecha, con una colcha de cuadros amarillos. Era un hogar sorprendentemente normal para pertenecer a una loca, pero aun así pensó que faltaba algo. Peter se fijó en la tranquilidad que reinaba, porque el silencio era total, exceptuando los trinos de los pájaros que llegaban del exterior y de la mantequilla que chisporroteaba en la sartén. Pero no era eso. No exactamente.

—Un momento —dijo, cuando se dio cuenta—. No hay electricidad.

La mujer dio la vuelta a los bocadillos.

—Tengo entendido que eso no es delito, en este país. Por lo menos todavía no.

Peter quiso hacer una lista mental de todas las cosas que echaría de menos sin electricidad, pero eran incontables. Pescó un último pedazo de melocotón, repiqueteando con el tenedor en el frasco vacío. Vola seguía dándole la espalda, de modo que alzó el frasco para aprovechar las últimas gotas de jarabe.

—Pero, entonces ¿de dónde saca el hielo?

—Tengo una nevera en el porche. Es de gas. Como los fogones y el

calentador de agua. Tengo todo lo que necesito.

Colocó dos platos azules sobre la mesa. A Peter se le hacía la boca agua de oler la comida, pero esperó. Tenía la sensación de que Vola todavía no había terminado.

—Tengo más de lo que necesito. —Vola se sentó—. Aquí tengo paz.

—¿Por la tranquilidad que hay?

—No. Porque estoy exactamente donde debo estar, haciendo exactamente lo que debo hacer. Eso es la paz. Come.

Peter dio un bocado. El queso estaba caliente y cremoso, el pan crujiente y tostado. Cortó un trocito por la fuerza de la costumbre y ya estaba a punto de alargar el brazo cuando se acordó... no había ningún zorro debajo de la mesa. Se preguntó si en aquel momento Pax lo echaba tanto de menos como él echaba de menos al zorro.

—¿No se siente sola, aquí?

—Veo a gente. Bea Booker, bibliotecaria. Robert Johnson, conductor de autobús. Tengo... Veo a gente. —Se levantó, acercó la sartén y deslizó otro bocadillo en el plato del chico—. Come.

Peter siguió comiendo, pensando en lo que había dicho la mujer sobre la paz. Cuando hubo terminado, se lamió las migas llenas de mantequilla de los dedos.

—¿Qué ha querido decir con que hacía exactamente lo que debía? ¿Trabaja?

—¿Pues claro que trabajo! El jardín mide medio acre y el huerto más del doble. Hoy tengo que plantar las judías y el quimbombó. Si me da tiempo cambiaré la junta de la bomba del pozo. Aquí siempre hay muchas cosas por hacer.

—Pero ¿no tiene un empleo, para ganar dinero? ¿Cómo compra las cosas? Las herramientas del granero... —Hizo un gesto general hacia la cabaña—... todo lo demás.

Vola se encaramó a la encimera, alargó la pierna de madera y la raspó con la espátula.

—Una vez al mes, mi país me ingresa una cantidad de dinero manchado de sangre a cambio de la pierna. —Tiró la espátula al fregadero y sacudió la cabeza—. Un trato muy puñetero. Parece ser que mi pierna no les resultó demasiado útil. Ojalá me lo hubieran dicho antes de enviarme a reconocer un campo de minas. Porque yo le tenía cariño a aquella pierna. Era una buena pierna. Tal vez no fuera gran cosa, pero funcionaba a la perfección. Me sirvió para huir corriendo hasta el pueblo vecino cuando Deirdre Callanan y yo prendimos fuego al almacén de leña de su padre, cuando hacíamos sexto, y para borrar de una patada la sonrisa de Henry Valentine el día que intentó tocarme el culo, al año siguiente. Podría contarte muchas cosas más. Una pierna es un precio demasiado alto. Todos los días, todos y cada uno de los días, desearía tenerla todavía.

—¿Por qué no se agencia una que sea más...?

La mujer volvió a alargar la pierna y la golpeó con el puño como para calibrar la dureza de la madera.

—La verdad es que me dieron una prótesis. Un artefacto complicado. Me llevaba un susto de muerte cada vez que miraba hacia abajo. Por eso decidí fabricarme una. Pesa mucho y está mal hecha, pero hice muchas cosas horribles en la guerra. Supongo que merezco arrastrar un objeto tan pesado.

—¿La tiró? ¿Tiró la prótesis?

Peter no pudo evitar pensar en la cara de sorpresa del recogedor de basuras al encontrarla.

—Claro que no. Me la pongo. Algunas veces. Ahora la tengo en el jardín, se la he puesto al espantapájaros. Al parecer, los cuervos también se llevan un susto de muerte.

Bajó de la encimera y se encasquetó un sombrero de paja baqueteado en la

cabeza, como si de pronto hubiera recordado sus tareas.

—Volveré antes de que oscurezca. La letrina está detrás de los dos cedros, y hay un cubo en la cocina. Friega los platos. El porche es tuyo. Pero tendrás que compartirlo con François. Mantén la pierna en alto.

—¿Quién es François?

Vola sonrió, y el destello brillante de sus dientes volvió a sorprender a Peter. Señaló con un gesto la puerta trasera, que conducía al porche.

—Seguramente ya debe de estar ahí haciendo la siesta, el viejo ladrón. —Atravesó la puerta, miró hacia fuera, y asintió—. Ven a verlo.

Peter se levantó de la silla y equilibró las muletas. Vola sostuvo la puerta abierta y señaló a un contenedor de madera. Peter vio un par de ojos oscuros y redondos que lo observaban. Ladeó la cabeza para verlo mejor y el mapache lo imitó y ladeó la suya.

—François Villon, bautizado con el nombre de uno de los ladrones más famosos de la historia. El original era poeta, además de ladrón, y tenía tanto encanto que, cada vez que lo detenían, algún admirador suyo lo perdonaba.

Peter sonrió. Se agachó para observar mejor al animal.

—Eh, chis, chis, chis. —Lo llamó con suavidad, de la misma manera que daba siempre los buenos días a Pax. El mapache lo miró con pereza durante un instante más, y tras decidir que no tenía ningún interés, se dejó caer y cerró los ojos.

—¿Es salvaje o domesticado?

Vola espantó las palabras como si fueran mosquitos.

—Yo dejo la puerta del porche abierta. Me visita cuando quiere, y es una buena compañía. Le doy de comer, pero no hace falta, porque se basta por sí mismo para mantenerse gordo. Hemos llegado a un acuerdo sobre el gallinero. Él deja en paz a las chicas, y yo le doy un huevo de vez en cuando. Es un compañero. Esa es la palabra.

Señaló una viga del techo.

—Mañana harás algunos ejercicios. Pero hoy no fuerces la pierna y mantenla en alto. Por encima del corazón. —Hizo un gesto hacia la nevera—. Ponte y quítate el hielo. Quiero que te baje la inflamación para poder colocar bien el hueso esta noche. Mezcla una cucharada de corteza de sauce en un vaso de agua cada pocas horas, para calmar el dolor.

Peter asintió, y luego se tumbó sobre una hamaca que colgaba de las vigas, agotado.

Vola se dispuso a marchar, pero se detuvo en el umbral y se volvió para observarlo. Cruzó los brazos sobre el pecho, con una expresión impenetrable en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando... —dijo—. Eso de que estés aquí fuera en el porche. ¿Qué crees que significa? ¿Que eres salvaje o domesticado?



Cuando Pax despertó, hacía tiempo que había caído la tarde. El dolor que le había contraído el estómago durante los días anteriores se había vuelto todavía más agudo, y al intentar levantarse perdió el equilibrio durante un segundo, con todos los músculos temblando.

Buscó si tenía alguna herida con una curiosidad distante. En una ocasión en que había enfermado, el chico le obligó a tragarse una pastilla. Se le habían amortiguado los sentidos y las reacciones se habían vuelto lentas. Ahora, la sensación era la misma. Se tumbó sobre la tierra fresca y observó a Gris y a su compañera, que regresaban del descanso y olisqueaban el aire. Orinaron y desaparecieron en busca de comida. Erizada salió de la guarida, se detuvo un segundo para ordenar a su hermano que se mantuviera pegado a ella, y ambos se alejaron trotando a cazar.

El último día que había subido al coche con el chico, Pax había notado la tensión y había rechazado el pienso del desayuno, y por lo tanto hacía tres días enteros que no comía nada. Aunque Pax no tenía ninguna experiencia directa con la muerte, comprendía lo que le esperaba si no encontraba comida. Esta idea no le produjo ninguna sensación de urgencia, y se fue desvaneciendo. Pero un segundo pensamiento (la necesidad de encontrar al chico y verlo sano y salvo) volvió a ponerlo en movimiento, y alzó primero las patas delanteras

antes de enderezar los cuartos traseros.

Tardó un rato en aclarar un poco la mente. Pasó por delante de las guaridas que compartían Erizada y Diminuto. Allí olió escondrijos de presas enterrados en la tierra blanda, pero todos ellos estaban marcados con unos poderosos olores de advertencia, de modo que renunció a excavarlos. Más allá, algunos esqueletos roídos habían sido descartados y esperaban a ser limados por los carroñeros de más baja estofa. Pax se puso a revolver entre la carroña. Solo la cola de una rata de pantano contenía algo de carne. Demasiado rancia y fibrosa incluso para los cuervos; además, estaba infestada de gusanos.

Pax hundió la cabeza entre los restos. Abrió la mandíbula, pero el hedor le hizo retroceder. Aquello no era comida. Se alejó unos pasos y enterró el hocico en unos tréboles que acababan de brotar, y masticó las hojas para limpiar la peste asquerosa que había impregnado sus sensibles fosas nasales. Tragó saliva y luego se puso a comer con precaución. El acto de comer era un alivio para su vientre comprimido, pero era un alivio falso: el trébol no iba a proporcionarle fuerza alguna. Después de unos cuantos bocados, volvió a surgir el pensamiento: debía encontrar al chico.

En aquel preciso instante, escuchó algo que avanzaba entre la hierba. Antes de que sus sentidos aletargados pudieran responder, notó un peso sólido que se abalanzaba sobre él.

Diminuto se aferró a Pax, pavoneándose del éxito de su emboscada. Al ver que Pax no hacía ningún esfuerzo para deshacerse de él, Diminuto se dispuso a examinarlo. Demasiado débil para malgastar energía intentando ahuyentarlo, Pax permaneció inmóvil mientras el zorro más pequeño lo olisqueaba y lo lamía.

¿No estás bien?

Pax cerró los ojos a la luz baja del sol y no respondió.

Diminuto se alejó y regresó al cabo de unos minutos con un gusano colgando

de las fauces. Lo dejó junto a las patas de Pax.

Pax se encogió, pero los pensamientos que había tenido antes reaparecieron. Tenía que encontrar al chico. Podía evitar la muerte si comía. Pax tomó el gusano y lo mordió. Desacostumbrado al sabor de la carne viva, Pax sintió arcadas y se revolvió. Diminuto desenterró otro gusano y volvió a dejarlo frente a Pax, y esta vez el zorro se levantó y dio unos cuantos pasos antes de volver a echarse en el suelo.



Diminuto lo siguió y lo empujó. *Come.*

Pax se mostró todo lo dominante que pudo. *Vete.*

El zorro joven contempló por un momento al más mayor, y a continuación dio media vuelta y trotó hacia la hierba. Aliviado, Pax descansó la cabeza sobre las patas. Ya no tenía energía para resistirse. Pero Diminuto reapareció

al cabo de unos momentos, con algo redondo en la boca. Soltó el regalo y lo abrió.

Huevo. El olor le despertó un recuerdo agudo. Una vez, cuando era muy joven, Pax había encontrado una esfera dura y blanca mientras exploraba la cocina de los humanos. La había pateado alegremente, pensando que era uno de los juguetes del chico. Pero la esfera había rodado hasta el suelo y se había roto, vertiendo un secreto delicioso.

El padre de Peter había aparecido mientras él lamía todavía las últimas gotas, y lo había echado a golpes. Le dolía la espalda de la paliza, pero el huevo había valido la pena. Desde entonces, Pax exploraba la cocina cada vez que lo dejaban solo, en busca de huevos. Y algunas veces tenía suerte.

El huevo de codorniz que Diminuto le había traído era más pequeño, tenía la cáscara moteada y manchada de hierba, y despedía un olor más intenso que los que comían los humanos. Pero no había ninguna duda. Era un huevo.

Pax se levantó. Diminuto retrocedió para permitir que Pax sorbiera el premio. Con la lengua, limpió cada brizna de hierba y después alzó la mirada, ansioso por expresar su gratitud.

Diminuto había desaparecido, pero no tardó en regresar con otros dos huevos, cuidadosamente sostenidos entre los dientes. Pax los devoró. Diminuto se fue y regresó dos veces más. Pax comió sin parar, hasta que por fin, con siete huevos llenándole el estómago encogido, se tumbó en la plataforma arenosa que se extendía frente a las guaridas y cerró los ojos.

Diminuto brincó sobre una raíz nudosa por encima de las guaridas. Se irguió tanto como pudo. Y mientras Pax dormía, el zorro pequeño y andrajoso hizo guardia a su lado.



Peter reconoció los pasos de Vola (la dura pisada de madera seguida por la caída más suave del pie calzado) y volvió a colocar los troncos en el contenedor. Se sujetó en el vano de la puerta de la cabaña y observó a Vola bombeando agua en el fregadero de la cocina.

—¿Has dejado descansar el pie?

—Bastante.

En realidad, se había incorporado por lo menos una docena de veces para hacer ejercicios en una viga y llevaba media hora levantando troncos. Tenía los brazos doloridos y el pie le dolía mucho cuando no lo tenía alzado, pero no había sido capaz de quedarse tumbado sin hacer nada, sabiendo que Pax seguía vagando solo por algún lugar desconocido.

Vola empezó a enjabonarse las manos sin darse la vuelta.

—¿Has escrito la nota?

Peter se agarró a las muletas. Se sentía más seguro cuando las tenía colocadas bajo los brazos.

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Escribirás una vez a la semana. He hablado con mi amigo, el conductor de autobús que te mencioné, Robert Johnson. Él enviará las cartas desde distintos puntos de la ruta que suele hacer. Era la

primera condición, ¿recuerdas?

Peter intentó volverse bruscamente, se tambaleó, y consiguió por los pelos mantener el equilibrio. Entonces se balanceó y realizó el giro con mucha más suavidad.

—¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien. —Vola colgó el trapo de secar los platos en la clavija, y empezó a romper papel de periódico delante de la chimenea—. Pasemos pues a la segunda condición. El amuleto de la suerte que llevas. Apuesto a que era de tu madre. ¿Por qué lo llevas contigo? ¿Por qué ese objeto en concreto?

Peter notó que se le ponía el cuerpo rígido, como siempre le pasaba cuando alguien le preguntaba por su madre, como si tuviera que hacer una pausa para decidir si hablar de ella era correcto. Normalmente, con personas que no conocía no lo era, y por eso le sorprendió que las manos se relajaran en la empuñadura de las muletas y la garganta se abriera con naturalidad.

—Mi madre siempre lo llevaba. Levantaba la muñeca para que yo jugara con él cuando era un bebé. Yo no me acuerdo, pero he visto una foto. Lo que recuerdo es cómo me lo contaba. Lo del amuleto, quiero decir. Es un fénix. Un pájaro especial. Es rojo, dorado y púrpura, con los colores del arcoíris, y...

—Se levanta de las cenizas. Ya sé lo que es un fénix.

—Sí. Pero de sus propias cenizas. Esa es la parte que le importaba a mi madre.

—¿Sus propias cenizas?

—Cuando está cansado, se hace un nido en lo alto de un árbol, alejado de todo.

Peter se detuvo. De pronto pensó que la cabaña de Vola parecía un nido. Se giró sobre las muletas para mirar a su alrededor. Sí. Un nido secreto, protegido, rodeado de árboles. Alejado de todo.

Se volvió hacia Vola, que ahora cortaba leña para encender el fuego. Esperaba que no le hubiera leído la mente.

—Entonces, el fénix llena el nido con sus cosas favoritas, que en el cuento me parece que son mirra y canela. Luego el nido prende fuego, y quema el viejo cuerpo del pájaro. Y el nuevo pájaro se alza de las cenizas del viejo. A mi madre le encantaba eso. Para ella significaba que, por muy mal que vayan las cosas, siempre podemos renovarnos.

Vola no respondió. Acercó una cerilla a los trozos de papel de periódico y observó cómo quemaban. A la luz de las llamas, la expresión era triste. Añadió dos troncos más y luego un tercero.

—Ve a probar las muletas fuera, ahora que todavía hay luz —dijo sin levantar la vista.

Peter abrió la puerta principal y bajó trabajosamente el escalón, aliviado de salir de la cabaña. Era consciente de que algo de lo que había dicho había disgustado a Vola, pero no sabía qué era. Vivir sola en el bosque debía de hacer que una persona se volviera rara. Pero la mujer tenía razón en una cosa: necesitaba practicar al aire libre. Ya había perdido un día entero. Tal vez sí que le llevaría un tiempo curarse y ponerse en forma, pero pensaba irse tan pronto como pudiera.

Dejó atrás el jardín despejado y avanzó hacia el terreno desigual, repleto de raíces y de maleza. Tardó un rato largo y tortuoso en dar la vuelta completa a la cabaña. La segunda vuelta fue un poco más rápida, y al terminar el quinto circuito ya casi se sentía cómodo con las muletas. En cualquier caso, cuando entró balanceándose en la cabaña, estaba empapado de sudor.

El interior estaba en silencio, a excepción del crujido suave del hogar. Vola estaba sentada en una butaca, y cosía algo de color amarillo. De pronto, Peter tuvo la sensación de que toda aquella calma, el modo en que la puesta de sol bañaba pacíficamente la cabaña como si el mundo fuera perfecto, era una

broma de mal gusto.

El mundo era un desastre. Había transcurrido otro día y Pax seguía solo y abandonado. Pasaría otra noche de frío. Probablemente también tendría hambre y miedo. ¿Y si no había podido encontrar agua?

Avanzó dando bandazos por la habitación. A medio camino se le encalló una muleta en la alfombra, y tuvo que clavar la otra contra la pared para no estrellarse contra una lámpara.

—Pasos más cortos. Ya te acostumbrarás, con el tiempo.

—¿Con el tiempo? Mi zorro estará muerto, con el tiempo. —Soltó las muletas y se hundió en la silla frente a la mesa de la cocina—. ¿Qué sentido tiene? ¿Cómo lo voy a conseguir?

Vola dejó la labor.

—¿Qué parezco, un adivino con una bola de cristal? —Salió al porche y volvió con una bolsa de hielo; luego colocó el pie de Peter encima de una silla y le puso el hielo—. No tengo respuestas para ti.

La visión del pie inútil le recordó todo lo que no podía hacer. Desvió la mirada.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es tan sabia? Vive aquí sola, con todos estos... —Señaló con el pulgar el revoltijo de notas clavadas en la pared, a su espalda —... todos estos cartones de bingo filosóficos. Por lo menos debe de ser sabia, ¿verdad? Será una bruja, o algo parecido.

Replicando con insolencia a aquella mujer, Peter casi no se reconocía. Era como si hubiera sufrido un cortocircuito, con los impulsos saltando como resortes sin pasar antes por el cerebro. Una vez más, seguía sin estar donde debía, y para colmo ahora tenía el pie roto, y Pax continuaba solo y abandonado.

Vola sacó un cubo de un armario y lo colocó en el fregadero.

—Cartones de bingo filosóficos. —No parecía demasiado ofendida—.

Estoy intentando comprender mi propia vida. No tengo respuestas para ti.

—Entonces ¿quién las tiene? Y no diga que las tiene mi padre, porque en estos días está ligeramente ausente.

«Y porque él es el culpable de lo que está pasando.» Peter apretó los dientes para no seguir hablando y se obligó a respirar con lentitud. No estaba enfadado. Solo estaba frustrado. Cualquiera lo estaría. Las lágrimas amenazaban con salir (¿qué le pasaba últimamente?) y cerró los ojos con fuerza.

Vola se acercó a él, pero luego cambió de idea. Retrocedió y se apoyó contra la encimera de la cocina.

—Estás enfadado —dijo simplemente, como si comentara que tenía el pelo oscuro, o que el sol se estaba poniendo.

—No lo estoy.

Pero el chico abrió los puños con dificultad y contó lentamente hasta diez, conteniendo la ira como siempre solía hacer. ¿Y si era como su padre, y si él también poseía aquella rabia amenazadora que siempre estaba fermentando, capaz de hervir en cualquier momento y herir a todo el que estuviera delante? Las disculpas posteriores nunca eran suficientes para curar el daño hecho.

Mantuvo los ojos cerrados para contener las lágrimas que se seguían acumulando.

—No estoy enfadado. Pero yo no lo elegí. No elegí que hubiera una guerra. No elegí que mi padre se alistara. No elegí irme de casa. No elegí ir a casa de mi abuelo. Y por descontado, no elegí abandonar a un animal al que cuidé durante cinco años.

—Eres un niño. No tienes demasiadas opciones para elegir. Yo también estaría enfadada. Puñeteramente enfadada.

—¡Le he dicho que no estoy enfadado! —Peter reprimió un gemido que se convirtió en una carcajada perversa. Otra vez el cortocircuito—. Y por cierto,

usted está enamorada de esa palabra.

—¿Se puede saber de qué estás hablando, chi-co?

—Puñetero. ¿Qué es eso, un juramento? Está enamorada de la palabra «puñetero». —Se le habían cruzado totalmente los cables—. Si estuviéramos en la escuela primaria, le diría que está tan enamorada de la palabra, ¡que debería casarse con ella!

La mujer soltó un sonoro graznido de cuervo.

—¡Tienes razón! —dijo—. ¡Debería ponerme puñeteramente de rodillas y pedir a la palabra que se casara conmigo!

—¡Claro que sí! —la secundó Peter, prácticamente histérico—. ¡Debería ponerle un puñetero anillo en el puñetero dedo!

Se secó el sudor del rostro y observó a Vola, que se acercó, tomó asiento frente a él y lo miró fijamente a los ojos. Peter notó que, en aquel silencio, se estaban diciendo algo muy importante. Algo relacionado con el túnel largo y oscuro que se abría ante él.

—Contaba con encontrar a Pax en una semana, tal vez diez días. —Bajó la mirada hacia el pie aparatosamente vendado—. Pero ahora...

—¿Pax? ¿Se llama así? Significa «paz», ¿sabes?

Peter lo sabía. Mucha gente se lo había dicho.

—Pero no le puse el nombre por eso. El primer día que lo llevé a casa, lo dejé un minuto, solo un minuto, para ir a buscar un poco de comida. Cuando volví, no lo encontraba, se había metido en mi mochila y se había quedado dormido. La etiqueta llevaba cosida la palabra «Paxton». Entonces tenía siete años, y pensé que Paxton era un buen nombre. Pero ahora...

—Pero ahora, ¿qué?

—Ahora está solo por culpa de la guerra. Lo abandoné por la guerra. Guerra, no paz. ¿Cómo se llama eso? ¿Ironía? En cualquier caso, ahora el nombre me parece pésimo. Probablemente morirá por culpa de la guerra.

—Tal vez sí, tal vez no. Tal vez sobreviva. Es primavera. Supongo que habrá comida de sobra.

Peter negó con la cabeza.

—Los zorros enseñan a sus cachorros a cazar cuando tienen unas seis semanas de vida. Yo lo encontré mucho antes, debía de tener dos semanas, según dijo el veterinario. Podría corretear entre una docena de ratones sentados en platitos, y ni así los cogería. Lo único que ha comido en su vida es pienso y los restos de comida que yo le guardaba.

—¿Qué clase de restos? ¿Algo que pudiera encontrar en el exterior?

Peter se encogió de hombros.

—Le encanta la mantequilla de cacahuete. Le gustan los perritos calientes. Le chiflan los huevos. A no ser que se tropiece con un pícnic abandonado, se morirá de hambre. Supongo que encontrará agua, y podrá pasar una semana sin comer, pero después...

Peter se puso la cabeza entre las manos.

—Yo permití que pasara. No elegí ninguna de esas cosas, pero tampoco me resistí. No sé por qué no me resistí.

Aunque sí que lo sabía, claro. Cuando su padre había dejado caer la orden sobre Pax, Peter se había armado de valor y había dicho: «No, no lo haré». Pero al instante los ojos de su padre se habían encendido de rabia, y había levantado el puño, deteniéndose apenas una décima de segundo antes de golpear a Peter en la mejilla, con un gesto tan amenazador que Pax se puso en alerta.

Peter también había sacado los puños, y la ira que había sentido hacia su padre lo había asustado más que la propia amenaza. Ahora recordaba las palabras de su abuelo («de tal palo, tal astilla»), y volvió a sentirse enfermo y temeroso. Desvió la vista hacia la gastada mesa de pino y trató de esconder el titular vergonzoso que le quemaba en la frente.

Vola se acercó y le cubrió la cabeza con ambas manos. Peter se quedó petrificado. A excepción de algún golpecito en el hombro por parte de su padre y de algún puñetazo casual de uno de sus amigos, nadie lo había tocado desde la muerte de su madre. Vola hizo una pausa, como si supiera que necesitaba tiempo. Luego presionó hacia abajo con firmeza.

La situación era un poco rara, pero Peter no movió ni un solo músculo, no respiró siquiera. Porque en aquel momento, el contacto físico con Vola era lo único que le impedía estallar.

—Está bien, ahora ya ha pasado —dijo ella—. ¿Verdad que sí?

La mujer se levantó.

—Tal vez no tenga respuestas para ti, chi-co, pero de una cosa estoy segura. Necesitas alimento, mucho alimento. Tienes doce años, has dormido a la intemperie, y tienes que curarte el hueso. Ahora me ocuparé de ese hueso. Luego me pondré a cocinar y tú te pondrás a comer y no pararemos hasta que tú lo digas. ¿Entendido?

El estómago de Peter se había convertido de pronto en un cráter vacío y quejumbroso.

—Sí, señora. Entendido.

Vola hurgó bajo el fregadero y sacó un saco de yeso. Peter observó cómo vertía una cantidad en el cubo y luego lo llenaba de agua. Entonces acercó la labor que había estado cosiendo.

—Levanta el pie.

Vola colocó un cojín bajo la rodilla del chico y una funda acolchada sobre la pierna, como si fuera un calcetín abierto por los dedos.

El chico reconoció el material de cuadros amarillos. Miró el dormitorio para asegurarse.

—¿Ha cortado la colcha de su cama?

—Puedo hacer otra. Tienes que llevarlo protegido. —Tomó otro pedazo de

colcha y le quitó el relleno, luego rompió el calicó amarillo en tiras, y sumergió las tiras en el yeso—. Sostén el pie en un ángulo de noventa grados. —La mujer fue enrollando las tiras alrededor del pie y del tobillo, hasta media pantorrilla. Cuando hubo construido una bota gruesa, la embadurnó con más yeso—. No te muevas. Los dedos de los pies tampoco.

Vola salió al porche y volvió cargada de cosas. Puso dos sartenes de hierro sobre los fogones, echó un trozo de mantequilla en cada uno de ellos y encendió la llama. Rompió un par de huevos en un bol amarillo y empezó a batir leche, y luego harina de maíz.

Una brisa fresca, con una fragancia de tierra removida y mantequilla frita, llegó hasta Peter. Observó la recia escayola que ya se estaba secando, con el pie bien asegurado en su interior, envuelto en lo que había sido la colcha de Vola.

—Lo siento. Siento cómo me he comportado.

Señaló con un gesto el tablón de anuncios.

—Mis cartones de bingo filosóficos —dijo la mujer, asintiendo—. Peter-sin-bate, eso solo son las cosas que considero verdaderas en este mundo. Las universales. Pero las más importantes son las que me parecen verdaderas para mí. Estas las guardo en otro sitio, más privado.

—¿Por qué?

—¿Por qué son importantes, o por qué son privadas?

Peter se encogió de hombros. «Es lo mismo. Las dos cosas.» Se echó atrás, esperando.

Vola lo observó mientras cortaba una loncha de una pata de jamón y la colocaba con un tenedor en una de las sartenes. Sacó tres cucharadas de masa, las vertió chisporroteando en la otra sartén, y luego dejó el cuenco sobre la mesa.

—Voy a contarte una historia. Cuando volví del servicio, no recordaba ni

una sola cosa verdadera sobre mí misma. Son las consecuencias del entrenamiento militar. Desaparece el individuo, lo convierten en piezas que pueden moldear a su antojo en su maquinaria.

»Mi primer día como civil, me sentía perdida. Perdida. Entré en una tienda de comestibles, contemplé todo lo que se me ofrecía, y no recordaba para quién se suponía que debía comprar los comestibles. ¿Qué llenaba el estómago hambriento de esa persona? ¿El quingombó o la tarta? ¿Las judías o el pan? En el pasillo de productos agrícolas me desmoroné, porque no recordaba nada de mí misma.

Vola se quedó callada, con los ojos cerrados.

—¿Qué pasó? —preguntó Peter al cabo de un momento.

—¿Qué pasó?

—En la tienda. ¿Qué pasó en la tienda?

—Ah. —Se volvió hacia la cocina y dio la vuelta a las tortitas—.

Mantequilla de cacahuete.

—¿Pasó mantequilla de cacahuete?

Vola levantó las manos con un gesto exagerado.

—Pasó mantequilla de cacahuete. Y tuve suerte de que pasara. Ahí me tenías, sentada en el suelo de la tienda de comestibles (un suelo sucio de linóleo, de cuadros rojos y blancos, nunca lo olvidaré), llorando. Sabía que no podría levantarme hasta que recordara qué clase de comida me gustaba.

Vola apiló las tortitas en un plato azul, y luego se detuvo. Peter pensó que tal vez estaba recordando el episodio de la tienda. Se alegraba de no haber presenciado nunca una cosa parecida. Una mujer adulta sollozando en el suelo sucio de una tienda de comestibles. Una mujer loca, con una pierna de menos. De pronto sintió un instinto protector y deseó que nadie se hubiera reído de ella, que se hubiera recuperado sin problemas.

—Y...

—Ah. Y por fin lo recordé. Recordé a mi abuela contándome que cuando descubrí los bocadillos de mantequilla de cacahuete, quería uno todos los días. De modo que me levanté del suelo y compré mantequilla de cacahuete y algo de pan. Llené el carrito de mantequilla de cacahuete y pan, porque había decidido que no iba a volver hasta que estuviera segura del resto de las cosas que me gustaba comer. Y tenía miedo de que pasara mucho tiempo.

Añadió el jamón al plato, lo cubrió con una cucharada de salsa de manzana, y sirvió la comida al chico, acompañada de una jarra de jarabe de arce.

—Come.

Peter inundó el plato de jarabe y pinchó con el tenedor. La polenta estaba crujiente, el jamón tenía un sabor suave y salado que contrastaba con el jarabe dulce. No recordaba haber comido nunca nada tan sabroso.

—¿Y así fue? —preguntó, cuando hubo dado cuenta de la mitad del plato—. ¿Pasó mucho tiempo antes de que recordara nada más?

Vola presionó con el dedo la escayola todavía fresca.

—Ya casi está. Estate quieto un rato más. —Volvió a la cocina y vertió otra cucharada de masa sobre la sartén—. Así fue. Las personas que me rodeaban lo llamaban TEPT, trastorno de estrés postraumático, causado por el hecho de haber ido a la guerra. Y tenían razón en que estaba enferma. Pero yo sabía que no era exactamente por haber ido a la guerra. Era porque en la guerra había olvidado todo lo que era verdadero de mí misma. Desorden te-olvidas-de-quien-eres postraumático. Eso es lo que tenía.

»Por entonces, mi abuelo estaba en un asilo, y se estaba muriendo. Fui a su casa (también había sido mi antigua casa, mis abuelos me habían criado durante un par de años), para limpiar y recoger.

»Era al final del verano. El huerto de árboles frutales estaba hecho un desastre, pero todavía colgaban algunos melocotones. Y esa fue la segunda cosa afortunada que me sucedió, después de la mantequilla de cacahuete.

Porque de pronto me acordé. ¡Dios santo, cómo me gustaban aquellos melocotones! Solía salir a escondidas en plena noche para cogerlos. Me tumbaba en la hierba bajo los árboles con las luciérnagas centelleando a mi alrededor y las cigarras cantando, y comía hasta que me salía el zumo por las orejas.

»Lo recordaba perfectamente. Podía oler el recuerdo, podía oírlo y podía saborearlo. Pero no conseguía comprender cómo aquella niña podía ser la misma persona que se había puesto un uniforme, había cogido un arma y había hecho las cosas que hice en la guerra. De modo que alargué el brazo y cogí un melocotón, y me tumbé sobre la hierba y lo mordí y... ahí estaba. Había encontrado otro trocito verdadero de mi antiguo yo.

Acercó la sartén y llenó el plato del chico con más tortitas y más jamón, y luego regresó a la cocina.

—Basta —dijo Peter.

—¿Basta? Bueno, de todos modos era el final de la historia.

—No, quiero decir que ya tengo comida suficiente. Gracias. —Peter volvió a desear tener al zorro bajo la mesa y volvió a preguntarse si Pax debía de estar hambriento. Y entonces tuvo la curiosa sensación de que no lo estaba. Que, por lo menos aquella noche, Pax tenía el estómago lleno de comida—. ¿Y entonces? —preguntó, después de pinchar con el tenedor—. ¿Se recuperó?

Vola dejó la sartén en el fregadero y volvió a sentarse a la mesa, frente al chico.

—Lo que le gusta comer a una persona no es más que un detalle. Estaba tan perdida, que necesitaba descubrir todas las cosas verdaderas de mí misma. Desde las más insignificantes hasta la más importante: ¿en qué creía, en lo más hondo de mi ser?

Peter pensó que sabía lo que la mujer iba a decir a continuación.

—Se refiere a la guerra. Ahora es contraria a la guerra, ¿verdad?

Vola se sostuvo la barbilla con los dedos.

—Es complicado. Lo que defiendo es que se diga la verdad sobre el tema. Sobre lo que cuesta. La gente debería decir la verdad sobre el coste de la guerra. He tardado mucho tiempo en comprenderlo. —Se echó hacia atrás—. Pero esto solo era una parte. Tenía que reaprender todo lo que me parecía correcto e incorrecto. Pero no podía. El mundo era demasiado ruidoso, no me dejaba oír mis propios pensamientos. De modo que me trasladé a la casa de mi abuelo. Decidí quedarme allí hasta que volviera a saber quién era.

Peter levantó la vista hacia los frascos de melocotón en conserva que llenaban el estante superior, y luego recordó los árboles en flor que había en el jardín.

—Y todavía sigue aquí —dijo—. Esta es la casa de su abuelo, ¿verdad?



El sol ardía atravesando la niebla de la madrugada. Los dos zorros llevaban horas viajando, pero Gris marchaba lento y descansaba a menudo, de modo que apenas habían llegado a la ensenada del valle. Durante la mayor parte del trayecto, Pax flanqueaba respetuosamente al zorro mayor que él, pero a veces se separaba para echar a correr a toda velocidad durante unos minutos de gloria, antes de regresar dando un gran rodeo.

Nunca había corrido de aquella manera. Había esprintado en círculo por los límites del corral, pero eso era diferente: las patas ovales y limpias, ya curadas, apenas rozaban el suelo para tomar impulso y galopar cada vez más rápido por las grandes extensiones de hierba.

El banquete del día anterior le había aclarado los sentidos y le había inyectado combustible en los músculos, pero ahora los huevos ya no estaban en el estómago y los olores cálidos del valle le despertaban un hambre atroz. Allí donde hubiera humanos, habría comida.

¿Cuánto falta?

Dos días de viaje. Gris había descrito un lugar de viejas paredes de piedra donde la tierra olía ligeramente a alquitrán y a cáñamo, bordeado por un río. *Llegaremos con el crepúsculo. Desde allí, los asentamientos humanos están a otro día de distancia.* Pax no recordaba asentamientos humanos. No

recordaba ningún río. De su casa, recordaba la puerta amenazadora. Recordaba los robles que rodeaban el edificio, los restos descuidados de un jardín de flores en el cual nunca le habían dejado entrar, los sonidos de la carretera. Notaba que otros humanos vivían a lo largo de esa carretera, pero nunca los había visto. Eran recuerdos que se iban borrando, como el recuerdo de vivir enjaulado. Ya no recordaba cómo era el cielo a través de los hexágonos de las rejas.

Pero a quien sí recordaba era al chico. Los ojos de avellana con las pupilas extrañamente redondas; el modo en que Peter los cerraba y echaba la cabeza atrás soltando un ruido parecido a un ladrido cuando estaba contento. El cuello salado que a veces olía a sudor y a veces a jabón. Las manos, siempre en movimiento, con su aroma a chocolate, que a Pax le encantaba, y a cuero, que detestaba.

Mientras los dos zorros viajaban, Pax reflexionaba sobre el rompecabezas del otro olor del chico, el aroma subyacente. Colgaba de un lugar intermedio entre la pena y la añoranza, y procedía de un dolor profundo por algo que Pax nunca había podido adivinar. A veces, en la habitación nido del chico, el doloroso olor a añoranza era tan potente que inundaba todo lo demás, pero aun así el chico no hacía ningún esfuerzo por conseguir lo que tanto deseaba. Cuando Pax captaba ese olor, se apresuraba desde donde estuviera y encontraba a Peter tumbado en la cama, agarrado a los objetos que guardaba escondidos en el cajón inferior de su armario, con el rostro lleno de arrugas. Pax metía el hocico en la manga de la camisa de Peter, o arañaba las cortinas, y luego hacía ver que tropezaba y caía al suelo, cualquier cosa para conseguir que el chico jugara con él. Pero cuando el penoso olor a añoranza era más fuerte, ninguno de estos trucos funcionaba. En aquellas ocasiones Peter ahuyentaba a Pax y cerraba la puerta.

Al recordar esto, Pax sintió la urgencia de volver a echar a correr, pero no

por el simple placer de hacerlo. *Esa guerra que va a llegar, ¿estás seguro que dañará todo lo que encuentre a su paso? ¿Incluso a los jóvenes?*

Todo. Lo destruirá todo.

Pax empujó a Gris con el hocico, con respeto pero con insistencia. Debían apresurarse. El zorro viejo estudió al joven durante un instante, y luego se puso a trotar. Atravesaron la línea pantanosa del valle y escalaron los acantilados rocosos, y esta vez lo hicieron codo con codo.

En lo alto de la ascensión, los dos zorros se detuvieron. Gris resollaba con fuerza. Delante de ellos, los pinos se elevaban como torres, prometiendo frescas zonas de sombra. Pero allí los rastros ya eran evidentes: el zorro desafiador cazaba por ese territorio, y la amenaza de su olor era inconfundible. Casi de inmediato, el suelo palpitó con el ligero estacato de unas patas que se aproximaban. Antes de que Pax y Gris pudieran ponerse en guardia, el zorro leonado irrumpió desde la maleza, con los labios contraídos por un rugido y azotando la cola.

Pax se encogió, pero Gris avanzó con calma, con el cuerpo pegado al suelo en una declaración de no agresión. *Solo estamos de paso.*

Su rival ignoró el saludo pacífico y se abalanzó sobre él, impactando con fuerza sobre su costado e inmovilizándolo, y sin más dilación hundió los colmillos en el cuello delgado de Gris.

Al oír el grito de dolor de su compañero, a Pax se le erizó el pelaje y los latidos de su corazón se aceleraron. Tensaba los músculos con una furia que solo había sentido en una ocasión: en los primeros días que había pasado con los humanos, el padre había levantado la mano al chico, y Pax se había lanzado sin pensarlo dos veces a través de la habitación, y había clavado ferozmente sus dientes de cachorro en la pernera del pantalón del hombre. Como había sucedido entonces, ahora arqueó la espalda y un gruñido grave resonó en lo más profundo de su garganta.

El zorro desafiante dio media vuelta, sorprendido, y Pax se lanzó de cabeza contra él. Rodaron, con los dientes mordiendo las orejas tiernas, las garras buscando herir el pelaje suave del estómago. El zorro amarillo era más hábil, pero Pax luchaba alimentado por un instinto de protección. Cuando sus dientes encontraron el cuello del otro, su rival se echó a sus pies y retrocedió, aullando.

Pax se colocó de un brinco por delante de Gris, protegiéndolo como había protegido al chico mucho tiempo atrás, sacó el pecho y rugió una advertencia. El zorro leonado se escabulló.

Pax se sacudió la sangre de una docena de rasguños superficiales y se dispuso a limpiar la herida de Gris. La punción era profunda. Instó a Gris a volver a su territorio.

No. Seguiré adelante.

La pareja anduvo lentamente durante una hora, atravesando pequeñas zonas boscosas. Pax tenía que reprimirse para mantener el paso del enfermo, pero le aliviaba pensar que por lo menos seguían avanzando. Cuando una bandada de cuervos aterrizó en los brazos desnudos de un nogal, Gris dio la vuelta y se sentó en la base del árbol, agudizando el oído para escuchar los sonidos.

Pax esperaba impaciente. Al cabo de un momento, el zorro viejo ladró.

La guerra se acerca.

¿Cómo lo sabes?

Los cuervos. Escucha.

Pax ladeó la cabeza. Iban llegando más pájaros chillones, descendían hasta las ramas más bajas, y luego volvían a aletear hasta las más altas, en un ciclón de intranquilidad. *Están enfadados.*

Los cuervos arrimaban los hombros, picoteaban las plumas, se movían y

agitaban los picos aulladores. La discordancia puso a Pax de los nervios. *Hay desorden.*

Prestó más atención. Lo que notó le alarmó. Intentó describirlo: aire empapado de muerte. Fuego y humo. Sangre en un río, el río volviéndose rojo, la tierra ahogándose en sangre. Caos. *Todo está roto. Las fibras de los árboles, las nubes, hasta el aire está roto.*

Sí. Guerra. ¿Dónde?

Pax volvió a sintonizar. *Oeste. Todavía lejos, pero se acerca. Y ahora un pequeño grupo de enfermos defensores de la guerra ha llegado desde el sur para hacerle frente.*

Desde el sur.

Pax siguió deambulando mientras Gris se incorporaba trabajosamente. Volvió a ofrecerse para continuar el viaje solo, pero Gris seguía negándose a volver a casa. Reanudaron la marcha, y nuevamente el ritmo de Gris resultaba más lento del que Pax necesitaba. Solo se detenían para comer larvas y frutos silvestres, y entonces Pax investigaba el aire en busca del rastro del chico, del más ligero sonido de su voz. Nada. Nada.

Alzó el hocico y emitió una única y dolorosa nota.

Llevaba mucho tiempo sin ver al chico. Antes de aquello, no habían pasado nunca más de medio día separados. Si Peter salía de casa por la mañana, Pax deambulaba por el corral cada vez más intranquilo hasta que llegaba la tarde, cuando Peter regresaba oliendo a otros humanos y al extraño aliento del gran autobús amarillo que lo transportaba. Por la tarde, Pax se apaciguaba al comprobar que el chico estaba bien, y lo examinaba en busca de alguna posible herida antes de relajarse y jugar.

Ahora era la tarde. Volvió a aullar, y esta vez Gris lo secundó en un eco de pérdida y añoranza. Pero cuando Pax volvió trotando al camino para reanudar el viaje, Gris flaqueó.

Pax comprendió que necesitaba descanso. Acompañó al zorro herido a un círculo musgoso de sombra debajo de un pino. Gris posó la mejilla sobre las patas delanteras, y antes de que Pax terminara de limpiarle otra vez la herida, se quedó dormido.

Mientras hacía guardia, Pax pensó en sus cosas favoritas, las que haría con el chico cuando lo encontrara: revolcarse juntos al aire libre, jugar a cazar, explorar el jardín de hierba y la porción de bosque que había detrás. Recordó las recompensas que le daba el chico: las sonrisas de bienvenida, cómo le rascaba el cuello, hundiendo los dedos hasta el punto perfecto... Recordó la paz que le proporcionaba tumbarse a los pies del chico delante del fuego.

Estos pensamientos calmaron a Pax, que se quedó adormilado con el recuerdo de los nudillos de Peter amasándole los pliegues de la piel entre los omóplatos, de un modo tan real que se le erizó el pelo. Hasta que el cambio en la dirección de la brisa le trajo un olor que lo puso instantáneamente en alerta.

Carne. Carne asada, como la que sus humanos cocinaban algunas veces sobre un fuego en el jardín. El chico solía darle bocados de su carne, chorreantes de grasa. Después, durante días, Pax rastreaba las cenizas de la hoguera en busca de restos. Incluso los huesos calcinados eran tesoros.

Pax se alzó sobre las patas traseras para husmear mejor. Sí, carne asada. Hincó el hocico en Gris, para despertarlo. *Hay humanos cerca.*

Gris se movía con mayor facilidad después de descansar, y los dos zorros continuaron a un ritmo rápido. Sin embargo, a medida que se iban acercando, Pax aceleró el paso. Tenía el cuerpo ligero, había quemado toda la grasa después de tantos días de escasez de comida. Corría como deben correr los zorros: el cuerpo compacto surcando el aire como una flecha a una velocidad que le rizaba el pelaje. La alegría recién descubierta de la velocidad, la urgencia de la noche que acechaba, la esperanza de reunirse con el chico, todas estas cosas transformaban al zorro en una centella que atravesaba los

árboles como fuego líquido. Un rayo que escapaba a la ley de la gravedad. Pax podría haber corrido eternamente.

Llegó al galope al final del bosque y delante de él vio un río ancho. Más allá se desplegaba un campo despejado, un terreno que al principio era llano y que luego escalaba unas enormes paredes de piedra desmoronadas. Se había hecho de noche, y en la esquina más alejada de las ruinas había una docena de hombres sentados alrededor de una hoguera, comiendo. Detrás había un grupo de tiendas de campaña y varios vehículos grandes.

El viento había virado en dirección este. El humo de la carne asada todavía impregnaba el aire, pero Pax solo pudo captar el olor general de los humanos. Subió y bajó por la orilla del río, frustrado, incapaz de distinguir desde ninguna dirección un olor humano de otro.

Por lo menos, Pax sabía que el chico no estaba allí. Ninguno de aquellos humanos tenía su forma esbelta, ninguno se movía con la misma energía rápida, ninguno mantenía la posición de Peter, erguido pero con la cabeza siempre gacha. Sintió cierto alivio; los otros olores del campamento (humo, gasoil, metal chamuscado, un extraño hedor eléctrico y oscuro) representaban cosas que hubiera querido mantener bien lejos de Peter.

Gris salió cojeando de la arboleda y se tumbó junto a Pax, a la orilla del río. El uno al lado del otro, los dos zorros observaron a los hombres. Habían terminado de comer, pero continuaban sentados alrededor de la hoguera, hablando y riendo.

¿Son enfermos defensores de la guerra?, quiso saber Pax.

Ahora no. Ahora son pacíficos. Recuerdo esta paz. El zorro viejo escondió las patas delanteras bajo el pecho. *Al final del día, los humanos con los que yo vivía se reunían como esos que están al otro lado del río.*

De pronto, Pax lo recordó: él también había visto algo similar. Hacía años que no sucedía, pero a veces, al final del día, sus humanos se sentaban juntos

en el nido del chico. El padre desplegaba una caja dura, plana y fina y compuesta de muchas capas de papel, sobre su regazo. Papel como el de la cama de Pax, pero no hecho trizas, y lleno de marcas. Sus humanos pelaban esas capas, una a una, y las observaban. Pax recordó que en aquellas noches los humanos parecían conectados entre sí, y al sentir la armonía él podía relajarse y bajar la guardia.

Pax sintió una extraña sensación, como si el pecho no fuera lo suficientemente grande para contener su corazón.

Los zorros volvieron la cabeza hacia los hombres. Algunos seguían agachados alrededor del fuego, otros se movían con linternas entre el material y las tiendas. Cuando oscureció del todo, los hombres que quedaban se levantaron de la hoguera. Vaciaron las tazas de café, tiraron basura a las llamas y se metieron dentro de las tiendas.

Gris también se levantó y cojeó colina arriba buscando la protección de una gran rama de cicuta. La rodeó y se acurrucó sobre el suelo lleno de pinaza, con el hocico hundido en el pelaje.

Por culpa del olor a carne, Pax tenía demasiada hambre para descansar. Trotó hasta el borde del río. La corriente bajaba con suavidad. Sumergió la cabeza y bebió y luego saltó a una piedra, resbaladiza de musgo pero estable. Entonces, con la mirada fija en el brillo de las brasas mortecinas, tomó una decisión. Un salto, un salpicón, y una vez más su cuerpo hizo algo que no había hecho nunca, algo que sin embargo siempre había sido capaz de hacer: nadar. Apenas fue un instante. Entonces escaló la orilla opuesta y se sacudió el agua de encima.

De las tiendas no llegaba ningún sonido ni se percibía movimiento alguno. Pax reptó en silencio por el campo y subió el promontorio. Rodeó los límites del campamento, acercándose cada vez más al lecho de la hoguera.

La sensación de peligro era poderosa. Era difícil no salir corriendo. Al fin

y al cabo, él solo conocía a sus dos humanos, el que quería y el que toleraba. En varias ocasiones se acercó hasta el borde mismo de la hoguera, se empapó del olor a carne aderezado con el aroma amenazador de los enfermos defensores de la guerra y retrocedió.

Un hueso de cerdo abandonado, todavía rebosante de grasa, resultó demasiado tentador para resistirse. Pax se abalanzó sobre él. Mientras engullía la carne, cubierta de ceniza pero aún caliente, el roce de una tela lo alarmó. Permaneció inmóvil.

Un hombre salió de la tienda. La silueta, enmarcada por la luz de la linterna, estiró los brazos, y una sombra larga cubrió al zorro vigilante. El hombre se alejó y orinó en un arbusto. El olor de la orina viajó hacia Pax, que se erizó de inmediato:

El padre del chico.



—Ya es suficiente.

Estas palabras, unidas a la mano que Vola posaba sobre su hombro, fueron un gran alivio para Peter. Le palpitaba el pie, le dolían los hombros y las axilas le sangraban por lo irritadas que estaban. Dos días en el Campo de Entrenamiento Vola (el nombre secreto con el que había bautizado las sesiones de tortura en las que escalaba la colina con las muletas, se arrastraba sobre los codos por terrenos pedregosos y lanzaba balas de paja manteniendo el equilibrio sobre un único pie) lo habían agotado. Dio media vuelta para poner rumbo a la cabaña, y por un momento pensó que sería incapaz de llegar.

Pero por encima del tejado, las montañas quedaban veladas por unos nubarrones negros. Estaba cayendo la noche. Pensó en Pax, mojado y frío.

—Podría continuar.

—No. Si te pasas de la raya puedes fastidiar todo lo que has conseguido.

Peter asintió y dio un paso hacia la cabaña.

Pero Vola sacudió la cabeza.

—Todavía no. —Señaló el granero—. La tercera condición.

El granero parecía demasiado lejos. Peter volvió a mirar la cabaña. Lo que quería era tumbarse en la hamaca. Plantó las puntas de las muletas de un modo deliberadamente teatral.

—¿Cuál es?

—Nada del otro mundo. Se trata de manejar unos títeres. Marionetas. ¿Te parece demasiado difícil?

—¿Marionetas? No lo entiendo.

—¿Sabes lo que son?

—Claro que sí. —Pensó en las únicas que había visto de cerca: unos muñecos con sus largas barbillas y narices aguileñas, en una feria al aire libre a la que había asistido de pequeño. Esqueléticos y con los ojos mortecinos como ratas hambrientas. El titiritero los agitaba por el escenario con unos movimientos espasmódicos que le habían provocado unas pesadillas que habían durado semanas—. ¿Qué tienen que ver con usted?

Vola lo miró un instante antes de responder:

—Otro pedazo de mí misma que pude recuperar: recordé que había fabricado unas marionetas para mis sobrinas pequeñas cuando era adolescente. Recordé cómo me gustaba tallar la madera.

Sacó dos pañuelos del mono de trabajo y se los entregó con un suspiro.

—Envuelve las empuñaduras de las muletas. Carga el peso en las palmas de las manos, chico. Repártelo por los brazos, aunque estés parado.

La amabilidad inesperada de Vola sorprendió a Peter. Normalmente le ladraba para que hiciera una docena de flexiones, o lo amenazaba con los dedos extendidos, advirtiéndole que no se acercara demasiado a ella. Así se sentía cómodo. Como en casa. Pero al cabo de un instante le untaba con sus ungüentos los hombros doloridos, o le lijaba las astillas de las muletas, o abandonaba sus tareas para prepararle una taza de chocolate caliente, y él se daba cuenta de lo mucho que se estaba esforzando para conseguir que recuperara la fuerza y la movilidad, y entonces se sentía culpable.

Ahora, mientras enrollaba la tela suave alrededor de las empuñaduras de las muletas, se sentía culpable, de modo que prefirió decir lo que, según

pensaba, ella querría oír.

—Sus sobrinas debían de estar muy contentas con unos regalos tan bonitos.

Aunque lo dudaba. Lo más probable era que aquellas sobrinas tiraran las marionetas esqueléticas y de ojos mortecinos a la basura la primera noche. Para ahorrarse las pesadillas.

Vola se encogió de hombros, pero Peter se dio cuenta de que sus palabras la habían complacido, y el sentimiento de culpa disminuyó. Repartió el peso de su cuerpo sobre las palmas inflamadas y la siguió hasta el granero. En el umbral de la puerta, hizo una pausa para respirar el aire fresco. Olía a madera, a paja, a aceite de linaza y a barniz. Olores que eran buenos si los separabas, pensó Peter. Y que olían muy bien juntos. Se balanceó hacia el interior.

Vola cruzó hasta la pared opuesta, la que estaba cubierta de arpillera. Peter esperó. Aquella pared le había enervado desde el primer día. La mujer retiró el material y el chico estuvo a punto de perder el equilibrio, como si lo que acababa de ver lo hubiera golpeado con una fuerza física. Los títeres (o marionetas, porque ahora veía que eran marionetas que colgaban de la pared) eran espantosamente realistas, y no se parecían a nada que hubiera visto antes.

Se acercó un poco y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Los ojos —dijo, incapaz de desviar la mirada.

—Las joyas de mi abuela. Tenía collares largos de azabache. He rellenado las pupilas con esas cuentas. Resplandecen con la luz, hacen que mis amigos parezcan vivos.

Peter volvió a callar y Vola le dejó estudiar con calma las criaturas que colgaban delante de él.

Cinco de ellas eran humanas (un rey y una reina, un niño, un pirata, o tal vez un bucanero, y una hechicera), el resto eran animales. Todas las cabezas eran de madera, casi de tamaño natural y con unos ojos enormes, pero los cuerpos estaban hechos de una variedad asombrosa de materiales. El caparazón de una

tortuga era una calabaza verde y naranja. Unas brácteas de piña formaban las escamas de una serpiente. Y plumas: casi todas las marionetas lucían una variedad de plumas de gallina a modo de pelo o de peluca, o bien de capas y colas. Perfectamente enrolladas en un clavo al lado de cada marioneta, había una variedad de clavijas y paletas, atadas por un cordel delgado y negro.

Del centro de la pared colgaba lo que Peter supuso que era la marioneta más grande, cubierta por una pieza separada de tela. Vola la retiró, y el chico soltó un grito ahogado.

Las alas del gran pájaro eran magníficas, y desplegadas del todo debían de medir como mínimo un metro y medio. Lucía cientos de plumas oscuras superpuestas en filas perfectas, con las puntas pintadas de rojo, como si las lamiera el fuego. Vola alzó la marioneta de la percha y la llevó hasta donde estaba Peter.

—Los otros son títeres de cabeza y hombros, pero este necesita volar. Lo he unido por el hombro y el codo. Cuando surca el aire, casi puedes notar el viento. Tócalo, si quieres.

Peter alargó el brazo. Con las yemas de los dedos acarició un hombro liso y plumado, luego un pico afilado y de madera, pintado de dorado brillante. Los ojos del pájaro, enormes y negros, brillaban. El chico bajó la mano.

—¿Qué tengo que hacer con esto?

Vola señaló las balas de paja.

—Será mejor que te sientes. Voy a comenzar por el principio.

Peter se acomodó sobre una bala de paja, agradecido ante la perspectiva de descansar, mientras Vola volvía a colgar el gran pájaro. La mujer sacó un pequeño libro de un hueco de la pared, y luego se acercó y se sentó junto a Peter, con el libro en las manos.

—Maté a una persona.

Lanzó una rápida mirada al chico, sin darle tiempo para disimular el

asombro.

La mujer soltó un suspiro asqueado.

—Por muchas chorradas que te digan sobre aprender un oficio y potenciar tus capacidades, estás allí para matar a gente. Matar o ser matado, ese es el contrato, cuando vas a la guerra.

No estaba de acuerdo. Su padre, por ejemplo. «No entrarás en combate, ¿verdad?», le había insistido Peter. Su padre se había echado a reír y le había dicho que no, que más o menos seguiría haciendo lo que hacía cuando era civil: extender cables de electricidad.

En cualquier caso, Peter no se molestó en corregir a Vola, porque la mujer tenía la mirada perdida.

—Mató a una persona.

—Probablemente maté a muchas más, o por lo menos contribuí a sus muertes. Pero a esta... a esta la vi. Después. Tuve que registrar el cadáver. Nos habían adiestrado para buscar armas o cualquier otra cosa que se pudiera utilizar.

»Me arrodillé junto a él. Tenía que tocarlo, buscar las armas. Recuerdo que me sorprendió el tacto del cuerpo, yo era médico, pero todavía tenía la esperanza de que fuera de plástico, no real. Así es como nos enseñaban a pensar en el enemigo, en los entrenamientos. Pero claro... estaba caliente. Fuera hacía frío, y el cuerpo soltaba calor. Era como si la vida se le estuviera evaporando. Y yo lo tocaba sin su permiso. Lo había matado, pero lo que más me preocupaba era haberle quitado el derecho a decidir lo que le fuera a suceder. Seguramente te parecerá una tontería, ¿verdad?

Peter tenía la boca seca. No sabía qué decir. Y de pronto pensó en la psicóloga de ojos amables, y lo supo.

—Debió de ser una situación muy dura para usted.

Vola lo miró con una mezcla de sorpresa y alivio. Asintió.

—De pronto, sentí la necesidad de saber quién era aquel soldado. De dónde venía, qué cosas le gustaban, quién lo quería. Tenía la boca abierta, como si quisiera hablar conmigo. Entonces me di cuenta de una cosa: aunque fuera un hombre, aunque fuera de diferente raza, aunque se hubiera criado en un país distinto al mío, podríamos haber tenido muchas cosas en común. Cosas importantes, más importantes que el ejército que nos había reclutado. «Dos pero no dos.» Pero ahora yo lo había matado, de modo que nunca lo podríamos saber. Registré el cadáver, pero no en busca de armas sino de pistas para saber quién era.

Vola calló de pronto, con el rostro tan devastado que Peter tuvo que apartar la mirada.

—Y...

—Y encontré esto en su bolsillo. —Vola levantó el libro—. *Los siete viajes de Simbad*, una parte de *Las mil y una noches*. Lo había llevado a la guerra, así que por fuerza debía significar algo para él. Era un ejemplar antiguo, tal vez su libro favorito de pequeño. Simbad es un personaje valiente, tal vez pensó que le proporcionaría coraje. O tal vez solo quería recordar que una vez había sido un niño pequeño, y había leído libros y se había sentido seguro. Una de las páginas estaba marcada: el episodio en que Simbad huye del nido del Roc. Pensé que tal vez esta historia le ayudaba a soñar con que algún día también él podría huir y regresar a casa.

Vola se levantó. Descolgó una vez más la enorme marioneta de grandes alas.

—El Roc. Un pájaro capaz de transportar elefantes con las garras. Míralo. —Volvió a acercarse el pájaro a Peter y apuntó el pico hacia su cara. La mirada era tan feroz que Peter se echó hacia atrás, atemorizado.

—¿Qué tengo que hacer con esto? —volvió a preguntar.

—Este libro era muy importante para el soldado que lo había llevado a la guerra. Llegué a la conclusión de que le debía algo por haberle quitado la

vida. Le debía el contar una historia que significaba tanto para él. Entonces fabriqué todas estas marionetas, y desde hace casi veinte años, aquí en el granero, voy contando la historia de Simbad y de cómo consiguió huir del Roc. —Vola entregó a Peter el aparato de control—. Y ahora, por fin, voy a poder ver el espectáculo.



Pax vio cómo Gris bebía agua a la orilla del río y luego regresaba trabajosamente. Los dos zorros llevaban dos días descansando al otro lado del campamento de los enfermos defensores de la guerra, pero Gris todavía no se había recuperado. Cuando el zorro viejo alcanzó la sombra aromática de la rama de cicuta, se dejó caer sobre el suelo. Tenía los ojos vidriosos y demacrados, y apenas pestañeó cuando Pax se dispuso a limpiarle el cuello una vez más.

Pax notó que la herida estaba todavía más inflamada. *Debes esconderte. Descansa.*

Dejó a Gris y anduvo río arriba hasta un lugar que había descubierto donde el río se estrechaba junto a la pared de un desfiladero, y la maleza era suficientemente densa como para poder moverse sin que lo vieran los humanos. Había tenido poca suerte con la caza, la zona estaba repleta de ratones y conejos, pero todos ellos escapaban con facilidad de sus torpes intentos por atraparlos. Aparte de escarabajos y frutos verdes, solo había conseguido afanar unos cuantos cangrejos, que Gris había rechazado. Pax lo intentó durante media hora más. Persiguió ratones escurridizos y chochines saltarines, incluso una rana que estaba tomando el sol. Pero cada vez que brincaba, sus fauces no cazaban más que aire. Con cada fracaso, el hambre era

mayor. Quería carne, para sí mismo y para su débil compañero. Los intensos aromas que llegaban desde el campamento lo atormentaban.

Se zambulló en el agua. En aquel punto la corriente era veloz, pero a la mitad del camino, tres piedras recostadas entre sí formaban una plataforma elevada y segura. Desde allí, tenía una vista clara de los humanos acampados río abajo.

Habían llegado más. Algunas mujeres, pero la mayoría eran hombres. Pax comprobaba constantemente si había llegado el chico, porque el padre continuaba allí y porque tenía la sensación de que su casa no estaba lejos, pero solo aparecían humanos adultos. Ahora muchos de ellos habían salido a los campos. Algunos bajaban a la ribera y tendían cables justo enfrente del lugar donde estaba Gris, cosa que intranquilizaba a Pax. Pero los soldados no parecían interesados en nada que no fuera la tarea que estaban realizando.

Pax había aprendido la rutina. Cada mañana, dos de ellos entraban en una tienda que, según le informaban sus sentidos, estaba llena de comida. Después estos dos cocinaban frente a la hoguera, y los otros enfermos defensores de la guerra se juntaban para comer. Luego, todos trabajaban (en el campo, en los vehículos, descargando más y más maquinaria), pero nadie se acercaba a la tienda de los alimentos hasta la hora del crepúsculo, en que los dos de antes cocinaban la cena y luego llamaban a los demás para que se reunieran alrededor de la comida.

A media tarde, Pax siguió vigilando para asegurarse de que los enfermos defensores de la guerra estaban ocupados, y luego cruzó el tramo restante del río tumultuoso resiguiendo el tronco de un árbol caído. Avanzando a ras de suelo, siguió por el desfiladero hasta un punto que daba al viejo molino.

Allí se detuvo para otear el panorama. Había tres hombres haciendo guardia en el campamento, justo debajo de donde se encontraba. Estaban apiñados junto a unas herramientas acabadas de descargar, en el extremo sur del molino,

en el lugar donde se unían dos paredes gruesas.

El resto de los humanos estaba en los campos. Algunos hacían rodar bobinas de cable hasta los hoyos que habían cavado cerca de la orilla del río. Otros bajaban cajas a estos agujeros, y luego, con palas, los cubrían de tierra.

Dos parejas habían cruzado el río. Estaban cavando hoyos en la otra orilla, justo por debajo de la cicuta donde Gris descansaba. Pax sabía que los humanos no olerían a Gris, y que Gris no saldría mientras ellos estuvieran cerca. Aun así, la ansiedad lo carcomía. Aquella noche trasladaría al zorro viejo a un lugar más seguro. Pax corrió hacia el extremo norte de las ruinas del molino, cerca de las tiendas y los vehículos. Un abedul asomaba las ramas desde el interior del muro de piedra.

Pax se detuvo en seco.

Había estado allí con anterioridad. Reconocía perfectamente aquel lugar (el árbol con la corteza blanca y desconchada, las paredes, el campo oloroso de cebollas salvajes, hierba y un ligerísimo olor a alquitrán). Había estado allí con el chico, hacía mucho tiempo, cuando era un cachorro.

Recordó la escena. Palos. Peter y tres chicos más se perseguían a lo largo de las paredes de piedra, aullando y blandiendo palos. Reían, pero los palos eran tan largos que Pax se había puesto nervioso. Había seguido a Peter como una sombra, ladrando a los otros chicos cuando se acercaban demasiado a él, hasta que Peter lo había atado a aquel mismo árbol. Pax había pasado el resto de la tarde gimiendo y mordisqueando la cuerda.

¡Peter había estado allí! Pax husmeó meticulosamente el árbol y la base del muro, pero no encontró ningún rastro del chico. En cambio, el olor que despedían los enfermos defensores de la guerra era omnipresente, intenso y peligroso. Pax se puso en tensión. Vigiló las tiendas hasta que estuvo seguro de que no había movimiento alguno. Entonces se lanzó como un rayo en pos de la tienda de la comida. Al llegar a la esquina, hizo una pausa, volvió a

observar, y luego se deslizó por debajo del faldón de la tienda.

En el interior, las piezas de carne colgaban sobre unas mesas repletas de cebollas y patatas, un tesoro a su disposición. Pax pegó un brinco y agarró una pieza de jamón, arrancándola del gancho, y salió disparado de la tienda con el premio gordo en la boca.

Echó a correr colina arriba, dejando atrás los muros, y regresó a través del bosque cubierto de maleza. Al llegar al río, soltó el jamón y engulló un trozo de carne salada. Partió el hueso y enterró dos pedazos grandes bajo la tierra arenosa de la orilla, y luego marcó los escondrijos.

Cogió el trozo que quedaba, rebosante de carne y grasa, suficiente para alimentar a Gris durante días, y lo transportó hasta el tronco caído. Hizo una pausa sobre el montículo de piedras para volver a inspeccionar el campamento.

Los humanos habían desaparecido. Un olor nuevo, sutil pero amenazador, impregnaba el aire. Pax lo reconoció. Cuando era un cachorro, el padre había colocado un ventilador en la habitación del chico. De inmediato, Pax había detestado el olor oscuro y eléctrico que emanaba del cable que conectaba el ventilador a la pared. Una noche en que el olor le había resultado especialmente peligroso, Pax había masticado el cable, como si matara una serpiente.

Ahora, todos los instintos lo instaban a huir del olor amenazador, pero no tenía ninguna intención de abandonar a Gris. Justo entonces vio al zorro viejo que salía tambaleándose de la protección de la rama de cicuta, en dirección al río.

Gris tropezó. Al instante, el olor del aire chamuscado crepitó desde aquel punto preciso como un relámpago surgido de la tierra, y la ribera del río explotó simultáneamente. La tierra, las piedras, el río y la hierba estallaron con un rugido furioso, y luego cayeron sobre el suelo convertido en cráter

como una lluvia negra y hostil.

Pax soltó el jamón y ladró, llamando a Gris. Le silbaban los oídos en medio de un silencio espeluznante.

Los enfermos defensores de la guerra salieron en masa de detrás de los muros. Por los gritos que soltaban, Pax supo que estaban soliviantados. Bajaron por el campo, chapotearon por el río, se dispersaron a lo largo de la orilla humeante. Rebuscaron durante un rato y regresaron al campamento.

Cuando el último enfermo defensor de la guerra hubo desaparecido, Pax echó a correr por el desfiladero.

La enorme rama de cicuta se había partido y yacía sobre el pecho de Gris. Pax husmeó la mejilla sucia de barro de su amigo y le pateó el costado. Oisqueó el hocico de Gris. Notaba su aliento, pero era muy débil.

Pax se tumbó junto al zorro viejo, hombro con hombro, y se acurrucó para hacerle compañía. Lo único que podía ofrecer era calor, y eso era lo único que el otro le pedía.

Enlazado a los últimos recuerdos de Gris, escuchó la canción de un pájaro ártico, en lugar de los gritos de los humanos. En vez de la bruma de ceniza que los rodeaba, contempló junto a Gris la bóveda del cielo, gigantesca y azul. En vez de yacer en una tierra desollada, caminó junto a Gris y sus hermanos pequeños a través de una tundra nevada punteada de flores azules y estrelladas. Ronroneó con Gris bajo la lengua rugosa de su madre argentada, saboreó su leche caliente, sintió el peso de su mejilla descansando sobre el cráneo del recién nacido. Y luego, la paz.

El zorro viejo no se movía.

Pax se incorporó. Presionó la frente contra la mejilla de su amigo. Retrocedió y aulló. No le importaba que lo oyeran los enfermos defensores de la guerra. Y entonces echó a correr.

Esta vez no había alegría en la carrera, pero sí todo el alivio que el cuerpo

le podía ofrecer. Corrió y corrió hacia el norte durante la hora del crepúsculo, hacia el norte durante la noche entera.

Al amanecer llegó al territorio de su rival, pero no se detuvo y siguió corriendo. El zorro amarillo salió inmediatamente a confrontarlo, pero retrocedió ante la determinación de la carrera de Pax, y lo dejó pasar. Pax bajó galopando el acantilado, atravesó a toda velocidad el lecho del valle e hizo un último esfuerzo para recorrer el ascenso final de la pradera. A medio camino, se detuvo y alzó la cabeza. Tres zorros observaban cómo se aproximaba. Ahora ya los conocía: la compañera de Gris, con la panza todavía llena de cachorros; y Diminuto, la mitad de corpulento que ella, a su lado.

Erizada estaba algo separada de los otros dos. Su pelaje brillante resplandecía en la base del gran pino que se alzaba como una torre sobre el prado, el pino bajo el cual había muerto su hermana.

Pax llevaba en el pelaje el olor de la muerte de Gris, pero los zorros ya lo sabían.

Pax recorrió el resto del camino. Al llegar a la guarida de Gris, alzó la cabeza y aulló las notas de duelo. Los tres zorros respondieron al unísono.

La compañera de Gris se aproximó. Olfateó la nariz de Pax y luego el costado. Supo de la pelea, que no había matado a su compañero, y de la explosión de los humanos, que sí lo había hecho. También supo que Pax había protegido a Gris, que le había dado de comer, le había limpiado las heridas, y por todo ello le dio las gracias. Y luego supo las noticias por culpa de las cuales Gris había muerto. *¿El sur no es un lugar seguro para nosotros?*

No es seguro.

La compañera de Gris se alejó caminando.

Una vez transmitido el mensaje, Pax se echó sobre la hierba, agotado. Diminuto se acercó para reclamar un espacio a su lado, y Pax permitió con

gusto que el pequeño zorro lo lamiese. Por encima de ellos, desde la base del pino, Erizada los observaba.

Pax durmió con un sueño inquieto durante toda la tarde, perturbado por imágenes del chico enredándose los pies entre cables humeantes. Por fin, cuando la luna ya se elevaba en el cielo añil, se levantó.

Respiró los olores de los zorros, unidos en el dolor por la pérdida de su jefe plateado. A él también le unía el mismo dolor, y sabía que lo aceptarían en el valle si decidía quedarse. Pero lo que había soñado le conminaba a regresar al campamento de los enfermos defensores de la guerra.

A punto ya de marchar, notó que Erizada bajaba por la pendiente. Esperó.

¿Adónde vas?

Pax le transmitió las conclusiones a las que había llegado. Que el estallido de la tierra significaba la guerra, y que los cables habían causado la muerte. Compartió el temor a que el chico pudiera tropezar con ellos si se reunía con su padre, y su determinación a emprender el viaje para proteger a Peter.

Estas explosiones, ¿son capaces de matar humanos?

Sí.

La hembra se volvió para encararlo. *Entonces, olvídate de ellos.*

Pero Pax no le hizo caso. Tomó impulso y pegó un salto. Cuando tocó la tierra, ya estaba corriendo.



Peter se soltó de la viga al ver que Vola avanzaba cojeando bajo la lluvia en dirección al granero, e hizo un esfuerzo para disimular el sentimiento de culpa. Vola sospechaba que el chico hacía más ejercicios de los que ella le mandaba hacer (en general, los doblaba), y no estaba nada contenta. «Un adulto rebosante de salud necesita cuatro semanas para hacer lo que tú intentas hacer en una. Te vas a lastimar», le había advertido en varias ocasiones. En apenas unos días, se había convertido en un argumento manido.

Peter observó cómo se sacudía el agua en el umbral de la puerta, entrechocando las trenzas, y le recordó a Pax, que a su vez le recordaba a un perro cuando lo hacía. ¿Debía de llover, donde quiera que estuviese? ¿Se sacudiría igualmente, al no tener ningún interior cálido y seco en el que refugiarse? Peter notó un escalofrío y se frotó los brazos.

—¿Qué pasa? Tienes mala cara. ¿Te duelen los brazos?

—No.

Claro que le dolían. Pero era un dolor positivo, un dolor muscular que le acercaba cada vez más a su objetivo, que no era otro que ponerse en forma para poder irse. Se tumbó en el suelo e hizo tres flexiones, con la escayola descansando sobre el tobillo izquierdo.

—¿Lo ve? Perfecto. ¿Puedo hacer ahora la carrera de obstáculos? Ya no

llueve tanto.

—No. No puedes mojar te el yeso. Pensaré algún modo de protegerlo antes de que te vayas, pero hoy tendrás que quedarte aquí. ¿Has hecho ya todos los ejercicios?

—Flexiones en las vigas, cargar sacos, bloques de cemento. Todas las tareas que me ha enseñado.

Vola señaló la pared de marionetas.

—¿Por qué no practicas, entonces?

«Porque estos dichosos muñecos no me acercan ni un minuto más a mi zorro», le hubiera gustado responder. Pero en vez de esto soltó un largo suspiro y puso la vista en blanco.

Vola no se inmutó.

—¿Cómo lo llevas?

—Normal. Bien, quiero decir.

Había ensayado varias veces. Y había mejorado un poco. Ahora, por lo menos, los cordeles no se enredaban entre sí. Pero a veces los mandos funcionaban exactamente al revés de como él esperaba que lo hicieran, y las marionetas siempre parecían inquietas, como si las estuviera electrocutando. En cualquier caso, se le había agotado la paciencia.

—Hagámoslo ya. Pronto me voy a ir, Vola. —Peter levantó las muletas, que ya había aprendido a manejar como si fueran extensiones de sus brazos—. Ayer fui y volví dos veces hasta el desfiladero. Pasé casi seis horas caminando con estos trastos. Y hubieran sido ocho si usted no me las hubiera quitado, ¿recuerda? Estoy listo para irme.

Vola metió un puñado de clavos en el bolsillo del mono de trabajo y se calzó un martillo en la hebilla del cinturón. Después lo desafió con la mirada.

—Demuéstrame cómo manejas a Simbad.

Peter soltó otro suspiro que Vola volvió a ignorar, y descolgó a Simbad de

la pared. Levantó la marioneta por encima de las balas de paja y la depositó en el cuenco de madera que Vola había pintado para que pareciera un nido. Era consciente de la torpeza de sus movimientos, pero buscó con la mirada la aprobación de su maestra.

—¿Hablas en serio? ¿Es este el héroe desesperado que arriesga la vida por una oportunidad de huir del poderoso Roc?

Vola le arrebató la cruceta, y de inmediato la marioneta pareció transformarse en alguien de carne y hueso.



—Piensa en lo que desea: escapar —dijo, como si Peter hubiera pedido la lección—. Bájale los brazos y úsalos para guiarlo, así, ¿lo ves? Bajos y

escurridizos. Húndelos dentro del nido hasta que quede escondido debajo del cuenco. Una vez allí, puedes soltarlo y hacer volar al Roc por encima del nido hasta llegar al otro extremo, desde la derecha, recuérdalo, para que no se enrede con los cordeles de Simbad. Hazlo bajar directamente sobre el cuenco, despacito, para que los imanes de las garras se enganchen con los que Simbad lleva en las manos.

—Yo no consigo moverlos así. ¿Por qué no coloca un espejo y hace usted misma la representación?

Vola le lanzó una mirada asesina.

—Es la tercera condición. Y no es opcional. Acércate. —Colocó la marioneta sobre el banco de trabajo—. Quiere moverse. Todas las marionetas quieren moverse, porque las he fabricado para ello. Lo único que tienes que hacer es enseñarles. Tus músculos son los suyos. Tus músculos son los suyos.

Le quitó la capa a Simbad. A continuación, ante la sorpresa de Peter, le quitó también los cordeles. Cogió un destornillador y desmontó la marioneta hasta que quedó reducida a un montón de partes diseminadas. Entonces acercó el destornillador al chico.

Peter se sujetó las muletas bajo las axilas y extendió las manos.

—Lo has visto, ¿verdad?

—Sí, pero...

—He venido a recoger unas herramientas. Volveré dentro de una hora. Tú ya habrás montado de nuevo la marioneta, y después de eso ya no te dará más problemas.

Le estampó el destornillador en la palma de la mano y salió sin decir nada más.

En realidad no era tan difícil. Las rodillas y los codos de la marioneta eran simples bisagras de una sola dirección, los hombros y las caderas eran juntas redondas de madera tallada que, tal como Peter pudo comprobar,

permitían un mejor movimiento. Las manos y los pies estaban atados con correas de cuero.

Pasar el cordaje fue más complicado. Pero una vez hubo comprendido que las manos se manejaban con una cruceta que se movía como una libélula, pudo deducir cómo funcionaba el resto.

Y Vola tenía razón: después de haber recompuesto a Simbad, manejarlo fue coser y cantar. «Tus músculos son los suyos», había dicho Vola, y efectivamente, Peter pudo traducir los movimientos que sugería su propio cuerpo al cuerpo de Simbad.

Pero «tus músculos son los suyos» no funcionaba con el Roc. Peter le flexionó los hombros y le agitó los brazos, pero el pájaro se limitó a dar un par de tumbos y enseguida se desplomó como si le hubieran pegado un tiro. La mirada brillante del pájaro parecía un reproche.

—Lo siento, pájaro. Es que no entiendo bien lo que pretendes hacer. ¿Intentas comerte al tipo? ¿Proteges el huevo?

De pronto le habían entrado ganas de conocer la historia del Roc, de hacer las cosas bien. Encontró el hueco donde Vola guardaba el libro de Simbad. Al sacarlo, oyó un golpe mortecino. Había algo en la parte posterior del agujero. Lo sacó. Era una caja cuadrada de latón, de un amarillo desgastado, decorada con las palabras «galletas soleadas». Se la puso en la palma de su mano y recordó la caja de galletas baqueteada que había encontrado en casa de su abuelo, la que contenía una pila de soldados que vigilaban la foto inesperada.

Abrió la tapa. En el interior había un montón de fichas, escritas con una letra que Peter ya había aprendido a reconocer. Supo al instante que tenía entre las manos las verdades privadas de Vola, las que guardaba escondidas. Bajó la tapa, sin querer invadir su privacidad. Pero ya era demasiado tarde. Había leído la primera ficha: «Hubiera sido una buena maestra».

No era un gran secreto, ni siquiera parecía tan privado. Aun así, hubiera

preferido no haberla visto. Volvió a colocar la lata en el agujero y puso el libro en su sitio justo en el instante en que Vola entraba en el granero.

Señaló a las marionetas.

—Ya lo tengo. Hagamos la escena.

Pero Vola se limitó a caminar hasta el banco de trabajo y vertió aceite sobre una piedra de afilar.

—Todavía no. Antes necesitamos un escenario. Ya pensaré algo cuando tenga un poco de tiempo libre.

—¿Un escenario? ¡No había dicho nada de ningún escenario!

—Las marionetas no se limitan a balancearse por encima de un par de balas de paja. —Dio media vuelta y levantó la mano para interrumpir la protesta de Peter—. Escúchame, chi-co, quiero ver la historia del soldado como es debido. Tienes que respetar lo mucho que significa para mí, aunque no lo puedas comprender. Cosa que, por otro lado, deberías hacer. Tú también vas por el mundo con el amuleto auestas, es lo mismo. Estás contando la historia de tu madre.

—Pero tardaremos mucho...

—Y no tenemos ninguna prisa. De todos modos te vas a quedar aquí una semana más.

Volvió a girarse hacia el banco de trabajo, se sentó con gran esfuerzo y empezó a seleccionar herramientas. Fin de la discusión.

Peter se echó sobre una pila de balas de paja. Otra semana más y se iba a volver loco.

Pensó en la palabra que le había venido a la mente. Vola ya no parecía una loca. Se incorporó sobre los codos y la observó mientras ella bruñía las herramientas, fijándose en la meticulosidad con la que alzaba y limpiaba cada una de ellas. La precisión con la que, al terminar, las colocaba en su lugar. Sus movimientos tenían una cierta determinación que le gustaba. Una cierta

previsibilidad.

François apareció con sus andares de pato y bostezó. Se encaramó a una horquilla que colgaba del techo por encima del banco y comenzó a asearse como preparativo para la siesta. Peter pensó que, al igual que François, él también se había habituado a Vola. El chico alargó el pescuezo para ver lo que hacía la mujer. Un mango. Trabajaba en una azada rota, y le estaba fabricando un mango nuevo. Era algo sencillo, pero al chico le pareció casi mágico. Como las muletas. Sin ellas, se había sentido impotente. Vola había clavado un par de tablas entre sí y ahora era capaz de cruzar kilómetros campo a través, rápido y seguro. Era pura magia.

Cogió las muletas y se las colocó bajo las axilas, sintiendo el consuelo familiar que le proporcionaba su robustez. Se balanceó hasta el banco de trabajo.

—Me gustaría fabricar algo. ¿Me enseñará?

Vola se echó hacia atrás para observarlo con atención. Pasó un minuto entero, y entonces asintió.

—No tiene sentido dejar que se te pudra el cerebro. ¿Sabes algo de trabajar con madera?

—«Siempre hay que cortar hacia fuera.» Es lo único que sé.

—Algo es algo. Pero no me refería a eso. —Vola eligió un bloque del contenedor de madera y lo colocó en el centro del banco—. ¿Quién manda aquí?

—¿Disculpe?

—¿Quién es el jefe: la madera o yo?

Peter comprendió que se trataba de una prueba. Contempló la madera, inmóvil e inexpresiva, esperando. Luego miró los arcos ordenados y relucientes de las herramientas, tan ansiosas por cortar que parecía que estuvieran temblando.

—Usted. Usted es el jefe.

Vola asintió. Seleccionó un cincel con punta de cuchara y un mazo, y a continuación dedicó al bloque la misma mirada escrutadora que le había dirigido a él unos minutos antes, como si quisiera interpretar algún mensaje secreto bajo la superficie. Introdujo el cincel en la madera fresca. El corte produjo un chasquido limpio, y una viruta rizada cayó sobre el banco.

Se volvió hacia Peter.

—¿Y ahora? ¿Quién manda, ahora?

El rostro de Vola no daba ninguna pista. Pero la madera, con la cuña que faltaba convertida en una pregunta que exigía respuesta, habló.

—La madera —dijo, con seguridad.

—Exacto —coincidió Vola—. A partir de este momento, la madera es el jefe. El tallador está al servicio de la madera. Todos los artesanos están al servicio de su oficio. Cuando ya has decidido lo que quieres hacer, el proyecto manda. ¿Sabes lo que quieres hacer?

La respuesta llegó de inmediato.

—¿Cómo se talla un zorro?

Nada más decirlo, Peter se preparó para la respuesta que adivinaba. Debería descubrirlo por sí mismo. Pero Vola le tenía reservada una sorpresa.

—Una vez, a Miguel Ángel le preguntaron cómo había creado una de sus estatuas. Dijo: «Vi al ángel en el mármol y tallé hasta liberarlo». Sería una buena manera de abordarlo. Por consiguiente, si quieres tratar de encontrar al zorro en la madera, deberás empezar con una pieza de madera.

Indicó a Peter que la acompañara al contenedor.

—Cada tipo de madera tiene sus cualidades. El tilo es fácil de tallar, te permite cuidar los detalles, y es ligero. Yo lo uso para las cabezas de las marionetas. En cambio, este pino...

—El fresno blanco va bien para los bates de béisbol —propuso Peter—. Es

muy duro.

Vola se quedó callada, pasándose el bloque de madera de pino de una mano a otra.

—Ahora que sacas el tema... —Se volvió hacia Peter—. ¿Es cierto que no tienes bate? Te encanta el béisbol, pero ¿no tienes bate?

—Juego de torpedero.

—¿Y qué? ¿Esperas a que alguien golpee la bola, y luego vas a buscarla? Eso es reaccionar. ¿No te gustaría batear?

—No funciona así. Cuando alcanzo la bola, yo tengo el control. No estoy reaccionando; estoy tomando decisiones. Y también bateo. En el equipo tenemos bates. Usted no sabe nada de béisbol.

—Tal vez no sepa de béisbol. —Se encogió de hombros y devolvió los bloques de madera al recipiente—. Pero empiezo a saber de ti. Y creo que necesitas un bate.

Peter se volvió hacia el contenedor. Mientras repasaba con las manos los bloques de madera, le asaltó la imagen de un cristal azul rompiéndose sobre unas rosas blancas. Una imagen que era capaz de evitar cuando se colocaba en la posición de bateador, con un bate del equipo entre las manos, y ponía los cinco sentidos en los movimientos del lanzador.

Si volviera a tener su propio bate, cada vez que lo utilizara, vería los trozos de cristal azul sobre las rosas blancas. Y se le rompería el corazón.

Eligió un trozo de madera de color miel, del mismo tamaño que tenía Pax cuando lo encontró de cachorro.

—¿Qué tal este? —preguntó, con la respiración entrecortada—. Es ondulado, como la piel del animal.

Vola tuvo que morderse los labios para no continuar con la discusión del bate de béisbol.

—Nogal blanco —dijo por fin—. Tiene un grano precioso. Es bastante

suave. Estúdialo durante un rato. Mañana tallaremos.

Aquella noche, a última hora, cuando estaba a punto de subir agotado a la hamaca, Peter se fijó en el bloque de madera que un rato antes había colocado junto al alféizar de la ventana. Apenas había pensado en Pax en todo el día. Sintió una oleada de culpabilidad. Se estaba convirtiendo en una persona sin zorro, por primera vez desde que tenía siete años.

Había tardado mucho más (un año y dieciséis días exactos, había calculado) en pasar un día entero sin pensar en su madre. Aquel día había ido de camping con la familia de un amigo. Por la mañana habían montado en canoa, habían pescado y nadado, habían plantado tiendas y habían asado perritos calientes. Solo cuando se metió en el saco para dormir bajo las estrellas cayó en la cuenta de su infidelidad. Aquella noche había llegado a pensar que merecía no tener madre.

Sacó la foto de la mochila. El cumpleaños de ella, la cometa. Uno de los buenos recuerdos. No había conseguido hacer volar la cometa, él tenía seis años, y el artefacto era poco más que una figura de dragón pegada a unos palos de helado. Incluso a aquella edad, había sabido que de haber estado allí su padre, el fracaso de la cometa hubiera estropeado la tarde. Pero él no estaba, y su madre había reído y habían extendido una manta en la ladera de la colina y habían hecho un picnic a base de cacahuets y zumo de uvas y habían inventado un cuento sobre un dragón de papel que era demasiado sabio para salir volando por los aires a sabiendas de las aventuras que le esperaban en tierra.

Peter colocó la foto en el alféizar de la ventana, junto al bloque de madera. Cerró los ojos. Ahora necesitaba visitar algunos recuerdos de Pax. Pax esperando a la puerta del corral cada vez que Peter llegaba a casa, porque

había aprendido a reconocer el chirrido de los frenos del autobús escolar. Husmeando la mochila en busca de corazones de manzana. Sacando la cabeza por el bolsillo de su sudadera. Una vez, Peter lo había llevado a escondidas a la escuela, cuando hacía segundo. No había pensado en las consecuencias para el cachorro, solo quería contar con el consuelo secreto de su compañía. Se había producido un simulacro de incendio, y la alarma había aterrorizado al animal. Habían enviado a Peter a casa y su padre se había enfadado, pero el peor castigo había sido el modo en que el cachorro temblaba y maullaba. El mejor recuerdo era uno muy calmado. El último invierno había sido frío, con largos momentos en que Peter no había querido separarse de la chimenea para ir a hacer los deberes. Hacía tanto frío que su padre había cedido y había dejado que Pax entrase pronto en la casa para colocarse junto al fuego. Pax se quedaba dormido con el morro y las patas delanteras tan cerca de la lumbre que Peter lo vigilaba todo el rato. Peter se recordó pasándole los nudillos por el pelaje, entre los omóplatos, mientras él leía un libro de historia. Paz.

Abrió los ojos y alzó el bloque de nogal blanco. Y, entonces, a la luz pálida de la luna, vio al zorro en la madera.



Erizada había echado a correr detrás de Pax, pero el zorro daba unos brincos tan largos que la había dejado rezagada, y él había seguido corriendo sin descanso durante toda la noche, hasta el amanecer. Hacía horas que no sentía la presencia de la hembra cuando por la tarde alcanzó el río frente al viejo molino. Se deslizó en silencio por una plataforma de cañas verdes, por debajo del lugar donde descansaba el cuerpo de Gris. Hundió la cabeza en el agua para beber. Una vez saciada la sed, se abrió paso entre las cañas.

El campo estaba vacío. Los vehículos habían desaparecido. No había rastro alguno de los humanos, pero los olores eran frescos y todavía más agudos que antes. Estaban cerca, y estaban nerviosos. Pax remontó el río y lo atravesó por el estrecho, y luego corrió a lo largo de la cresta arbolada para observar el lugar desde lo alto.

Nuevos socavones atravesaban la ladera de la montaña, por detrás del molino en ruinas. Como un grupo de zorros regresando a sus guaridas, los soldados se habían retirado a las trincheras: unos pocos seguían cavando, otros revolvían el material, otros hablaban mientras observaban mapas. Los vehículos también descansaban detrás de los muros.

Pax volvió sobre sus pasos a lo largo de la cresta, cruzó de nuevo el río, y volvió a bajar en la misma dirección de la corriente. Nuevamente se deslizó

bajo las cañas, levantó la vista, y esta vez tampoco vio a ningún humano. El olor oscuro y eléctrico impregnaba el aire con una intensidad terrible.

El viento cambió de dirección, y trajo humo desde el oeste. Lo había oído ya dos veces aquel día, pero ahora era más espeso, más peligroso. Estaba más cerca.

Pax esperaba ansioso a que cayera la noche para sentirse seguro.

Se zambulló en el río y nadó sacando a la superficie apenas la cabeza brillante, se encaramó a la orilla y se sacudió el agua del pelaje. Avanzando a ras de suelo, se dirigió al lugar protegido más cercano, un roble rodeado de retoños en la base, a apenas unos brincos de distancia.

Desde allí, vislumbró el punto ventajoso que estaba buscando: a media distancia de las paredes del molino, donde el campo empezaba a aplanarse, un bloque de granito púrpura emergía del suelo. Un revoltijo de cables recorría el afloramiento antes de descender de nuevo hasta la hierba.

Pax se arrastró hacia el objetivo. Las patas notaban la amenaza que emanaba del suelo: había más cajas enterradas cerca de la ribera, más cables atravesando el campo. Saltando para evitar los cables, voló por encima de la hierba a tal velocidad que las briznas apenas se separaban a su paso. En la base de la roca se tumbó del todo y aguzó el oído para escuchar lo que sucedía colina arriba. Por el ritmo continuado de las voces y las herramientas, supo que los humanos no se habían movido de las trincheras. La brisa todavía soplaba hacia abajo, y lo alertaría en caso de que se acercaran.

Sacó un cable y empezó a mordisquearlo. Antes de haber terminado de roer el revestimiento, unas fauces furiosas lo atacaron por la espalda. Se dio un fuerte golpe contra la roca, totalmente desorientado. Rodó hasta incorporarse y vio a Erizada saltando por encima de él hasta lo alto de la piedra.

Desde las alturas, la hembra tenía ventaja. *Los cuervos dicen que los humanos enfermos defensores de la guerra se están acercando. Deja esto*

para que ellos lo encuentren.

Pax era más grande que Erizada, pero no podía competir en experiencia. Cada vez que intentaba recuperar su posición en el cable, las mandíbulas chasqueantes de la hembra lo mantenían alejado. Rodeó el afloramiento, acercándose al molino más de lo que hubiera querido, para poder abalanzarse sobre ella desde más arriba. Pero antes de disponerse a saltar, un movimiento río abajo captó su atención. Erizada notó la alarma del otro, pero no apartó los ojos de Pax. *¿Han llegado los humanos?*

Pax notó una mezcla de excitación y ansiedad en la pregunta. *No. Otro zorro, creo.*

Erizada se resistía a distraerse. *Ningún zorro de nuestro valle se atrevería a cruzar el límite del territorio.*

Pax se irguió sobre los cuartos traseros para poder ver mejor. Volvió a percibir el destello estrecho de color cobre, con la parte superior blanca, que aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía, corriendo junto a la orilla del río por el mismo camino que él había recorrido antes, el mismo camino que sin duda Erizada había seguido para encontrarlo.

Cerca de las cañas, otro destello rojo. Un zorro pequeño cayó al agua. Y Pax lo reconoció.

Aulló para avisar.

Esta vez, Erizada se giró. Diminuto salió trabajosamente del agua y se internó en la maleza. De inmediato, Erizada se irguió y dio la sensación de que doblaba su tamaño. De un solo salto dejó atrás el saliente y descendió como un rayo la pendiente.

¡No, atrás! ¡A casa! ¡Atrás! Centelleaba entre las hierbas. El pánico que se intuía en el tono de su voz solo sirvió para espolear aún más a Diminuto. Volvió a levantarse para alcanzarla y se acercó dando saltos de alegría.

Pax se abalanzó sobre el cable, pero llegó demasiado tarde.

Justo cuando retiraba el revestimiento, un olor oscuro de relámpago estremeció la tierra. La descarga eléctrica le hizo estallar uno de los robustos dientes posteriores. Le abrasó el labio inferior, le chamuscó la garganta y le heló el espinazo.

Y entonces una franja del terreno explotó por los aires. Pax salió disparado del saliente, y cuando volvió a tocar el suelo y quedó enredado entre los arbustos arrancados, el universo resquebrajado se sumió en el silencio. Inmóvil y conmocionado, con un pitido en el cráneo que rompía el silencio, contempló la tormenta de tierra caliente, piedras, ramas y hierbas que llovían del cielo convertidas en un velo abrasivo.

Consiguió incorporarse y llenó los pulmones arrasados con el aire de fuego hasta que se le aclaró la mente. Después se incorporó sobre los cuartos traseros para buscar con el olfato a Diminuto y Erizada. Los buscó en todas las direcciones, pero el hocico no respondía, los precisos nervios olfativos habían quedado insensibilizados por la ceniza y el hollín. Los llamó a ladridos, pero el pitido penetrante en los oídos era el único sonido que era capaz de percibir.

Pax se abrió camino entre la pila de matorrales y se sacudió de encima los escombros. Los soldados bajaban en tropel por la colina, atravesaban el trecho humeante de terreno y se zambullían en el río. Cuando hubieron pasado, los siguió. Cada movimiento provocaba en sus huesos réplicas de la explosión.

En el lugar donde los había visto por última vez, volvió a llamar a Diminuto y a Erizada. No hubo respuesta, pero en cambio (primero de manera tenue, como si llegaran a sus oídos desde una gran distancia) escuchó sus propios ladridos. Y luego el sonido del viento, y el chasquido de los tallos de hierba a medida que los iba pisando, y el griterío de los hombres enfermos de la guerra que regresaban a las trincheras. Y desde los árboles, una bandada de cuervos

que graznaba su descontento ante el mundo en ruinas. Pax había recuperado el oído.

Durante una hora recorrió el campo, llamando a los zorros desaparecidos. Llegó el crepúsculo y fue entonces cuando lo oyó por fin: el débil aullido de respuesta de Erizada. Siguió la llamada hasta la orilla del río. El roble yacía sobre la ribera, astillado y humeante, con las ramas ennegrecidas flotando en el agua.

Pax encontró a Erizada escondida entre las raíces llenas de tierra. Tenía la cabeza levantada y los ojos alerta, aunque llevaba el hocico manchado de sangre. El precioso pelaje había quedado convertido en una corteza negra. Pax le hundió el morro en la cara. La sangre no era suya.

Agachó la cabeza. Acurrucado debajo de ella se hallaba el cuerpo inmóvil de Diminuto.

Pax inclinó la cabeza hacia el pecho del pequeño zorro. Subía y bajaba de manera desacompasada. Estaba respirando, y Pax sintió un gran alivio.

Pero entonces Erizada se apartó y Pax vio la imagen siguiente: donde debería haber estado la pierna trasera del pequeño, en el lugar que correspondía al muslo negro y brillante y a la pata blanca y veloz, no había más que una masa roja y destripada sobre las hojas empapadas de sangre.



Peter frotó el mango del cincel con la lana de acero lubricada, resistiéndose a la tentación de tirarlo todo a la otra punta del granero. La mañana había ido bien. Había caminado con las muletas por campos y bosques, entre el barro y la grava, subiendo montañas y bajando paredes de roca, superando muros de piedra y pasando por debajo de vallas. Se sentía fuerte, incansable y casi tan rápido como si hubiera corrido con ambas botas. A mediodía había comunicado a Vola que estaba listo para marcharse, y era verdad. Pero ella lo había ignorado, como de costumbre. Le había ordenado que fuera a descansar al granero y le había secuestrado las muletas.

—Levanta el pie. Limpia las herramientas. Nota su tacto.

Contempló la talla casi terminada que descansaba frente a él, sobre el banco de trabajo. El zorro de madera había quedado áspero e irregular, pero parecía vivo, y Pax pensó que esto era señal de que encontraría a Pax sano y salvo. Aunque sabía que hacerse ilusiones podía girarse en su contra, no pudo evitar imaginar la escena. Cuando llegara al lugar donde había dejado a Pax, lo llamaría y el zorro saldría corriendo del bosque y lo tiraría al suelo de felicidad. Volverían juntos a casa.

—Chi-co, ese mango va a quedar en nada, de tanto bruñirlo.

Peter dio un respingo.

—No la he oído entrar.

—No es aconsejable distraerse cuando trabajas con herramientas.

Vola se instaló a su lado, encima de un barril, y cogió un trapo rasposo y aceitoso.

—Estaba pensando en Pax.

Soltó el cincel reluciente y asió la talla. Se la pasó a Vola cuando esta le tendió la mano.

—Parece que vaya a pegar un bote en cualquier momento. ¿Estás preocupado por él?

Peter asintió.

—La mayor parte del tiempo creo que debe de estar bien. Los zorros son inteligentes, muy inteligentes. Tuvimos que cerrar la puerta de la cocina porque Pax era capaz de abrir todos los armarios. Una vez, mordisqueó el cable de un ventilador que habíamos puesto en mi habitación. Mi padre se enfadó muchísimo. Pero luego, cuando intentó arreglarlo, descubrió que el ventilador tenía un cortocircuito en el bastidor. Se podría haber incendiado. Creo que Pax lo sabía, que me estaba protegiendo. Entonces, si es tan inteligente, ¿por qué no va a aprender a cazar? ¿Usted cree que sobrevivirá?

—Creo que sí —coincidió Vola.

Peter volvió a coger la talla y contempló el rostro del zorro.

—Hay otra cosa —dijo—. Creo que... si hubiera muerto, lo sabría.

Y entonces le contó a Vola lo que no le había contado a nadie más. Le habló de la conexión que algunas veces sentía con Pax, las ocasiones en que no solamente sabía lo que el zorro estaba sintiendo, sino que él mismo lo sentía. Contuvo la respiración, pensando en lo absurdo que sonaba todo lo que acababa de decir.

Pero en vez de reír, Vola le dijo que era muy afortunado.

—Has experimentado el «dos pero no dos».

—Lo he leído en la pizarra. «Dos pero no dos.» Pero no sabía lo que quería decir.

—Es un concepto budista. La no dualidad. Trata de la unidad, y de cómo las cosas que parecen separadas están conectadas entre sí, que en realidad no existen las separaciones. —Vola volvió a coger el zorro—. Esto no es solo un trozo de madera. También son las nubes que trajeron la lluvia que regó el árbol, y los pájaros que anidaron en él y las ardillas que se alimentaron con sus frutos. También es la comida con la que me alimentaron mis abuelos y que me dio fuerzas para talar el árbol, y es el acero del hacha que utilicé. Y es el modo en que conoces a tu zorro, que te permitió tallarlo en el día de ayer. Y es la historia que contarás a tus hijos cuando se lo entregues. Todas estas cosas están separadas, pero también son una sola, inseparable. ¿Lo entiendes?

—«Dos pero no dos. Inseparables.» Bueno... hace un par de noches tuve la seguridad de que Pax había comido. Lo sentí. Anoche, vi la luna, y supe que Pax también la estaba mirando en aquel momento. ¿Cree que si siento que Pax está vivo, es porque lo está?

—Sí.

Las esperanzas de Peter aumentaron al oír la respuesta de la mujer. Vola nunca decía nada que no pensara de verdad. «Aquí se dice la verdad, es la regla que tenemos.» Se lo había repetido un millón de veces.

De pronto se dio cuenta de lo valioso que era tener a alguien con quien poder contar. ¿Cuántas veces en su vida había deseado justamente eso? ¿Para cuántas preguntas había necesitado una respuesta honesta y en cambio había recibido, por parte de su padre, un oscuro silencio?

Y entonces, sin darse tiempo para acobardarse, hizo la pregunta que lo atormentaba:

—¿Cree... Cree que si alguien tiene una parte salvaje, se puede domesticar? ¿Si está en su naturaleza? ¿Por herencia?

Vola se lo quedó mirando. Peter era consciente de que creía que lo estaba preguntando por Pax, y no la corrigió. Recuperó el cincel, agachó la cabeza y observó el zorro que sostenía en el regazo, le acarició las patas y esperó la respuesta de la mujer.

—¿Siempre has hecho esto? ¿Pedir a los demás que te descifren las cosas? Eso no sirve para nada.

Peter respiró hondo. Nada más formular la pregunta, se había dado cuenta de que no quería escuchar la respuesta. Tal vez nunca estaría listo para escucharla.

Vola se palpó el bolsillo del mono de trabajo y frunció el ceño.

—Se me olvidaba.

Sacó un bollo envuelto en una servilleta y se lo dio a Peter. Ya había comido cuatro para desayunar, pero ella siempre pensaba que no comía suficiente.

El chico lo desenvolvió. Estaba un poco aplastado, pero como en todos los otros, la nuez estaba perfectamente centrada en el revestimiento de azúcar moreno. La noche anterior los había estado cociendo hasta muy tarde, y él la había oído cantar en un idioma que no había reconocido. Una tonada alegre.

—Vola, ¿por qué sigue viviendo aquí sola?

—Ya te lo expliqué.

—Pero ¿necesita veinte años para descubrir quién es? ¿Realmente es tan difícil?

—Muy difícil. La pura verdad es lo más difícil de ver, cuando se trata de uno mismo. Si no quieres saber la verdad, harás lo imposible por disfrazarla.

Peter apartó el bollo. Estaba evitando su pregunta.

—Pero usted se conoce a sí misma. ¿Por qué no va a vivir a algún lugar donde haya más gente? Dígame la verdad. Es la regla de la casa, ¿no es así?

Ella se quedó un instante mirando por la ventana del granero. Bajó los

hombros, y cuando se volvió hacia él, parecía cansada.

—Tienes razón, Peter-sin-bate. Tal vez sea porque me conozco a mí misma. Tal vez sepa que mi lugar no está entre la gente. Tal vez soy una bomba de mano.

—¿Una bomba de mano? ¿Qué quiere decir?

—¿Cómo llamarías a alguien que pasa de ser una niña que come melocotones y mira las luciérnagas a una mujer que mata a un hombre? ¿Eh? Aquella niña se habría cortado un brazo antes de dejar que alguien hiciera daño a una luciérnaga, pero unos años más tarde mató a un completo desconocido. A esa persona, yo la llamaría arma. Soy un arma impredecible y mortal. Prefiero quedarme aquí escondida, donde no puedo hacer daño a nadie, ni siquiera por accidente.

Sacó los dedos y apuntó al chico (;bum!), pero esta vez fue un gesto triste, no amenazador.

—A mí no me hace ningún daño.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Lo sé. —Se golpeó el pecho—. En lo más hondo de mi ser.

Vola se puso en pie de un modo tan brusco que los huesecitos del pelo chasquearon entre sí a modo de advertencia.

—Vuelve a colocar las herramientas en el orden correcto —murmuró, antes de salir del granero.

Por la ventana, Peter contempló a la mujer que descendía pesadamente por el camino. Parecía que se moviera de un modo diferente. Como si de pronto la pierna de pino le pesara todavía más.

Una por una, Peter deslizó las herramientas limpias en sus fundas y luego enrolló la tela. Sentía la antigua ansiedad serpenteando en la base de su cráneo. Llevaba más de una semana encallado en aquel lugar. Ya habría emprendido el viaje de no ser por la tercera condición. Había hecho una

promesa y se lo debía a Vola, pero aquella mañana, mientras desayunaban, le había preguntado cuándo fabricarían el escenario y ella se había encogido de hombros una vez más. «Ya lo haré.»

Y entonces se le ocurrió la solución, una solución tan ridículamente sencilla que se echó a reír.

Desprovisto de las muletas, volvía a moverse de manera lenta e incómoda, pero consiguió salir del granero y llegar al lugar donde Vola guardaba una pila de matojos. Allí eligió una docena de retoños, cada uno del grosor de su brazo. Uno tras otro, los fue lanzando hacia el umbral de la puerta, y luego los entró. Tras colocarlos sobre los caballetes, los despojó de las ramas y se puso a trabajar.

Dos horas más tarde, el escenario estaba terminado. No era gran cosa (las esquinas estaban mal cortadas y atadas con un cordel, los tabloncillos dispuestos clavados al marco a modo de paredes y de suelo) pero cuando tendió un trozo de arpillera sobre el pavimento, el chico sonrió.

—Estaba chupado —le dijo a François, que acababa de entrar y estaba olisqueando la estructura con evidente admiración—. Estaba chupado.

—He fabricado el escenario. Está en el granero.

Vola alzó la vista del pollo que estaba desplumando. Observó la rama sobre la que se apoyaba Peter y luego le indicó las muletas, que descansaban sobre la encimera de la cocina.

Peter las atrajo hacia sí, las colocó bajo los brazos y sintió el consuelo inmediato que le proporcionaban.

—Estoy listo para la representación. Vamos al granero.

—Ahora estoy ocupada. Pero de acuerdo. Lo haremos esta noche.

—Y luego me iré, Vola. Estoy preparado.

Vola dejó el pollo sobre la mesa y suspiró.

—No lo estás. Duermes bajo techo, estás seco y caliente. Tienes agua potable y una persona que te cocina. Pero de acuerdo. Mañana haremos una prueba. Dieciséis kilómetros. Caminarás ocho kilómetros, me demostrarás que eres capaz de preparar un campamento con una sola pierna, y caminarás los ocho kilómetros de vuelta... entonces hablaremos.

Peter la vio recoger las plumas del pollo y meterlas en el zurrón. Y entonces comprendió que nada cambiaría, cuando él se fuera. Vola guardaría plumas, fabricaría marionetas, sola en el bosque, acumulando cada vez más, y sin contar a nadie la historia de aquel soldado.



Durante toda la noche y hasta que se hizo de día, desde unos arbustos cercanos, Pax custodió a Diminuto. Solo abandonó la guardia para calmar el labio quemado en el agua fresca del río y alimentarse con los pequeños peces que encontró en la orilla. Había recuperado el olfato, y cada vez que despertaba de la siesta intermitente, olisqueaba a Erizada y a Diminuto para asegurarse de que todavía seguían vivos.

Erizada había arrastrado unos arbustos al árbol caído para cobijar a su hermano y pasaba el tiempo arrimada a su cuerpo para darle calor. Las escasas veces que se separaba de él, Pax la sustituía junto a la forma inmóvil de Diminuto. Ahí estaba cuando por fin Diminuto se despertó con un quejido.

Pax le tocó el hombro con el hocico para reconfortarlo. Diminuto levantó la cabeza. Tenía los ojos nublados por el dolor y el miedo. Volvió a gimotear, y Erizada, que cazaba por los alrededores, regresó trotando rápidamente.

Pax se retiró, respetuoso, pero Erizada se limitó a colocarse al lado de su hermano, juntando las mejillas. Pax se aproximó a la herida de Diminuto y la lamió con precaución, temeroso de la reacción de la hembra. Ella lo estudió atentamente, pero sin protestar.

Pax se dispuso a limpiar la herida meticulosamente. Diminuto lo miraba confiado, y no pestañeó en ningún momento. Cuando Pax hubo terminado, le

limpió la cara y las orejas. Y Erizada lo permitió.

Diminuto volvió a quedarse dormido, y Pax permaneció junto a la pareja. Juntos, Erizada y él observaron la actividad del campamento.

Aunque los humanos no habían vuelto a la parte destrozada del campo, los olores eran peligrosos. Cuando soplaba el viento del oeste, transportando el olor de la tierra quemada, los hombres parecían más tensos. Llegaron más al campamento, con más máquinas. Al oír el rugido repentino de un motor, Erizada pegó un salto. Descansó la cabeza sobre la de su hermano. *Tengo que sacarlo pronto de aquí.*

Los humanos no tienen olfato. Si no pueden vernos, estamos seguros.

Erizada lo miró y luego miró a los hombres. *No estamos seguros si hay un solo hombre cerca.*

A ojos de Pax, Erizada había disminuido, como si una parte vital de ella hubiera desaparecido. Sabía que, de algún modo, los humanos se la habían arrebatado. *Mi chico no hace daño. No es como ellos. No es un enfermo defensor de la guerra.*

Los enfermos defensores de la guerra son adultos. Él todavía es joven.

No. Hay otra diferencia. Pax estaba seguro de ello, pero también sentía mucha confusión. A lo largo del año anterior, Peter se había vuelto más alto y más fuerte, y su voz sonaba más grave. Pero, además, olía diferente. Ya no despedía el olor de un niño. *No es joven. Pero no es un enfermo defensor de la guerra. El último día que lo vi, se preocupó por mí, aunque él también estaba triste. Derramó agua por los ojos. ¿Tenía los ojos heridos?*

Pax meditó un instante sobre el misterio del lloro. *No. Cuando está herido en otras partes, sus ojos derraman agua. Le cae por la cara. Creo que el agua alivia el dolor. En cambio, la respiración... da bocanadas de aire, como si el agua del dolor lo estuviera ahogando.*

La zorra agachó la cabeza para lamer la sangre seca de los cuartos traseros

de su hermano dormido. Al cabo de un rato, alzó la vista hacia Pax, y en aquella mirada Pax vio las cosas horribles que los humanos le habían hecho a su familia.

Y entonces Pax comprendió una cosa. Aquel último día, Peter había lanzado el juguete al bosque. El agua del dolor le caía por la cara, pero había lanzado el juguete igualmente. Y no lo había seguido.

Mi chico no es un enfermo defensor de la guerra. Pero ha cambiado. Ahora se comporta con falsedad.



Peter encendió las cuatro grandes linternas que colgaban del techo del granero. Las herramientas, la rueda de afilar, la pared repleta de marionetas, todo brilló de un modo alegre y cálido a la luz ámbar de los conos. Hasta el heno brillaba como el oro de un cuento de hadas. El granero parecía otro, pero era el mismo. Había llegado a conocerlo como si fuera su propio hogar.

Hogar. En cuanto hubiera terminado el espectáculo de marionetas, apenas una hora más tarde, sería libre por fin y volvería a ponerse en marcha.

Encendió dos linternas pequeñas junto al escenario y desclavó a Simbad de la pared. «Que empiece el espectáculo.» Los ojos negros de la marioneta le devolvieron una mirada vacía. Peter comprobó las juntas, asombrado aún de que Vola lo hubiera desmontado para obligarlo a aprender todos sus secretos. Y de pronto el cartón filosófico secreto de Vola se le apareció en la mente con un destello. «Hubiera sido una buena maestra.»

En eso tenía que darle la razón. Pensó en la facilidad con que sugería técnicas para sus ejercicios sin darse demasiada importancia. En las preguntas que le hacía mientras tallaban madera y que nunca respondía por él. Preguntas sobre cualquier cosa, que nunca respondía por él.

En cambio, se equivocaba en lo de ser un arma peligrosa. Cualquiera que la conociera podría decírselo.

El problema era que nadie la conocía.

Excepto él, tal vez.

Volvió a colgar la marioneta en la pared.

—Simbad, creo que te voy a dar la noche libre.

Salió al exterior y pescó un tronco mediano de la pila de leña. Otra vez dentro, serró los extremos y lo clavó a una base. Amarró el nido de hojalata del Roc a la parte superior, y luego lo fijó sobre el escenario. Finalmente, alzó de la percha a la marioneta hechicera y le desenroscó la pierna izquierda.

—¿Listo? —gritó Vola.

Peter subió a la pila de balas de paja que había colocado tras el escenario y agarró el dispositivo de control de la hechicera, sorprendido de que no le temblaran las manos. Porque de pronto, lo que una hora antes le había parecido tan sencillo, ahora se había vuelto absurdo y peligroso.

En cuanto entró en el granero, Vola quedó asombrada del escenario que había construido el chico, y no estaba fingiendo.

—Tienes madera de ebanista —le había dicho—. Si yo buscara un aprendiz, te ofrecería el puesto.

¿Qué pensaría de él unos minutos más tarde? Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Listo —mintió.

Vola apagó las cuatro linternas superiores; luego Peter oyó cómo arrastraba un taburete hasta la parte central del granero.

—Esta es la historia de una chica —dijo.

Oyó que Vola suspiraba, sorprendida. Y luego ya no oyó nada más.

Ni cuando retiró el telón y levantó a la hechicera de la tabla, ni cuando el maíz de siembra que había apilado sobre su propio estómago se derramó. Ni

cuando la envolvió en una camiseta de camuflaje, le recogió el pelo dentro de un casco hecho con un cuenco de barro, y le colocó el bastón en la mano como si fuera un rifle. Ni cuando le hizo disparar el rifle, ni cuando le desenroscó la pierna, ni cuando la hizo subir al nido.

Peter esperaba alguna protesta cuando prendió fuego al nido, pero Vola siguió sin emitir sonido alguno. Y tal como lo había ensayado, el fuego no fue más que un destello instantáneo provocado por la inflamación de un puñado de virutas dentro del cuenco. Tiempo suficiente para quitar a la marioneta el disfraz de guerrero y sacarle la pierna.

La sacó del nido y la bajó al escenario, donde había instalado la figura del niño junto al zorro tallado por él. La hizo agacharse junto al chico, y luego la giró para que acariciara al zorro. Y entonces Peter bajó el telón.

Colgó los dispositivos. Esperó, pero el silencio se alargaba. Se puso de puntillas para ver lo que sucedía al otro lado del escenario. Vola tenía una mirada perdida que lo atravesaba todo, y la cara tan rígida que ella también parecía tallada en madera. Las lágrimas que le bajaban por el rostro brillaban a la luz mortecina. De una manera extraña, le hacían parecer más noble.

—Lo siento. Yo solo quería decir... que usted no es una bomba de mano. Es una buena persona. Me acogió en su casa, y me ha estado entrenando para que pueda recuperar a Pax...

—Déjame sola, chi-co.

Tenía la voz grave y tensa como un alambre.

—Un momento. Me parece una estupidez malgastar aquí la vida a modo de castigo. Tal vez a aquel tipo el libro le daba igual. Tal vez lo había ganado la noche anterior en una partida de póquer. Tal vez lo único que deseaba era... no lo sé... —Peter se armó de valor— ... ser maestro, o algo parecido.

Al oír la palabra «maestro», Vola le lanzó una mirada asesina, pero el chico se mantuvo impertérrito.

—Sí, tal vez quisiera ser maestro. Y usted podría serlo en su lugar. Pero como nunca lo sabrá, creo que debería salir y vivir su propia vida. Por muy grave que fuera lo que le sucedió, podría renacer como el fénix y...

—Ya entiendo lo que quieres decir. No te equivocas, pero sal de aquí ahora mismo. Déjame sola.

Peter hizo un amago de protesta, pero no encontró las palabras al verla sentada tan quieta, con la cabeza tan erguida y las lágrimas bajándole ya por el cuello. Envolvió la cruceta de la hechicera, bajó por las balas de paja y recogió las muletas. El silencio del granero era estruendoso.

—De acuerdo. De acuerdo —dijo, solo por romperlo.

Tardó una eternidad en llegar a la cabaña. Cuando entró, vio que sobre la encimera descansaba un plato tapado. Se recostó contra el umbral de la puerta, sintiéndose culpable. Vola le había guardado los restos de la cena. «Esta noche acábate el pollo hasta dejar el plato bien limpio, ¿me oyes?»

Otra oleada de culpabilidad. Había matado a un pollo, cosa que no solía hacer a menudo, para darle más proteínas.

Peter se separó de la puerta y cogió la caja de cerillas que había junto a la hornacina. No tenía ni idea de cuánto tiempo iba a permanecer Vola en el granero, pero cuando volviera la cabaña no estaría fría y oscura. Era lo mínimo que podía hacer por ella. Encendió todas las linternas y la lumbre de la chimenea tal como había visto hacer a Vola cada noche.

Permaneció sentado y contempló cómo prendía y crecía el fuego, repasando todas las cosas que había dicho. Era todo verdad. Se había arriesgado un poco con aquello del soldado que tal vez quisiera ser maestro, pero entraba dentro de lo posible. No, no había dicho nada que no quisiera decir. No se arrepentía de nada.

Una ráfaga de aire alcanzó la chimenea, amenazando la frágil hoguera. Fue a buscar más papel de periódico. Mientras lo arrugaba, se fijó en uno de los

titulares. LAS FUERZAS SE PREPARAN PARA ENTRAR EN COMBATE. EVACUACIÓN INMEDIATA DE LA ZONA.

Alisó la hoja y leyó. Estudió el mapa, sin creer lo que veían sus ojos.

Y entonces recogió las muletas y cojeó hacia la puerta a tal velocidad que François saltó espantado de su nido y salió disparado perdiéndose en la noche. El chico metió la ropa en la mochila y miró alrededor. El amuleto del fénix, la foto de su madre, el guante y la pelota eran las únicas cosas suyas que había en la habitación. Dejó la pulsera sobre la hamaca, para que Vola la encontrara, introdujo el resto de los objetos en la mochila, y fue renqueando hacia la cocina. Vola acababa de entrar.

La mujer colgó el sombrero en la percha y miró el fuego, y luego lo miró a él y a la mochila. El chico le pasó la hoja de periódico.

Vola lo contempló, y luego alzó la vista exigiendo una explicación.

El chico señaló el mapa.

—La zona que van a cerrar —dijo con la voz entrecortada—. ¡Está a menos de ocho kilómetros del lugar donde dejé a Pax!

—¿Estás seguro? Parece una zona muy grande...

—¡Seguro! ¿Ve este lugar vacío? Es un molino abandonado. Tiene las paredes muy altas, y se halla en un mirador sobre el río en el único punto en que puedes cruzarlo. El resto es un desfiladero. ¡El río! Ahí es donde combatirán por el agua. Mis amigos y yo solíamos jugar a la guerra en el molino. Decíamos que era el lugar perfecto para una emboscada. ¡Jugábamos a la guerra! Dejé a Pax en la carretera que llevaba hasta allí, pensando que sería un lugar...

La palabra «seguro» se le quedó atragantada. Se lanzó hacia la percha para coger la sudadera.

—Detente. Se están preparando para el combate. No hagas locuras.

—No es ninguna locura. Es lo que tengo que hacer. Ahora lo sé. ¿Se acuerda

de lo del queso? Me preguntó de qué clase me gustaba, y yo no lo sabía. A mi padre le gusta el cheddar, y es lo que solemos comer. Pero tal vez me guste algo diferente. Es lo que usted dijo: tuve un ataque de olvidar-quién-eres. Cuando abandoné a Pax, había olvidado lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero ahora lo sé. Sé que tengo que ir a buscarlo. Lo sé.

—De acuerdo. Tal vez tengas razón. Pero sigues yendo sobre una sola pierna, chi-co. Es imposible. Fíjate en la distancia que hay.

Vola se sentó a mirar el mapa.

—¡No! Ya he perdido demasiado tiempo. No quiero oír nada más.

—Un momento. —Vola levantó el papel—. Acércate. Quiero que veas una cosa.

Peter frunció el ceño, pero volvió tras sus pasos.

—Robert Johnson. El amigo conductor de autobús del que te hablé, el que echa al correo las cartas para tu abuelo. ¿Ves este punto de aquí? —Dio unos golpecitos en el rincón superior izquierdo del mapa que acompañaba al artículo—. Este pueblo es la última parada de su ruta. Pasa por aquí cada día a las once y diez, y llega al destino por la noche. ¿Y si le digo que mañana te recoja con el autobús? Así te ahorrarías por lo menos cuatrocientos kilómetros, y te quedarían unos sesenta para cubrir por tu cuenta. ¿Me escuchas, ahora?

Peter dejó caer las muletas y se hundió en la silla, con las piernas temblando de alivio.

—¿Haría eso por mí? Solo sesenta kilómetros... ¡eso no es nada!

—No. Sesenta kilómetros por bosques y montañas caminando con muletas es mucho. Calculo tres días como mínimo, y acabarás hecho polvo. Pero creo que puedes conseguirlo. ¿Te quedas esta noche, entonces? ¿Trato hecho?

Peter le estrechó la mano y la miró a los ojos.

—Trato hecho.

Al ver a Vola de aquella manera, con el rostro todavía marcado por el episodio del granero, supo que no podía dejar las cosas tan estropeadas como estaban. Y no tenía demasiado tiempo para arreglarlas.

—Trato hecho —repitió Peter—. Con tres condiciones.



La luna brillaba a través de los árboles tan llena y amarilla como los huevos que Pax había comido una semana antes. Mientras paseaba por la orilla del río, se le contraía el estómago.

En la semana y media que había transcurrido desde que sus humanos lo habían abandonado, solo tres veces había comido lo suficiente como para llenar el estómago, y la última (una pila de peces que se pudrían en la orilla) la había vomitado al cabo de unos minutos. Había recuperado el jamón escondido y había contemplado con orgullo cómo Erizada y Diminuto devoraban la carne, pero él no había probado ni un bocado. Y seguía sin tener suerte con la caza. Las reservas de grasa se agotaban. Le colgaba el pelaje y los músculos le quemaban.

Pax orientó el hocico hacia el campamento de los humanos, que, como siempre, lo torturaba con sus ricos olores a comida. En los días anteriores habían llegado más enfermos defensores de la guerra, y cientos de ellos se estaban concentrando más al sur. La tierra vibraba con su amenaza. Pero Pax estaba hambriento.

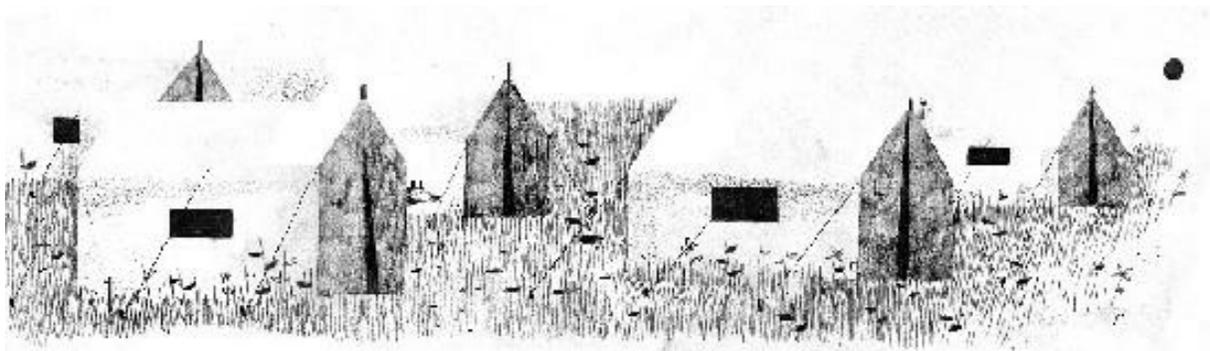
Miró hacia el lugar donde Erizada velaba el sueño de Diminuto y le hizo un gesto para indicarle que salía.

Pese a que podía ver el campamento justo por encima de donde se

encontraba, eligió la ruta de siempre, subiendo el desfiladero y superando la cresta de la montaña, porque sabía que los guardias del muro vigilaban el río.

Caminó sin hacer ruido sobre las rocas que emergían del agua, sin dejar huellas. Tras dejar atrás el silencio del campo devastado, levantó las orejas hacia los sonidos nocturnos. Ahora ya los conocía. Le resultaban reconfortantes. El silbido endeble de los murciélagos, los andares despreocupados de una mofeta, el trajín subterráneo de los ratones de campo, las llamadas distantes de los búhos; todos estos sonidos le hacían saber que no estaba cazando solo.

Pax, por su parte, no hacía ningún ruido. Había aprendido los secretos del sigilo con Gris y Erizada. Como una sombra, se deslizó más allá de la cima, bajó por la ladera y llegó a la tienda de las provisiones.



Aquella noche no colgaba del techo ninguna pieza de carne de fácil acceso, pero las mesas estaban repletas de verduras y de pan. Tiró al suelo una pieza de queso. El sabor era fuerte y extraño, pero tragó hasta que se le tensó el estómago. Cuando ya se disponía a regresar transportando un pedazo para Erizada, un olor familiar le hizo parar en seco. Mantequilla de cacahuete. Salía de una gran lata de metal. Pax dejó el queso. Se irguió para husmear el almacén. Como el cubo de basura en casa del chico, la lata prometía una gran variedad de sobras. Pero por encima de los olores combinados destacaba el

que ansiaba más que ningún otro. Los bigotes se le rizaron de placer. Retiró unos centímetros la tapa.

El tarro transparente yacía en lo alto del montón, con los laterales manchados todavía con el premio cremoso.

Pax metió el hocico bajo la tapa y mordisqueó cuidadosamente el armazón. Sabía por experiencia que era así como debía sujetar el tarro para que no le cubriera la nariz. Se separó del cubo de basura.

Y la tapa repiqueteó contra el suelo, como una alarma en el silencio de la noche.

Pax se escondió bajo la mesa y se quedó inmóvil, con el pulso acelerado.

Al otro extremo de la tienda, los faldones se abrieron. Entró un humano y encendió un rayo de luz. Por encima del aroma de la mantequilla de cacahuete, Pax reconoció el olor del hombre: era el padre del chico.

Pax levantó una pata, preparado para salir disparado en la dirección que pareciera más segura. El hombre recorrió la tienda con el haz de luz de la linterna. Cuando encontró a Pax y mantuvo el foco, el animal entornó los ojos pero no se movió. Ajustó las pupilas y vio que el hombre se agachaba para mirarlo fijamente. Pax permaneció petrificado, con la pata todavía alzada y el tarro entre los dientes, estudiando el rostro del hombre mientras el hombre estudiaba el suyo.

El hombre gruñó y se frotó la barbilla. Luego soltó una carcajada. Pax bajó un centímetro la pata, sin dejar de mirar al hombre, poniéndolo a prueba. El padre del chico volvió a reír, y luego se incorporó y levantó el faldón de la tienda. Metió la bota para sujetar la abertura.

Pax conocía la señal. El hombre solía utilizarla en la puerta de la casa de los humanos, para hacerlo volver al corral: «Pasa», quería decir. «Pasa ahora mismo y no te haré daño.» Era un pacto fiable. Pax pasó disparado por delante del hombre y salió al cobijo de la noche.

No aminoró la marcha hasta que llegó a la ladera de la montaña. Enterró el tarro y luego se agachó para observar el movimiento del campamento a la luz del amanecer. Aunque estaba seguro de que no lo seguía ningún humano, prefirió seguir hacia el este, dando un rodeo serpenteante durante media hora antes de volver a doblar y bajar hacia el río.

Diminuto estaba despierto cuando Pax llegó, y por primera vez desde la explosión, intentaba levantarse. Erizada le conminaba a volver a echarse.

Pero Pax vio que el zorro joven tenía los labios agrietados y los ojos hundidos. *Necesita agua.*

Erizada observó la orilla del río. Para un zorro sano eran apenas una docena de brincos pero ¿lo conseguiría Diminuto?

El pequeño zorro preparó las patas delanteras. Tensó los cuartos traseros para levantarse, y luego miró hacia atrás, sorprendido. La pata que había formado parte de él durante toda su vida, tanto como su propio olor, había desaparecido. Se inclinó y se olió la herida. Miró a Pax y luego a Erizada, como si buscara una explicación.

Una vez más, se esforzó por levantarse. Impulsado por la pata posterior que le quedaba, Diminuto rodó por encima del cuarto trasero herido con un gemido de dolor.

Pax dio un brinco y se colocó junto al costado herido del pequeño.

Diminuto se alzó de nuevo sobre las patas delanteras y después enderezó la pata trasera. Volvió a vacilar. Pero esta vez cayó sobre el flanco fuerte y alto del zorro más mayor, y no lloró. Se tambaleó, intentando recuperar el equilibrio.

Cuando lo consiguió, Pax dio un paso en dirección al río, y esperó.

Diminuto arrancó. Primero las dos patas delanteras. Luego un brinco arrastrando la pata trasera. Y se dejó caer sobre Pax.

Otra vez, Pax dio un único paso adelante. Otra vez, el pequeño zorro se

situó a su altura. Y otra vez. Y una vez más, hasta que dejó de tambalearse.

Erizada corrió hacia la orilla. Paso a paso, a pesar de la herida, Diminuto fue reduciendo la distancia hasta que se desplomó en la orilla del río y alargó el cuello para lamer el agua fresca.

Cuando hubo saciado la sed, agachó la cabeza, se le cerraban los ojos. Pero Erizada le mordisqueó. Pronto se haría totalmente de día. Era peligroso dormir al descubierto. Corrió río arriba hasta un banco de espadañas.

Diminuto la siguió cojeando. Seguía avanzando con torpeza, tembloroso y lento, pero no cayó al suelo ni una sola vez. Pax lo seguía a poca distancia. Cuando llegaron a las cañas, un crujido de arbustos procedente del río sobresaltó a Pax. Erizada también volvió la cabeza, con las orejas orientadas hacia el mismo punto de la orilla opuesta. Se acercaba algo grande. Diminuto ladeó la cabeza para olisquear un caracol.

Pax y Erizada retrocedieron hacia las cañas. Erizada llamó a su hermano. Diminuto no se volvió.

Un ciervo salió dando un brinco de la vegetación, adelantó las astas y se zambulló en el río provocando un gran chapoteo.

Erizada volvió a ladrar a su hermano, y él volvió a ignorarla.

El ciervo escaló la otra orilla y se dirigió a la hierba reluciente de la zona no devastada. Al borde del agua, levantó una pezuña. Cuando la posó sobre el suelo, la tierra se movió y la hierba se onduló. El ciervo tomó impulso, retorciéndose y sacudiendo el lomo.

Diminuto gritó de terror al notar el temblor del suelo. Erizada y Pax lo escoltaron hasta la fresca oscuridad de las cañas y lo consolaron hasta que comprendió que estaba sano y salvo.

Los zorros observaron a los soldados que bajaban corriendo por la colina, barrían la montaña con la luz de sus linternas, y luego regresaban. Con el sol rojizo elevándose sobre los pinos, grandes trechos de hierba del campo

resplandecieron y crepitaron. Trastabillándose, los ratones de campo buscaron el refugio de la ribera. Deslumbrados y desorientados, hubieran sido presa fácil para un zorro, pero Erizada los dejó pasar, como si obedeciera algún código que protegía a los que, como ellos, también estaban aterrorizados.

La hembra se irguió y contempló el campo humeante. *Tenemos que irnos de aquí. Ahora.*

Pax sabía que tenía razón. Salieron de debajo de las cañas. Erizada llamó a Diminuto, que estaba observando a un ratón desorientado. Ni siquiera movió las orejas hacia su hermana.

Y Pax lo comprendió. *No puede oír.*



Cuando Peter entró en la cocina, Vola ya estaba tomando el café. Era imposible que hubiera dormido más que él, porque la había oído salir hacia el granero en plena noche, y no había vuelto hasta casi la madrugada. Levantó la taza.

—¿Desayuno?

El chico negó con la cabeza.

Vola asintió y le quitó la mochila. Metió en ella una bolsa de papel.

—Cómete primero los bocadillos de jamón, el jamón se estropea. Te he llenado el termo, pero tendrás que estar atento a las fuentes. Mantén seca la escayola. Lo digo en serio. Envuélvela con una bolsa de basura, si llueve.

Dejó la mochila en el suelo y Peter se dio cuenta de que llevaba los dos zapatos.

—Vaya. Se ha puesto la prótesis.

Ella se levantó la pernera del mono de trabajo.

—Condición número uno.

—Estoy impresionado —consiguió decir Peter al cabo de un minuto—. Puñeteramente impresionado. ¿Dónde ha dejado la otra?

Vola hizo un gesto hacia la butaca.

—No sé qué hacer con ella. ¿Se la pongo al espantapájaros?

—Al espantapájaros no —respondió Peter, con convencimiento. Se encaminó a la chimenea—. ¿Recuerda la historia del fénix? Todas sus pertenencias arden en el nido.

Vola suspiró, pero lo siguió. Peter removió las cenizas y añadió un poco de leña. Vola acercó la pierna de madera. De un modo curioso, parecía más pequeña que antes. Al ver las correas de cuero, Peter pensó en las que ataban los pies y las manos de las marionetas.

—¿Todo bien?

—Sí.

Vola echó la pierna de madera a las llamas, y ambos observaron cómo quemaba.

Vola fue la primera que dio media vuelta y se alejó.

Peter se dio cuenta de lo ligeros que eran sus andares con la prótesis. Era imposible distinguir que la llevaba. Colocó la rejilla en la chimenea. Cuando ella volviera a casa por la tarde, no habría más que un montón de cenizas.

—¿Le parecen bien las otras dos condiciones? —preguntó, siguiéndola hasta la cocina.

—En la biblioteca lo sabremos. De momento ya he cargado el tractor.

—¿El tractor?

—¿Cómo vamos a transportar veinte marionetas al pueblo?

—¿Vamos a ir a la biblioteca en tractor?

—Vamos a ir a la biblioteca en tractor. A no ser que tengas una alfombra mágica y no me lo hayas contado. Y habrá que darse prisa para poder coger el autobús... ¿Estás listo?

—Sí. Tengo todo lo que necesito.

—Bueno, no todo.

Metió la mano detrás de la puerta y sacó un objeto que sorprendió tanto a Peter, que fue incapaz de responder.

—Sabes lo que es, ¿verdad?

El bate de béisbol estaba tallado con una perfección suave y asombrosa, el peso era tan sólido y equilibrado que pareció que el mundo se ralentizaba cuando lo levantó.

—Lo ha hecho usted. Pero yo no necesito...

—Yo creo que sí. Tal vez, cuando llegues a tu destino, comprendas la razón.

Peter no quería el bate. Pero Vola se había pasado la noche tallándolo para él, y parecía muy orgullosa. Tal vez hubiera llegado el momento de volver a tener uno. Se sostuvo sobre las muletas y lo balanceó a cámara lenta.

Y el otro mal recuerdo le impactó como un relámpago.

La furia de los siete años. Un salvajismo que no podía controlar. El miedo tonificante de aquel salvajismo. La bola de cristal de su madre hecha pedazos por culpa de un golpe violento con el bate. Las lágrimas de la mujer («Tienes que controlar ese genio. No seas como él»). Los dedos ensangrentados, recogiendo los fragmentos de cristal de entre las rosas blancas. La vergüenza que lo invadió cuando la vio alejarse con el coche.

Metió el bate en la mochila. Encajaba como si aquel siempre hubiera sido su sitio. Engañoso.

Levantó la mochila. El recorte de periódico estaba en el suelo. Lo recogió. Y entonces se fijó en la fecha. Se derrumbó en la silla, abatido.

—¿Qué pasa?

—Lo sabía. —Peter le pasó el recorte por encima de la mesa—. Mi padre lo sabía. Hace doce días que se publicó. Sabía lo que iba a pasar cuando abandonamos a Pax. —Le dolía respirar, como si tuviera cristales en los pulmones—. Cuando le pedí que dejáramos a Pax en la vieja carretera del molino porque era un lugar seguro, él ya lo sabía.

Le ardían las manos. Miró hacia abajo. Había cerrado los puños. Se obligó a abrirlos.

—¿Cómo pudo hacer una cosa semejante?

Vola se le acercó, sin dejar de observarlo.

—Lo siento. Es horrible.

El chico apretó la mandíbula. ¿Podían romperse, los dientes? Se obligó a abrirla.

—¿Cómo es posible que alguien haga eso?

—Sé que estás enfadado...

Peter había vuelto a cerrar los puños, y las uñas se le clavaban en las palmas doloridas. Las colocó entre las rodillas.

—No. Se lo he dicho mil veces. Yo no me enfado. No soy como él. No voy a ser como él.

Vola tomó asiento.

—Ah. Ya veo. Ahora lo entiendo. Pero no creo que te sirva de nada. Eres humano, y los humanos sentimos ira.

—Yo no. Demasiado peligroso.

Vola echó la cabeza hacia atrás y ladró con su risa estruendosa.

—Deja que te diga una cosa. Todos los sentimientos son peligrosos. El amor, la esperanza... ¡Ja! ¡La esperanza! ¿Hablas de cosas peligrosas? Pues no, no puedes evitar ninguna de ellas. Todos albergamos una bestia llamada ira. A veces nos puede resultar útil: muchas cosas buenas surgen de la ira hacia las cosas malas; muchas cosas injustas se vuelven justas. Pero antes debemos aprender a civilizarla.

Peter notó que se le cruzaban los cables.

—Solo por una vez, ¿podría no decirme que me busque la vida para aprender las cosas? Solo por una vez, ¿sería mucho pedir que me ayudara? Por el amor de Dios. Estoy a punto de irme. Usted tiene todo esto —señaló con la mano levantada el tablón de anuncios—, toda esta sabiduría. ¿Tanto le costaría despedirme con algún consejo?

—¿Quieres un cartón de bingo filosófico para el viaje? De esos que dicen: «Cuando huelas la miel en el bosque, corre porque el oso no estará demasiado lejos»?

—Supongo que sí. Pero en serio.

—Pues te lo digo en serio. No dispongo de ninguna verdad mágica que pueda guiarte. Es tu viaje, no el mío. Pero ahora que lo mencionas, sí que tengo una tarjeta para ti.

Arrancó una del tablón y se la pasó al chico.

—Está en blanco.

—Ahora sí. Pero en un viaje como el que estás a punto de emprender encontrarás algo con que llenarla. Tu propia verdad, una verdad que descubrirás por tu cuenta.

De pronto Peter se sintió agotado, como si llevara años manteniendo la rigidez. Llevaba mucho tiempo solo.

Vola lo observó.

—En este mundo, la unidad siempre está en funcionamiento, chi-co. Dos pero no dos. Está siempre ahí, echando raíces, susurrando. Yo no puedo formar parte de ella, es el precio que debo pagar por haberme retirado. Pero tú sí que puedes. Puedes vibrar al ritmo de sus latidos. Tal vez no tengas compañía. Pero no estarás solo.

—¿Y si me pierdo?

—No te perderás.

—Creo que tal vez me haya perdido ya.

Vola alargó la mano sobre la mesa, le puso las manos sobre la cabeza y presionó.

—No. Te has encontrado.

Se levantó y Peter notó que le daba un beso en el pelo al pasar.

El tractor no era tan incómodo como hubiera cabido esperar. En cambio, era lento, inestable y ruidoso, tan ruidoso que les era imposible hablar, pese a que iban sentados el uno al lado del otro. A él ya le convenía, porque tenía muchas cosas en que pensar. Cuando hubieron salido al terreno más liso de la carretera principal, Vola permaneció en silencio, y Peter dedujo que ella también tenía la mente ocupada. Pero cuando le señaló un halcón que sobrevolaba el vehículo, el chico recordó algo que siempre le había querido preguntar.

—¿Qué hay entre usted y las aves? ¿Por qué lleva siempre plumas?

Vola se tocó el pelo y sonrió.

—*Ti Poul*. Cuando nací, mis padres pensaron que parecía un pájaro. Tenía el pelo en punta como si fueran plumas, el cuello larguirucho y todo el rato gimoteaba pidiendo comida. En parte soy haitiana, en parte criolla, en parte cherokee, y en parte muchas otras cosas. Todos estos pueblos veneran a los pájaros en sus culturas, se dieron cuenta mis padres. Y por eso me pusieron Vola, que significa «volar» en italiano. Pero me llamaban *Ti Poul*, que en criollo haitiano significa «pollito».

»Las gallinas me dan plumas y huesos, y yo me los pongo para recordar que, cuando nací, alguien me vio como un pájaro. Eso es todo, la historia no da mucho más de sí.

Pero era una buena historia, pensó Peter. Y explicaba la expresión que solía dibujarse en su rostro cuando levantaba al Roc. No le sería fácil renunciar a él.

Echó la vista atrás y observó los cuatro cajones rudimentarios de madera de pino que contenían las marionetas apiladas, sujetadas con correas a la parte posterior del tractor. Esperaba que Vola no pensara que parecían ataúdes. Las asombrosas marionetas que había fabricado estaban a punto de cobrar vida.

Una vida auténtica, en el mundo real, que no tendría nada que ver con la penitencia que la mujer les había impuesto.

Y tal vez Vola también cobraría vida. Pero quizá esto ya fuera pedir demasiado. El chico se hacía todas estas preguntas cuando el tractor se detuvo traqueteando en el aparcamiento de la biblioteca, ocupando el espacio de tres coches.

Vola bajó del vehículo y levantó una de las cajas. Peter la siguió, pero al llegar a los anchos escalones de ladrillo se detuvo y le dio un golpecito en el hombro.

—Un momento —susurró—. Ahí dentro debe andar con un poco de cuidado...

—¿Cuidado?

—Me refiero... al lenguaje. ¿Sabe?

Vola se lo quedó mirando con la expresión vacía. Si quería decirle algo, tendría que hacerlo con todas las letras.

—No es el tipo de sitio donde la gente diga «puñeteramente».

—Lo que faltaba. Lo sé perfectamente, chi-co.

El tono era fulminante, pero en su voz había un deje de simpatía. Peter abrió la puerta y la mujer entró como un vendaval.

La bibliotecaria parecía un revoltijo de joyas: pañuelo de color coral resplandeciente, blusa de seda dorada, falda azul brillante. Sonrió al ver a Vola entrar y colocar el cajón sobre una mesa, y al abrirse la tapa, su boca dibujó una O perfecta. Peter recordó que él también se había quedado sin habla la primera vez que había visto las marionetas. Retrocedió hacia la puerta para dejar un poco de privacidad a Vola.

Las nubes de la mañana se habían disipado, y el cielo era tan luminoso que dañaba los ojos. Los sonidos también parecían más brillantes que de costumbre, o tal vez era por el silencio en que había pasado la semana

anterior. Un perro que ladraba, dos mujeres charlando, frenos de bicicleta chirriando, niños chillando en un patio junto al aparcamiento. Había echado de menos todos aquellos sonidos. Había echado de menos el mundo. Se preguntó si Vola lo echaba de menos continuamente.

Se acercó un rato a ver cómo jugaban los niños. La mayoría de ellos corrían descontroladamente, subiendo y bajando de los bancos y golpeando los columpios en una suerte de juego inventado. Una niña con el ceño fruncido y una cola de caballo de color paja estaba cavando en un cajón de arena, pasando meticulosamente palada tras palada de un montón al otro. Sentado en una esquina del arenal, con una expresión aburrida y la cabeza apoyada en un guante de béisbol, había un chico con una camiseta roja descolorida.

El torpedero. Del entrenamiento de béisbol.

Peter se acercó un poco más.

—Hola.

El chico alzó la mirada, y se puso de pie, listo para la pelea. Hizo un gesto hacia las muletas de Peter.

—Me preguntaba por qué no habías aparecido.

—¿Cómo os fue?

El torpedero hizo un gesto burlón.

—Como si no supieras que nos disteis una paliza. —Cogió la pala de la niña y le entregó una sudadera de color rosa—. Venga. Vámonos a casa.

—Espera. —Peter sintió una oleada de pánico. Tal vez vivir como un ermitaño durante una semana ya lo había convertido en un tipo raro. Pero el otro chico estaba sacando a su hermana del cajón de arena y se iban a ir, y él todavía no podía permitir que eso pasara.

—¡Espera! ¿Sabes ese momento en que estás en el campo y sabes lo que debes hacer, y estás preparado? ¿Cuando el partido está a punto de empezar y el guante se convierte en parte de tu mano, y estás exactamente donde debes

estar? ¿Esa sensación? ¿Crees que eso es la paz?

El chico miró a Peter con el ceño fruncido. Sacudió la cabeza como si quisiera borrar el episodio entero, y luego empezó a alejarse, tirando de su hermana con la mano. Peter no pudo hacer más que contemplar cómo abandonaban el parque infantil, con la sensación de que se le acababa de escapar algo valioso.

En la puerta del parque, sin embargo, el torpedero se volvió. Estaba bastante lejos, pero no parecía ya tener el ceño fruncido. Levantó la mano y mostró dos dedos haciendo el signo de la paz. Peter le contestó con el mismo gesto.

En el interior, la bibliotecaria estaba vaciando el último cajón. Media docena de chicos habían aparecido de la nada, miraban con los ojos muy abiertos y sonreían cada vez que la mujer sacaba una marioneta. Vola se había quedado a un lado, observando. Se volvió para irse en cuanto vislumbró a Peter.

Peter cruzó una muleta para bloquearle el paso.

—¿Condición número tres? —preguntó, mirando de nuevo a la bibliotecaria. Vola le dirigió una mirada que era una mezcla de irritación y aceptación desganada de la derrota. Se volvió hacia la bibliotecaria.

—He olvidado decirte, Bea, que volveré una vez a la semana. Para enseñar a los niños cómo utilizarlas.

Bea Booker sonrió. Una sonrisa lenta que le recordó a Peter el caramelo fundido.

—Eso sería genial.

Vola se dirigió a la puerta, Peter volvió a cortarle el paso.

Vola puso las palmas hacia arriba.

—¿Qué pasa, ahora?

El chico levantó dos dedos.

—¿Qué? Por el amor de... De acuerdo. —Volvió hacia la mesa—. Bea. Dos veces a la semana. Vendré dos veces a la semana, para enseñar a los chicos.

La bibliotecaria esbozó una gran sonrisa.

—A los niños les encantará. Además, será un placer verte más, Vola. Y tal vez podríamos ir a tomar ese café, a la salida.

Una niña pequeña con trencitas decoradas con cuentas tiró del mono de trabajo de Vola. Señaló al elefante.

—¿Cómo se le hace bailar? —preguntó.

Peter aguantó la respiración. Pero en vez de sermonear a la niña para que descubriera las cosas por sí misma, Vola se agachó para estudiar el elefante. Peter se dio cuenta de que el movimiento era más suave, con la prótesis nueva. Ahora disponía de una articulación para el tobillo. Algo tan sencillo como ser capaz de flexionarlo. A cuántas cosas había renunciado.

—¿Qué te hace pensar que quiere bailar? —preguntó Vola.

—Lleva las uñas de los pies rojas, como yo. —La niña movió los dedos en sus sandalias amarillas. Luego levantó la mano para acariciar las plumas entretejidas en las trenzas de Vola.

Vola dio un brinco al notar el contacto, y Peter volvió a contener la respiración. Pero la mujer alargó la mano y acarició el pelo de la niña.

Luego señaló el reloj de encima del mostrador, que estaba a punto de dar las once.

—Ahora tengo una cosa importante que hacer, pero volveré dentro de media hora. Si todavía estás aquí, pensaremos cómo podemos hacerlo bailar.

Para cuando recogieron la mochila de Peter y atravesaron la calle, el autobús ya estaba estacionado en el andén. Mientras Vola se dirigía al mostrador de venta de billetes, Peter se acercó al grupo que esperaba para subir. Un

escalofrío le recorrió la columna vertebral. Era la misma emoción que lo invadía cada vez que el árbitro gritaba «¡A jugar!».

Vola entregó el billete a Peter. Dentro de su mano, parecía demasiado pequeño para el poder que contenía.

—Voy a llegar hasta allí, y voy a encontrar a Pax. Gracias.

La puerta del autobús se abrió con un crujido y Vola se inclinó hacia el interior. Señaló al conductor con un dedo de advertencia.

—Robert, este chico es de la familia. Ha venido a visitarme y ahora vuelve a casa. Asegúrate de que llega sano y salvo.

Se apartó y una pareja de señores mayores empezó a subir trabajosamente a bordo. Peter desplazó la mochila y las muletas. Dio un paso hacia el autobús. Luego se volvió.

—¿Soy de la familia?

—Nunca he estado tan segura de algo. Y ahora sube al autobús.

Los escalones eran altos, pero Peter los superó con facilidad. Se sentó en uno de los asientos delanteros y levantó el pulgar hacia Vola a través del vidrio mugriento. Se sentía fuerte. Estaba preparado. Pero cuando el conductor liberó el freno de mano, se agarró al reposabrazos. Le iba a hacer mucho daño ver cómo Vola se hacía cada vez más pequeña.

Vola le hizo un gesto para que bajara la ventanilla cuando el autobús se puso en marcha con un rugido.

—¡Chi-co —gritó mientras el vehículo se separaba de la cuneta—, dejaré la puerta del porche abierta!



Pax cavaba.

Desde que había trasladado a Diminuto garganta arriba, Pax y Erizada se habían ido turnando para vigilarlo, un pacto de protección. Serían sus fuertes patas traseras; serían sus oídos. Diminuto estaba seguro y dormía dentro de la guarida de marmota abandonada que Erizada había agrandado para él. Aun así, Pax estaba ansioso. Algo iba a pasar. Cavaba mientras hacía guardia frente a la madriguera. Se le habían endurecido las patas. Ya no sangraban.

Cuando Erizada regresó de cazar, dejó caer una ardilla listada delante de él. Pax se volvió de espaldas, aunque no había comido nada desde hacía dos noches, cuando probó el queso. No quería quitarles el alimento a Erizada ni a Diminuto.

Erizada enterró la ardilla y luego se echó junto a la guarida para iniciar su turno de vigilancia.

Pax salió a pasear una vez más por el perímetro del claro. El emplazamiento era bueno: aunque estaba cerca del campamento, era lo suficientemente alto como para ofrecer seguridad respecto a la tierra explosionada junto al río. Los enebros que rodeaban el claro los protegerían. Y lo más importante, ayudarían a disimular sus olores. A poca distancia, un chorro de agua clara goteaba por la fisura de una roca y la hierba estaba llena

de presas.

Pero había algo que no cuadraba. Se acercaba algo. Pax recorrió la corta distancia que separaba los árboles de la cresta de la montaña por encima del campamento.

El encuentro con el padre del chico lo había vuelto demasiado cauteloso para intentar otra incursión. Pero al mismo tiempo se sentía más atraído por el campamento. El gesto del hombre (la brusca patada con la bota para abrir la tienda, con sus mensajes enfrentados de buena voluntad y amenaza) le habían recordado que necesitaba proteger al chico. Y si el hombre vivía en el campamento, seguro que Peter llegaría tarde o temprano.

Era media tarde. Pax observó a los enfermos defensores de la guerra que se desplegaban a lo largo de la orilla del río, desplegando más cables, cavando más hoyos y enterrando más cajas oscuras bajo el sol abrasador. El olor de su sudor contenía una agresividad diferente.

No obstante, el peligro que sentía era más inmediato. Era más primitivo. Regresó corriendo y volvió a recorrer el claro.

Cuando vio que Diminuto sacaba la cabeza de la guarida, parpadeando, Pax corrió a examinarlo. No supuraba sangre de la herida y olía a limpio. Diminuto había ignorado la comida que Erizada le había desenterrado. Pax se dio cuenta de que tenía sed. *Lo llevaré a la fuente.*

Erizada empezó a seguirlos, pero luego se sentó y se limitó a observar atentamente cómo se alejaban.

Cuando regresaron, Diminuto volvió a meterse en la madriguera. Pax se instaló delante (la entrada a la guarida de la marmota era demasiado grande, demasiado abierta, y se sentía mejor cuando hacía guardia allí), pero Erizada lo llamó. *Ven conmigo. Mira.*

Se adentró en la hierba, con los pasos silenciosos, la cabeza gacha y el vientre pegado al suelo. Pax la siguió con el mismo sigilo. En medio del claro

la hembra se detuvo en seco, con las orejas hacia delante, y se volvió para mirarlo rápidamente.

Pax lo oyó. Un ligero susurro bajo la red de hierba seca que cubría el suelo. Erizada lo siguió como si pudiera ver el movimiento. Entonces pegó un salto y se sumergió con las patas sobre la nariz, y salió de entre la hierba con un ratón entre los dientes.

Se lo comió de unos pocos bocados y luego siguió atravesando el claro, buscando. Se posó sobre los cuartos traseros, con la cabeza ladeada hacia la izquierda. *Ahora tú.*

Pax escuchó hasta que estuvo seguro de que había localizado el rumor excavador. Saltó hacia lo alto, y luego enganchó las patas al hocico para atacar tal como lo había hecho Erizada. Aterrizó de golpe. Sin ratón. Se alejó de Erizada para limpiarse la tierra. Erizada siguió acechando. Pax la siguió, con la cabeza colgando, hasta que ella irguió las orejas hacia otro ligero rumor.

Una vez más, se echó a un lado mientras Pax intentaba el salto. De nuevo, no consiguió atrapar ningún ratón.

Erizada observó a Pax mientras él se quitaba la tierra de las mejillas. *Sígueme.*

Pax volvió a caminar tras ella sin hacer ruido hasta que la zorra se detuvo abruptamente y se agachó. Delante de ellos había un agujero. Se olía el aroma reciente de muchos ratones. Erizada la advirtió que se echara atrás. *No te muevas. Mira.*

Erizada reptó hacia delante. Delante del hoyo se tumbó y colocó la cabeza sobre las patas. Entornó los ojos y relajó todo el cuerpo, como si estuviera profundamente dormida.

Pax se sorprendió. Creía que todavía le estaba enseñando a cazar. Se incorporó. Erizada le hizo una advertencia con la cola chamuscada. *Quédate.*

Pax volvió a agacharse.

Durante un buen rato, no pasó nada. Entonces Pax captó un levísimo susurro en la abertura de la madriguera. Con el hocico tembloroso probó el aire, y luego se retiró. Otro largo rato, y el ratón reapareció. Sus movimientos eran tan ligeros, tan alertas, que Pax supo que apenas se encontraba a un bigote de distancia. Erizada no se movió, a excepción de un guiño del párpado para alertar a Pax.

El ratón apareció y se retiró dos veces más. Entonces, seguro de que el zorro estaba durmiendo, corrió para ponerse a cubierto. La pata veloz de Erizada salió disparada y llevó al ratón desdichado hacia sus colmillos.

Pax comprendió.

Erizada se retiró para acompañar a Diminuto, y Pax trotó hacia el claro, ansioso por dar con el hoyo que le permitiera intentar el movimiento. Encontró uno al lado de un tronco podrido y absorbió el fuerte aroma de una colonia de ratones de campo. Se colocó a una pata delantera de distancia.

La excitación le impedía quedarse absolutamente quieto, pero por fin un ratón salió a la entrada y olisqueó el aire. Como la presa de Erizada, el ratón volvió a meterse como una centella dentro del hoyo al ver al zorro. Como la presa de Erizada, volvió a salir hasta que estuvo convencido de que Pax estaba dormido, y entonces empezó a correr.

Pax no era tan rápido como Erizada. Pero consiguió golpear al ratón, y cuando este intentó ponerse de pie, volvió a intentarlo. Y atrapó a su primera presa.

Era una comida frugal, pero cada bocado era como una corriente caliente que atravesaba el cuerpo de Pax. La vida del ratón se fundía con la suya. Se le hincharon los músculos.

Salió disparado y comenzó a correr alegremente por el claro, pasando junto a Erizada como un fognazo de piel roja. La zorra se enderezó para

contemplantlo. Pax volvió a acelerar, apenas rozando el suelo, pero no era suficiente celebración.

En el centro del claro había un gomero viejo y retorcido. Las ramas más bajas se alargaban sobre una hondonada, las ramas superiores estaban teñidas de azul por los arrendajos que comían.

Pax voló hacia el tronco. Se encaramó con facilidad a la primera rama baja y mantuvo el equilibrio. Entonces, paso a paso, con precaución, empezó a caminar a lo largo de la rama.

Las hojas crujían a su alrededor como estrellas verdes que quisieran darle la bienvenida. A través de las hojas, miró asombrado hacia abajo. El mundo había cambiado. Desde este punto de observación podía ver los árboles que coronaban la cima hasta el campamento y el río en la lejanía. La hierba de la pradera, que un momento antes había cepillado sus hombros, ahora se había allanado hasta convertirse en un gran cuenco de color verde. Los pájaros bajaron a molestarlo.

Pax recordó el vuelo de Diminuto. Enroscó el cuerpo. Entonces se lanzó, alargando y alargando las patas, sintiendo cómo el aire le rizaba el pelo de la barriga. Aterrizó con ligereza, echó la cabeza hacia atrás y ladró de felicidad.

Este mundo nuevo le pertenecía. Podía viajar por él, y podía alimentarse de su abundancia cuando se le antojara. Formaba parte de todo ello, era libre. Pero no estaba solo.

Pax se apresuró hacia el lugar donde había enterrado el frasco de mantequilla de cacahuete y lo desenterró. Regresó con él y lo depositó delante de Erizada y Diminuto, que dormitaban a la entrada de la madriguera al calor de los últimos rayos del sol de la tarde.

Ambos se reanimaron al instante al sentir aquel olor extraño. Erizada fue la primera en levantarse.

Empujó el tarro con el hocico y brincó de sorpresa al verlo rodar. Lo

olisqueó por delante y por detrás y lo probó con la lengua. Solo necesitó un lamido. Erizada inmovilizó el frasco entre las patas y se puso a lamer con avidez, limpiando la mitad superior en cuestión de segundos. Introdujo el hocico más adentro.

Pax había hecho lo mismo. *Ten cuidado. Puedes quedarte atrapada.*

Demasiado tarde. Erizada dio un brinco. Sacudió la cabeza de lado a lado, pero el frasco se le había quedado encallado. Saltó sobre las patas traseras, intentando desencallararlo con las garras delanteras, pero no paraba de tropezar.

Diminuto observaba la escena, asombrado. Era la primera vez que su hermana perdía la compostura.

Pax se acercó, dispuesto a ayudar. Pero Erizada se alejó de él. Lo haría ella sola. Por fin, rodó boca arriba y tiró del frasco con las patas traseras hasta desencallararlo. Se sacudió y volvió a paso ligero a la entrada de la madriguera, con la cabeza y la cola levantadas. Se tumbó junto a Pax y procedió a limpiarse.

Erizada nunca se había sentado tan cerca de él, con el flanco cómodamente recostado contra el suyo. Nunca había despedido un olor tan amistoso. Una mancha marrón sobre la mejilla blanca de Erizada le llamó la atención. Sin pensar en las consecuencias, se acercó y la lamió.

Y Erizada lo permitió.

Pax le limpió las orejas, el cuello y el hocico. Y al cabo de un rato, Erizada le devolvió los cuidados. Mejilla contra mejilla, los dos zorros se acicalaron mutuamente. Erizada se detuvo a olisquear profundamente a Pax. *Ya no hueles a humanos.*

Pax no respondió. Se levantó para examinar el aire. Con el crepúsculo, algo peligroso había penetrado en el claro. Un olor animal que no reconocía pero que temía. Se desvaneció tan pronto como hubo aparecido, pero Pax aulló a Diminuto.

Entra en la guarida. Ahora mismo.



—¡Chico!

Peter se dio la vuelta con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse. Estaba seguro de que la estación de guardia estaba vacía, había vigilado durante diez minutos para asegurarse de ello antes de salir del lugar donde se había escondido.

Un soldado salió de detrás de un camión. Señaló con la culata del rifle la señal atada con una cadena a la barricada. PROHIBIDA LA ENTRADA. Peter se irguió todo lo que pudo sobre las muletas. Llevaba dos días sin hablar con nadie. Dos días desde que el conductor del autobús le había dicho «No sé exactamente lo que te propones, hijo, pero dudo que sea una buena idea. Si quieres, puedes volver conmigo esta noche. No sería ninguna vergüenza», y Peter había respondido «No, gracias», porque sí que hubiera sido una vergüenza regresar, y entonces el conductor había dicho: «De acuerdo, pues», y le había dejado bajar.

Aquella noche, ni un alma le había dirigido la palabra. El pueblo se encontraba en el perímetro de la zona evacuada, y las pocas personas con las que se cruzó bajaron la mirada, aceleraron, como si no pudiera permitirse contactar con nadie que pudiera necesitar ayuda. «Aquí ya no sobra nada», parecían decir con la expresión. «Ya lo hemos perdido todo.»

Al día siguiente, desde el amanecer hasta la puesta del sol, y durante la mayor parte de aquella mañana, había avanzado por las carreteras atravesando pueblos vacíos, escuelas y patios infantiles abandonados y barrios tenebrosamente silenciosos sin el chirrido de las bicicletas, las radios de los coches y los juegos de pelota. El único ruido habitual había sido el del agua saliendo de las mangueras de los jardines cuando llenaba el termo.

No había visto seres humanos, pero había visto los animales que iban abandonando. Un poni asustadizo, levantando con los cascos la hierba delante de una iglesia. Perros que lo miraban de manera amenazante desde detrás de unos contenedores de basura. Docenas de gatos flacos, huidizos, con los costados huecos como cucharas.

—¡Eh, chico!



El soldado se acercó un poco más. Observó las muletas hechas a mano de Peter, la escayola rugosa, la ropa sucia.

—Evacuamos esta zona hace dos semanas. ¿Dónde has estado, no lo sabías?

—Ya lo sé. Pero he dejado a alguien ahí abajo. Voy a buscarlo.

—Tómalo con calma. Lo hemos comprobado. Todo el mundo se ha ido.

—No es una persona.

Peter levantó la barbilla, desafiando al soldado a decir que era un detalle importante.

En cambio, el rostro del soldado cambió, se volvió de alguna manera más joven, y Peter pensó que no debía de hacer mucho que había acabado el instituto. Volvió a colocar el rifle en el cabestrillo.

—Yo tengo un perro. Se llama Henry.

Permaneció callado durante un minuto, mirando carretera abajo, como si esperara que el perro fuera a aparecer de un momento a otro. Luego se volvió hacia el chico y suspiró.

—No creo que nadie lo saque a pasear. Mi hermana me prometió que lo haría, pero trabaja. ¿Quieres ver una foto?

Antes incluso de que Peter asintiera, el soldado ya había sacado la cartera. Le mostró una foto. Un beagle. Un beagle normal y corriente. Peter notó que le dolía la garganta. Las esquinas de la foto estaban muy gastadas, descoloridas. El soldado la debía de haber sacado muchas veces.

—Este es Henry. Me lo regalaron cuando cumplí ocho años. Tiene mal las caderas, pero le sigue gustando pasear, ¿sabes? Todavía le gusta husmear ardillas y otras cosas. Se lo dije a mi hermana, pero... Henry no puede comprender a dónde he ido, esa es la cuestión. Es capaz de esperarme todo el día en la puerta de casa. ¿Cómo es el tuyo? Vigilaré a ver si lo veo.

—Pax no es... —Peter se detuvo. Si no tenía importancia que Pax no fuera una persona, ¿por qué tenía que importar que no fuera un perro?—. Es rojo.

Con las patas negras.

—¿Qué tamaño tiene? Por aquí hay coyotes. Tienen cachorros. Si encuentran a un perro pequeño, son capaces de acabar con él.

—Es bastante pequeño. —Peter cambió el peso del cuerpo para descansar las palmas de las manos, llenas de ampollas—. Por favor. Vengo de muy lejos para encontrarlo.

El soldado volvió a mirar la foto antes de introducirla nuevamente en la cartera. Cuando miró de nuevo a Peter, parecía mayor.

—Los estamos reteniendo. Pero se acercan. Si te metes ahí, tienes que volver mañana. —Señaló las muletas de Peter—. ¿Podrás hacerlo?

—Sí. Entonces... ¿me dejará pasar?

El soldado miró alrededor y se inclinó hacia él.

—Patrullamos a cada hora por esta carretera, pero solo vigilamos las entradas principales de los caminos. Todavía no hay nadie estacionado en el bosque. Si te internas veinte metros, nadie te detendrá. Pero escúchame: si te pillan, yo no he dicho nada de esto. Y ahora, largo de aquí.

—Gracias.

Peter dio media vuelta y se dirigió al bosque antes de que el soldado pudiera cambiar de opinión.

—Chico. Espero que lo encuentres.

El bosque estaba en silencio, pero allí el silencio era algo positivo, natural, y se veía roto por el sonido de cosas salvajes, lo que parecía prometedor. En él, Peter podía imaginar el pelaje rojo de Pax centelleando entre los árboles. En él, si él gritaba, era fácil imaginar un ladrido de respuesta. Esos pensamientos le levantaron el ánimo hasta tal punto que casi le hicieron olvidar el dolor de las palmas y las axilas, que sangraban en carne viva.

Durante una hora se arrastró por un terreno tan mullido a base de agujas de pino caídas, que parecía elevarlo. Al oír el rugido seco de un jeep, se escondió detrás de un arbusto hasta que hubo pasado. En adelante, caminó a lo largo del borde de la carretera, seguro de que cuando pasara otra patrulla, tendría tiempo suficiente para ponerse a cubierto.

Y entonces llegó al lugar.

Lo que reconoció no fue una marca concreta, ni el modo en que la carretera se enderezaba al terminar la curva. Era la sensación de traición que le invadía. En aquel lugar había hecho algo terrible, y el lugar se lo recordaba.

—¡Pax! —gritó, sin importarle que alguien lo oyera. Que vinieran los jeeps, que viniera el ejército entero. No pensaba irse de allí sin el zorro—. ¡Pax!

Como respuesta a sus gritos, el silencio se hizo más profundo. Más que prometedor, se había vuelto ominoso.

Volvió a caminar por la carretera, llamando y con los ojos fijos en la cuneta de gravilla. Estaba seguro de que Pax llevaba el soldado de juguete en la boca cuando el coche había arrancado. Cuando Pax hubiera dado por perdido a Peter, habría dejado caer el soldado. Peter quería volverlo a tener en la mano, una prueba sólida de que el zorro había estado allí.

Caminó quinientos metros, casi un kilómetro, con los ojos gachos. Y luego se detuvo en seco. No iba a encontrar el soldado de juguete. Porque Pax no lo habría dado por perdido. Nunca. Pax nunca hubiera pensado que lo había abandonado, eran inseparables. Pax siempre lo había sabido. Era Peter quien había tenido que aprenderlo.

Si Pax no estaba allí, debía haber vuelto a casa para buscar a Peter, o lo habría intentado. Tal vez el río lo había bloqueado, pero tal vez no. Continuamente había perros que volvían a sus casas contra viento y marea. Pax era diez veces más inteligente que ningún perro, ¿por qué no tenía que haber encontrado el camino? Tal vez estaba allí ahora mismo.

En casa. Se encontraba a unos quince kilómetros al sudeste del viejo molino. Y el molino estaba probablemente a seis u ocho kilómetros al sur de donde se encontraba ahora.

De modo que se dirigiría al sur, llamando a Pax por el camino. El desfiladero junto al molino sería demasiado peligroso para transitarlo en la oscuridad, de modo que dormiría allí y al alba emprendería el descenso. Cruzaría el río en el lugar donde se ensanchaba enfrente del molino, y después de quince kilómetros más por caminos conocidos, estaría en casa.

—Espérame —dijo en voz alta—. Ya voy.



Pax se despertó sobresaltado. El chico estaba cerca.

Se levantó de un salto, despertando a Erizada, que dormitaba a su lado, y empezó a husmear el claro en busca del olor de Peter.

Nada. Pero estaba cerca.

Pax echó a correr a través de los árboles hasta llegar al desfiladero que daba al campamento. No vio ningún joven entre los enfermos defensores de la guerra. No oyó la voz de Peter entre los murmullos y los gritos. Bajó reptando por la ladera y rodeó el campamento acercándose lo máximo posible, husmeando en todas las direcciones. El chico no estaba allí.

Pero estaba cerca. Y se estaba acercando.

Pax regresó junto a Erizada y se tumbó. Pero no durmió.



Peter avanzó hacia el sur durante casi una hora, convencido de que Pax había seguido la misma ruta. Cuando salió de la vegetación del bosque, se detuvo y observó.

La enorme pradera bajaba durante al menos un kilómetro antes de allanarse en otro kilómetro y medio de campo ancho y verde. Desde la base del llano, la tierra se elevaba centenares de metros en escalones abruptos, como si la hubieran cortado con una azada gigantesca. Y más allá de ese punto, rodando hasta el horizonte, estaba la meseta boscosa que escondía el desfiladero.

Desde que se había despertado, había viajado nueve horas sin pensar en descansar ni una sola vez, pero ahora la asombrosa inmensidad de la distancia que le esperaba acabó con lo que le restaba de energía.

Soltó la mochila y cayó al suelo.

Nueve horas de agarrar las empuñaduras de las muletas habían convertido sus manos en zarpas agarrotadas. Se obligó a extenderlas y sintió que se le abrían las palmas en carne viva. El día antes le habían salido ampollas, habían reventado y se habían vuelto a formar. Vertió agua fresca del termo sobre la pulpa caliente de sus palmas y se dispuso a arrancarse las tiras de goma. Luego se colocó el par de calcetines extra sobre las manos y volvió a mirar.

Un movimiento a media altura del valle captó toda su atención. Algo

trotaba, brincando y hundiéndose entre dos árboles. Movimiento de zorro. Peter se puso de rodillas.

—¡Pax!

Volvió a verlo. Pero no, fuera lo que fuese, era tostado, no rojo.

Tostado. Tal vez un coyote.

El pensamiento fue como una inyección de adrenalina, y de pronto ya volvía a estar en movimiento, con la mochila a la espalda, las muletas traqueteando colina abajo hasta llegar a lo más profundo del valle en apenas media hora y a continuación se sumergía en el terreno más pantanoso, enfangado y lento, pero sin parar de moverse.

Y entonces vio cómo se erigía delante de él una roca vertical de más de tres metros. Los riscos eran mucho más altos de lo que parecía desde el otro extremo del valle.

Antes de darse tiempo para pensarlo mejor, Peter tiró la mochila y después las muletas hacia arriba y las oyó repiquetear contra una plataforma de piedra. Metió los dedos en una grieta y se impulsó. La escayola rozaba a lo largo de la pared rugosa de la roca, pero el entrenamiento de Vola le había proporcionado una gran fuerza en los brazos, y se equilibró en un punto de apoyo poco profundo. De allí, alargó el brazo para alcanzar un árbol saliente, luego buscó otra grieta en la roca y, finalmente, se aupó hasta la primera plataforma.

Necesitó una hora para escalar de este modo la montaña empinada: lanzando primero las muletas y la mochila y cargándose a sí mismo después. Cuando llegó a la cima, jadeando y empapado de sudor, cayó al suelo bajo un pino alto. Vacío el termo de un solo trago y comió el último bocadillo de jamón. Abrió el segundo paquete de Vola.

Mantequilla de cacahuete. A Peter se le cerró la garganta. Recordó la primera vez que Pax había encontrado un tarro vacío en la basura. Había metido el hocico tan al fondo que se le había quedado encallado, y Peter había

reído hasta dolerle la barriga. Devolvió el bocadillo a la bolsa, deseando haberlo encontrado el día antes para haberlo lanzado a los perros que merodeaban por los contenedores, y se volvió a levantar. Eran casi las seis de la tarde, y todavía le quedaba un buen trecho.

A medida que avanzaba, el recuerdo de los animales de ojos hambrientos, apareciendo y retirándose como fantasmas acusadores, le acompañaba. Deseaba poder decirles que conocía la sensación de que la única persona que te había cuidado de pronto se desvaneciera. Cómo, de pronto, el mundo parecía un lugar mucho más peligroso.

Había perdido a su madre. ¿Cuántos niños, aquella semana, se preguntó, se habían despertado para encontrar el mundo cambiado de ese modo, con los padres yéndose a la guerra, tal vez para no regresar jamás? Aquello era lo peor, por supuesto. Pero ¿y las pérdidas más pequeñas? ¿Cuántos chicos echaban de menos a sus hermanos o hermanas mayores durante meses? ¿Cuántos amigos habían tenido que decirse adiós? ¿Cuántos chicos pasaban hambre? ¿Cuántos habían tenido que abandonar sus casas? ¿Cuántos animales de compañía habían tenido que dejar atrás para buscarse la vida?

¿Y por qué nadie contabilizaba aquellas cosas? «La gente debería decir la verdad sobre el coste de la guerra», había dicho Vola. ¿Esas cosas no eran también el coste de la guerra?

De pronto, Peter se dio cuenta de que la oscuridad se cernía sobre él. Un poco asustado (debería haber buscado un buen lugar para instalarse a pasar la noche), dio una vuelta sobre sí mismo. La muleta izquierda se clavó en una zona de piedras sueltas. Se hundió precipitadamente y oyó un crujido cortante. Por un instante pensó que era la costilla, pero había sonado a madera. Aterrizó, sujetando aún la parte superior de la muleta. La parte inferior había ido a parar a dos metros de distancia.

—¡Maldición!

La blasfemia le salió de manera natural, parecía una palabra apropiada en ese momento. Intentó un par de juramentos más, y también le sentaron bien. Pero la manera en que el bosque cada vez más oscuro absorbía el sonido sin emitir respuesta lo intranquilizó, de modo que no dijo nada más. De todas formas no podía permitirse el lujo de desahogarse. Tenía que reparar la muleta y no le quedaba demasiada luz.

A su alrededor, los árboles lucían extremidades de madera dura que podía amarrar a las piezas rotas a modo de tablilla. Pero no tenía ninguna hacha para cortarla. Al sacar el bate de béisbol de la mochila para buscar la cinta adhesiva, se dio cuenta de que tenía la solución en la mano.

Alineó las piezas de la muleta, colocó el bate por encima de ellas y empezó a enrollar la cinta. Cuando terminó, probó la muleta con todo su peso. Se sostenía, fuerte y sólida. Deseó poder decirle a Vola que tenía razón: había necesitado el bate durante el viaje.

Volvió a arrodillarse junto a la mochila. El accidente ya había sido advertencia suficiente. Sacó las cosas que necesitaba para montar un campamento para pasar la noche, luego colocó un cuenco en la tierra y lo llenó de un montón de ramitas y hierba seca. Lo tocó con una cerilla encendida, y un pequeño fuego cobró vida con un chisporroteo.

Peter sostuvo la navaja sobre las llamas hasta que creyó que ya estaba esterilizada, y luego se abrió las nuevas ampollas que se le habían formado en las palmas de las manos. El dolor le hizo resoplar, pero se tranquilizó con algunos de los juramentos de Vola y respiró hondo hasta calmarse. El olor de la hierba lo devolvió a la cocina de ella, y se preguntó si debía de estar ahora allí. ¿Cómo debía de arreglárselas sin aquella pierna tan pesada que la anclaba al suelo?

Antes de dejar el cuchillo, lo sostuvo en alto. El reflejo de la última llama danzó a lo largo de la hoja. Recordó la primera vez que había visto el cuchillo

de Vola, el shock que le había causado cuando había cortado un pedazo de madera de la pierna. Peter se subió los pantalones. Presionó la parte plana del cuchillo contra la pantorrilla y trató de imaginarse cortando un pedacito de carne porque le ofendía, porque no era perfecta.

En ese momento aulló un coyote, y otro respondió desde la lejanía. Peter tembló. Hundió lentamente la hoja hasta que el borde frío le dobló la piel, y luego lo alzó. El corte medía apenas un centímetro, pero el dolor era intenso. Ahora veía que estar hecho de madera tenía sus ventajas.

El corte se cubrió de gotas. Cuando la sangre oscura empezó a gotear, dibujó la forma de un zorro saltando. Con la uña, trazó una nariz afilada, dos orejas. Una mancha salvaje con el pulgar para pintar el pelaje.

Pax. Mañana.

El juramento de sangre del zorro rojo.



Tres ratones llenaban el vientre de Pax y una marmota le colgaba de la boca, su primera gran presa. Serviría de alimento a Erizada y Diminuto para todo el día. Ansiaba poder dormir después de pasar toda la noche cazando, pero como de costumbre había trotado hasta la guarida dando un gran rodeo para confundir a los posibles depredadores. El rastro que había dejado la sangre de Diminuto cuando se habían trasladado ya era suficientemente fuerte como para marcar su vulnerabilidad.

Los primeros rayos de la mañana iluminaron las hierbas. Un movimiento le llamó la atención. Erizada. Estaba a varios cuerpos de distancia en el claro, en vez de aguardar en la plataforma de la madriguera de Diminuto, donde solía hacer guardia. Observó cómo brincaba fingiendo alarma y luego tropezaba pateando entre la hierba. Entonces vio algo todavía más sorprendente: la cabecita de Diminuto subiendo y bajando.

Diminuto había salido. Y estaba jugando.

Pax soltó la marmota. Llamó a Erizada.

Y Diminuto volvió la cabeza.

Pax llamó de nuevo, probando.

Y Diminuto respondió. Oía.

A Pax le invadió una sensación de alivio tan abrumadora que por un

momento no pudo moverse. Si antes solo había tenido sentimientos por un solo chico, ahora rebosaba de amor por aquella zorra de pelo erizado y su maltrecho hermano. Y estaban a salvo. Echó a correr por el claro. Erizada y Diminuto salieron a recibirlo en el punto intermedio. Se echó de espaldas, y Diminuto se le tiró encima. Pax hizo rodar con suavidad a Diminuto, atento a cualquier gemido de dolor, pero solo oyó ronroneos de placer.

Durante una hora, los zorros jugaron. Diminuto descansaba a menudo, y cuando lo hacía, los otros dos se detenían y lo flanqueaban. Como las hierbas que tenían al lado, los rostros de los tres zorros se alzaban al sol de la mañana.

Hasta que Erizada se puso en pie, dilatando los orificios del hocico.

Pax también lo había olido. El mismo olor amenazador que hacía dos días que lo mantenía en un estado de ansiedad. Pero ya no se trataba de un hilo delgado transportado por el aire. El olor era fuerte y se hacía cada vez más intenso.

¡Coyote! Erizada saltó hacia la guarida, pivotó hacia el claro y luego volvió a saltar hacia Diminuto. Pax no la había visto nunca tan asustada.

En aquel instante, los tres zorros orientaron las orejas hacia el mismo punto del bosque. Al fragor poco cuidadoso de ramas de una criatura que no necesitaba la ventaja del sigilo. En dirección norte, subiendo desde el desfiladero. En dirección al claro.

El coyote seguía el rastro de Diminuto.

Erizada empujó a su hermano con el hocico y gritó a Pax: *¡Protégelo!*

Pax acompañó a Diminuto al interior de la guarida. Desde la entrada, observó cómo Erizada se dirigía hacia el ruido, con cautela y las patas tiesas, y luego se detenía. Tensó las orejas, con la grupa levantada.

Y entonces, delante de ella, del sitio exacto donde los enebros seguían aplastados de haber arrastrado a Diminuto, surgió un coyote oscuro y pinto,

con la cabeza pegada al suelo.

Erizada ladró. El coyote levantó la cabeza. Erizada volvió a ladrar y saltó hacia el claro.

El coyote ladeó la cabeza y dio un paso hacia ella. Luego bajó el hocico para seguir de nuevo el rastro de Diminuto.

El instinto más profundo urgía a Pax a huir. El coyote era un macho alto y musculoso. Un zorro no era rival para un animal tan grande y agresivo. Pero un instinto más profundo le recordó que Diminuto estaba indefenso en la madriguera. Erizada también había ignorado el instinto de huir. Al contrario, se lanzó directamente hacia el coyote y le atacó el flanco.

El coyote se revolvió y sacó las zarpas, golpeando la pata trasera de Erizada. La zorra cojeó por el claro, gimiendo como si estuviera herida. El coyote la estudió, y luego se sacudió, reconociendo el ardid, y volvió a seguir el rastro.

Erizada volvió a atacar. Saltó hasta bloquear el camino del coyote y se enfrentó a él, con la columna vertebral arqueada. Su garganta emitió un aullido ronco que Pax no había oído nunca.

Por un instante, el coyote se echó atrás, sorprendido de que el pequeño animal lo desafiara. Luego colocó los hombros en posición de ataque y descubrió los colmillos.

Pax tensó el cuerpo. Un gruñido repiqueteaba en su garganta. Diminuto gemía dentro de la madriguera.

El coyote saltó hacia Erizada y la derribó de un golpe. Por un instante, Pax no vio más que pelaje y colmillos brillando en la hierba y solo oyó ladridos y rugidos. Pero entonces Erizada se escabulló del coyote. Volvió a saltar hacia el centro del claro. De un solo salto.

Pax comprendió que lo estaba alejando de Diminuto. Apenas fuera de su alcance, acosó al coyote hasta llevarlo al gomero.

Entonces, tal como había hecho Pax, brincó hasta la pendiente del tronco. Pasó con precaución a la primera rama baja, sin quitar la vista del coyote rugiente que seguía en el suelo. Cuando alcanzó el punto en que la rama se había partido, estaba muy por encima de la cabeza de su rival. Se burló de él.

El coyote saltó. Solo rasgó corteza y hojas. Caminó en círculos en el hueco bajo la rama, buscando un terreno más elevado, y volvió a saltar. Esta vez, las garras delanteras tocaron la rama y se sostuvo por un instante hasta que volvió a caer. Se recompuso y volvió a saltar.

Pax vio que Erizada se encontraba en el límite de la rama, ya no podía ir más allá. El coyote no tardaría en tirarla del árbol, o bien se cansaría de las jugarretas de la zorra y volvería a la pista de la cual lo habían distraído. Ella lo seguiría y se enfrentaría a él hasta quedar hecha pedazos.

¡Quédate aquí!, ordenó a Diminuto. Y Pax se lanzó en dirección al claro.



Peter se quedó mirando fijamente la escena.

Solía haber un abedul junto a los muros de la parte superior del molino. Sus amigos y él lo habían bautizado como el *Árbol de los Piratas* porque, en otoño, las hojas de un amarillo brillante hacían que pareciera cubierto de monedas de oro. Una vez había atado a Pax al tronco, cuando el cachorro se había irritado por los juegos de guerra. El *Árbol de los Piratas* continuaba en pie, pero apenas unas volutas ennegrecidas, como jirones, adornaban sus ramas. Todo lo demás, a excepción del propio molino, estaba irreconocible.

Todos los árboles del campo inferior habían desaparecido, arrancados y convertidos en troncos astillados. A su alrededor, las grandes zonas de hierbas habían quedado reducidas a cenizas. La orilla del río estaba repleta de restos comidos por los cuervos: percas, cangrejos, tortugas y ranas.

Lo más doloroso de ver era el agua. La última vez que había estado allí, se había zambullido en el estanque que se formaba en la base del desfiladero. El agua era tan clara y cristalina que había podido ver los helechos de color verde claro, las escamas iridiscentes de las truchas e incluso, cuando miraba hacia arriba, las redes de puro azul de las alas de las libélulas que volaban por encima de la superficie. Era como si estuviera nadando a través de diamantes líquidos.

Ahora, unos peñascos embarrados obstruían el río, y el estanque era un círculo opaco y marrón. El amplio cauce del río había quedado reducido a la mitad de su anchura habitual. El barro cercano a la orilla, endurecido hasta convertirse en arcilla seca, olía a muerte.

El agua era el verdadero motivo de la guerra. Peter recordó que Vola le había preguntado en qué bando luchaba su padre. «¿Para liberar o para proteger?»

Peter le había respondido, asombrado de que ella hubiera tenido que preguntarlo. «Del bando de los buenos», había añadido, indignado. «Chi-co», había dicho Vola, y luego «Chi-co» otra vez, para asegurarse de que le prestaba atención. «¿Crees que alguien en la historia de este mundo ha estado dispuesto a luchar en el bando de los malos?»

El viento empezó a soplar y aulló a través del campo, levantando remolinos de ceniza. Peter intentó imaginarse jugando allí de nuevo. Pasaría mucho tiempo antes de que alguien quisiera jugar en aquel lugar.

Los buitres, que lo sobrevolaban en silencio, eran los únicos seres vivos que era capaz de distinguir. Con tanta devastación, debían de llevar varios días dándose un buen festín. Los observó, paralizado por la tristeza de la escena. Los dos que estaban más cerca volaban en círculos sobre una rama de cicuta cerca de la orilla, y probablemente estaban calibrando si era lo suficientemente seguro regresar al banquete que el chico había interrumpido.

Un banquete que podía ser... Peter era incapaz de dar forma al pensamiento, pero tampoco podía borrarlo. Si Pax había estado allí, ahora podía estar muerto. Y si lo estaba, los buitres lo conducirían hasta la prueba.

Planeaban sobre tres puntos en concreto (el que estaba a su lado y dos más al otro lado del río), lentos y perezosos. Sin prisa. La comida no iba a irse a ninguna parte.

Dejó la mochila en el suelo. Liberado de la carga, bajó columpiándose

hasta la rama de cicuta en apenas unos pasos. Justo detrás de ella contempló la visión que tanto temía: una cola de zorro, con la inconfundible piel moteada de blanco. Levantó la rama.

La carcasa del zorro había sido hurgada, pero todavía quedaba la piel. Y no era roja. No era roja.

No era Pax.

Respiró, agotado. Mareado de alivio, cojeó hasta el río y se metió en el agua. Cuando le cubrió hasta la cintura, las muletas empezaron a resbalar en las piedras cubiertas de limo, de modo que las lanzó hasta la otra orilla y se zambulló. Por primera vez en casi dos semanas, Peter no se sintió condicionado por el pie roto. Nadó con energía.

Se impulsó con los brazos para salir del río. Fuera del agua, la escayola empapada parecía que pesara cien kilos, y el yeso embarrado ya se estaba deshaciendo. Sacó el cuchillo del bolsillo y macheteó la pasta hasta liberar el pie. Colgaba pálido y flácido, pero la hinchazón se había rebajado y el hematoma casi había desaparecido.

Peter se arrastró hasta el lugar donde habían caído las muletas y se las colocó bajo los brazos. Incorporado, vio lo que estaba sobrevolando el grupo más numeroso de buitres: el cadáver de un ciervo. Pensó en la cierva que había en el campo de Vola (*Humanos, siempre lo estropeáis todo*) y desvió la mirada.

Veinte metros más arriba, un único buitre se cernía sobre el tercer punto que él había localizado. Peter empezó a subir, eligiendo un camino donde las hierbas estaban quemadas y era más fácil avanzar.

Al principio parecía que no había nada en el terreno arrasado. Pero cuando estaba a punto de llegar, la vio. Una pata trasera. Descarnada y chamuscada, pero aun así sabía que era una pata trasera. Una pata trasera delgada, con la piel negra y una pequeña garra blanca, cubierta por una mata de pelo desigual

y de color canela brillante.

Un zorro.

Peter se meció con las muletas. Tal vez no fuera Pax. ¿No era demasiado pequeño para ser Pax? Deseó poder saberlo, y luego se arrepintió del deseo. ¿Qué importancia tenía? Un zorro había estado vivo allí mismo, y los humanos le habían quitado la vida. ¿No era suficiente afrenta?

Excavaría la tierra con sus propias manos y enterraría los restos.

Peter se dejó caer en el suelo. Limpió un círculo de escombros. Y con la mano rozó algo que convirtió en ceniza el aire de sus pulmones.

Un soldado de juguete, mirando por el cañón de un rifle arrimado a la mejilla dura y verde, apuntando a cualquier cosa que pudiera interponerse en su camino.

Peter se arrodilló.

—¡PAX!



Pax alcanzó el árbol justo cuando el coyote volvía a saltar, y esta vez había encontrado agarre suficiente como para colgarse de la rama. Pax voló hacia él, mordió la piel manchada y quedó colgando.

El coyote cayó al suelo y hundió los colmillos en el hombro de Pax, de un solo movimiento. Pax se liberó de una estirada y retrocedió hacia el límite sur del claro, con la esperanza de alejar al coyote del árbol, de la guarida, de los zorros a los que amaba.

El coyote no lo siguió. Echó la cabeza atrás y ladró. Luego volvió a fijarse en Erizada.

Pax se agazapó y empezó a reptar de nuevo hacia el árbol. Pero luego se detuvo. Ladeó la cabeza hacia un sonido que llegaba del campamento.

¿La voz del chico?

Por delante, el coyote alto volvió a ladrar, y esta vez obtuvo respuesta. Tres pares de orejas se levantaron hacia el mismo punto del anillo de enebros. Un segundo coyote apareció trotando. Otro macho, pálido y robusto. Inspeccionó la escena y se lanzó al galope hacia el árbol.

Erizada lanzó otro aullido amenazador y erizó el pelaje, pero Pax vio el terror en sus ojos.

El segundo coyote arañó el tronco.

Y entonces Pax lo volvió a oír. El chico, gritando su nombre.

Salió disparado del claro y atravesó la plataforma arbolada. En la cresta por encima del molino, se detuvo.

Hombres enfermos defensores de la guerra se precipitaban por los muros, con los palos alzados, y convergían en una figura que los esperaba en el campo.

Era un joven de pelo oscuro, doblado sobre el terreno quemado. ¿Su chico? El viento, que soplaba del norte, no le decía nada.

Los soldados se detuvieron, amenazando todavía con los palos. El chico se levantó. Era alto, pero Pax vio que su cuerpo no se parecía al de Peter. Los hombros de ese chico estaban ensanchados, y bajo cada uno de ellos llevaba un poste estrecho. Había un detalle todavía más extraño. Este chico tenía la cabeza erguida, no inclinada hacia abajo. Se enfrentaba a los hombres de un modo desafiante, algo que Pax nunca había visto hacer a Peter, y levantaba el puño y lo sacudía delante de ellos.

Un soldado solitario bajó corriendo por el campo. Este se movía como el padre del chico. Gritó, y la voz resultaba familiar. Pero entonces el hombre se acercó al chico y lo abrazó, algo que Pax no había visto hacer nunca al padre. ¿Eran esos sus humanos? Pax intentó olisquear, pero las ráfagas de brisa solo transportaban el almizcle de los coyotes rabiosos. Se volvió hacia el claro.



Peter dejó que su padre lo abrazara. Durante muchos años había querido encontrarse en aquel círculo de amor protector. Notó que su padre se deshacía en sollozos, y tuvo ganas de reconfortarlo, de decirle que todo estaba bien. Pero no lo estaba. En uno de sus puños cerrados ocultaba el soldado de juguete. Se separó de su padre.

—¿Qué estás haciendo aquí? Me dijiste que solo ibas a instalar unos cables...

Y entonces, de pronto, lo comprendió todo. Por qué los hombres no habían avanzado. Por qué habían quemado la hierba y arrancado los árboles y bloqueado el río con rocas. Por qué de un zorro apenas quedaba una pata.

—Lo sabías. —Se metió el soldado de juguete en el bolsillo y recogió la pata de zorro—. ¡Lo sabías! ¡Y mira lo que has hecho! ¡Pax!



Una vez más, Pax creyó que oía la voz del chico. Volvió a levantar las orejas hacia el campamento.

Justo en aquel momento, el viento cambió de rumbo. Pax olió el sudor de los enfermos defensores de la guerra, la pólvora, el combustible para motor, los campos quemados. Y a sus dos humanos.

Corrió de vuelta hacia el desfiladero.

Vio al chico recoger algo del suelo. Un palo, pero no un palo. Algo peludo y roto. El olor a dolor y a añoranza subió por la montaña. Fresco y entusiasta, de su chico. Pero también viejo y fatigado, del padre del chico. De modo que aquel olor no pertenecía solo a Peter. Era el olor a humanos.

El chico levantó el objeto roto por encima de su cabeza y gritó algo airadamente. Y luego: «¡Pax!»

Y Pax ladró.



Peter sostuvo lo que quedaba de su zorro por encima de su cabeza y volvió a gritar su nombre:

—¡Pax!

Y desde encima del molino, se oyó un ladrido de respuesta. La esperanza le subió por la garganta. Pero no, debía de ser solo un deseo.

De todos modos oteó la línea del desfiladero. Un destello rojo. Una piel moteada de blanco. Un zorro apareció en una abertura, se alzó sobre las patas traseras (¿dos patas traseras negras?) y miró directamente hacia él.

Peter apretó la pata del zorro contra la mano de su padre.

—Entierra esto.

Entonces agarró las muletas y se volvió hacia la colina.

—¡Espera, Peter! Tienes que entenderlo. Es mi deber.

Peter señaló al zorro del desfiladero. Se dio un golpe tan fuerte en el pecho, que se hizo daño.

—Ese es el mío.

Su padre le advirtió sobre los cables, le gritó que se detuviera. Peter vio los cables; tomó impulso y pasó por encima de ellos. Pero no se detuvo. Porque solo existía su zorro, que esperaba en la cordillera, y la distancia que los separaba. Una y otra vez, clavó las muletas en el suelo y se balanceó,

acortando esa distancia.

Cuando estaba a punto de llegar, con la camisa secada por el viento y empapada de nuevo por el sudor, se detuvo y gritó. Pax ladeó la cabeza y empezó a dar botes hacia los árboles.

¡A cuatro patas! Peter estaba seguro: Pax no estaba herido.

Peter lo siguió. Pero una vez más, justo cuando se acercaba a él, Pax se alejaba, galopando hacia los árboles.

Peter volvió a seguirlo. No se había tomado a mal el juego al que Pax lo estaba sometiendo. Había perdido la confianza del animal, ¿cómo no iba a estar inquieto? ¿Cómo no iba a querer asegurarse ahora de la lealtad de Peter? Mientras Pax quisiera, Peter obedecería, era un castigo justo. A través del bosque, durante cien largos metros y cien más, Peter lo siguió.

Y entonces llegaron a un claro, y el zorro se irguió y esperó. Peter alargó el brazo. Le ofreció la mano.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho...

Pax miró a Peter a los ojos y luego le clavó los colmillos en la muñeca, sujetándolo. El pulso de Peter se aceleró ante la presión del zorro, que apretaba lo justo para reclamar su atención. Lo justo para despertar al salvaje que Peter llevaba dentro. Dos pero no dos. Pax liberó la muñeca de Peter y se dirigió por el claro en dirección a un árbol torcido. Caminando en círculos alrededor del árbol había un par de coyotes. Pax se lanzó hacia el más alto.

—¡No, Pax! ¡Vuelve!

El árbol estaba muy lejos, por lo menos a cincuenta metros. Peter clavó las muletas en el césped y tomó impulso para avanzar.

Cuando estaba a una docena de metros, Peter vio la presa de los coyotes (otro zorro, con el pelo reluciente y un rostro afilado y delicado), una hembra. Sangraba de un tajo en el cuarto trasero, y en vez de un cepillo grueso, arrastraba una cola fina y ennegrecida.

La hembra golpeó con fuerza a uno de los coyotes desde arriba, burlándose de él, y Pax mordió al otro en el costado. Peter se dio cuenta de que los dos zorros actuaban en equipo.

Y que no eran rivales para los coyotes.

El más alto de los dos giró en redondo y hundió los dientes en el cuello de Pax. Pax chilló.

Y Peter rugió de furia. Se apoyó en una de las muletas, levantó aquella en la que llevaba atado el bate de béisbol y lanzó el objeto pesado con todas sus fuerzas contra los dos coyotes.

Ambos se dieron la vuelta, sorprendidos ante tanta ira. Mientras el árbol resonaba con el golpe del bate, el coyote alto y oscuro echó a correr y desapareció entre los arbustos. El otro se alejó unos diez metros y luego se detuvo y se giró. Miró a Peter y enseñó los colmillos.

Peter respondió con el mismo gesto. Pax gruñía a su lado, con el pelo del cuello erizado, listo para saltar. Peter lanzó la segunda muleta por encima de la cabeza y volvió a rugir, y Pax gruñó y el coyote pálido retrocedió sorprendido. Dio media vuelta y salió disparado hacia el bosque.

Peter se agarró al árbol. Se deslizó hasta el suelo, temblando.

Al instante, Pax se le echó encima, retorciéndose bajo su cuello, lamiéndole la cara, olisqueando el pie roto, acariciándolo de nuevo con el hocico. Peter lo tomó entre sus brazos y arrimó la cara a la piel que olía a pino.



—¡Estás bien, estás bien, estás bien!

La hembra saltó al suelo por encima de ellos y desapareció entre los enebros, a quince metros de distancia. Pax se incorporó y ladró desde el regazo de Peter.

Al cabo de un instante, Peter vio un hocico negro que surgía de los arbustos.

De pronto vio que salía un zorro delgado, del mismo tamaño que Pax a los ocho meses, y parpadeando a la luz del sol. Tambaleándose sobre tres patas, caminó hacia el claro. La hembra reapareció. Caminó lentamente hasta el borde de los arbustos y ladró al pequeño mientras lanzaba miradas de desconfianza hacia Peter.

Pax se escabulló de los brazos de Peter y volvió a ladrar. El zorro de tres patas se acercó un poco más. Cojeaba de un modo tan exagerado, que Peter comprendió que debía de haber perdido la pata hacía poco. Y entonces lo relacionó todo. Ofreció la mano y lo llamó suavemente. Indeciso, mirando alternativamente a Peter y a Pax, el pequeño zorro se acercó renqueante. Metió la cabeza bajo la mejilla de Pax.

Peter estiró un dedo. El zorro herido le dejó que le acariciara el cuello por un instante, y luego salió corriendo en busca de la seguridad que le ofrecía la hembra.

Juntos, los dos zorros miraron a Pax, expectantes, y entonces se fundieron entre la maleza.

Y Peter lo comprendió. El zorro les pertenecía. Y ellos pertenecían a Pax. Inseparables.

Había recorrido todo aquel camino. Todo aquel camino.

Peter se puso de rodillas. Posó la mano sobre la espalda de Pax y sintió los músculos tensados.

Peter miró a su alrededor. Ahora el bosque le parecía un lugar peligroso, lleno de coyotes y osos, y pronto, seres humanos en guerra. Volvió a mirar al

zorro, que seguía forcejeando para seguir a su nueva familia.

—Ve. Está bien.

Pero no lo estaba. Desgarrado por el dolor, se había quedado sin aliento, como si le hubieran dado una patada en el corazón. Retiró la mano, porque Pax notaría aquella pena tan profunda y no querría irse.

—¡Ve!

Pax salió disparado hacia la línea de arbustos. Luego se volvió para mirar a su chico.

Peter notó las lágrimas que le caían por la cara, pero no se las limpió.

Pax volvió corriendo. Gimoteó, lamiéndole las lágrimas.

Peter se lo quitó de encima. Encontró la muleta y se incorporó.

—No. No quiero que te quedes. Siempre dejaré la puerta del porche abierta, pero tienes que irte.

Pax miró a los arbustos, luego al rostro de su chico.

Peter metió la mano en el bolsillo y sacó el juguete. Lo levantó.

Pax alzó la cabeza, con los ojos fijos en la mano de Peter.

Y Peter lanzó el soldado de plástico por encima de los arbustos, hacia el bosque, lo más lejos que pudo.

A veces, la astilla
no se parece en nada
al palo

Agradecimientos

Zorros rojos. Cuanto más sabía de ellos, más admiración me despertaban, y más me convencía de que debía describirlos con respeto. Estoy en deuda con Matthew Walter, biólogo del estado de Nueva York y experimentado estudioso de la fauna, que ha dedicado muchos años a investigar el zorro rojo en su medio natural. Si el comportamiento de los zorros está bien descrito en este libro, es por su generosidad al compartir sus conocimientos conmigo. Cuando no lo está, es porque he preferido dar prioridad a las necesidades de la historia. Animo a todos los lectores a llevar a cabo sus propias investigaciones sobre este espléndido animal.

Sin las personas que menciono a continuación, *Pax* todavía seguiría siendo una habitación atestada de páginas arrugadas. Mis hijos, que aun siendo ya adultos, siguen recordándome los lazos extraordinarios que pueden establecerse entre los niños y los animales. Los grupos de escritura, de norte a sur, escritores inteligentes y agudos que no toleran las frases perezosas. Mi agente, Steven Malk, que comprendió y amó este libro desde el día en que compartí con él su semilla. Mi editora, Donna Bray, por sus consejos siempre necesarios. Todos los trabajadores de HarperCollins, por su apoyo extraordinario. El paciente David, por todo el tiempo que pasó con los zorros.

Y por último, Chris Crutcher. A todos, gracias por la historia que se

esconde tras la historia dentro de la historia. Tú ya sabes cuál es.



Un relato emocionante sobre la confianza, la guerra, la lealtad, la traición y el amor de un niño por el zorro que lleva criando desde que era un cachorro.

Una pequeña obra maestra.

Peter y Pax, su leal zorro, son inseparables. No obstante, cuando sucede lo impensable y su padre tiene que partir a la guerra, Peter se ve obligado a abandonar a Pax a su suerte.

Pero Peter sabe que su lugar está junto a Pax. Espoleado por una amistad inquebrantable, se lanzará a la aventura y cruzará el país en guerra para reunirse con su zorro. Pax, esperando con paciencia su regreso, tendrá que enfrentarse solo a los peligros del bosque...

Un éxito internacional llamado a convertirse en un clásico.

#PAX

#Nuncaestarassolo

La crítica ha dicho...

«Pax el libro es como Pax el zorro: mitad salvaje y enteramente hermoso.»

The New York Times Book Review

«Emocionante y poético.»

Kirkus Reviews

«Pax cautivar  tu corazón desde la primera página.»

Lisa Nehs, *Book & Company*

«Increíblemente conmovedor, extremadamente original... Una obra literaria muy valiente.»

Mónica Edinger, *The Dalton School*

«Pennypacker es una narradora magistral que guía al lector por un sendero de emociones fluctuantes hasta su desgarradora conclusión.»

Ann N. Martin, galardonada con un premio Newberry honorario y autora de *Rain Reign*

«Tremendamente honesto y desgarradoramente tierno, Pax es, sencillamente, una obra maestra.»

Katherine Applegate, ganadora del Premio Newsberry por *The One y Only Ivan*

«La magistral y experta narrativa de Pennypacker revela una profundidad asombrosa para una obra tan breve.»

Booklist

SARA PENNYPACKER es una autora estadounidense de libros infantiles, conocida sobre todo por la serie *Clementina*, que comenzó en 2006 y cuenta ya con siete títulos, numerosos premios y permanencia de varias semanas en la lista de superventas del *New York Times*. También es autora de *Pedro está enamorado* y *La niña de los gorriones*.

JON KLASSEN es un ilustrador canadiense y autor de varios libros infantiles. También ha trabajado en el mundo de la animación. Su obra ha sido premiada con la Medalla Caldecott y con la Medalla Kate Greenaway. Dos de sus libros (*Yo quiero mi gorro* y *Este no es mi bombín*) se han mantenido durante más de 40 semanas en la lista de superventas del *New York Times*.

Título original: *Pax*

Edición en formato digital: octubre de 2016

© 2016, Sara Pennypacker

© Jon Klassen, por las ilustraciones

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Ricard Gil Giner, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir del diseño original de Dana Fritta © Dana Fritta

Ilustración de portada: © Jon Klassen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-23-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Pax. Una historia de paz y amistad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos